

# Literatura Argentina

*Identidad y Globalización*



## LEGISLATURA DE LA CIUDAD AUTÓNOMA DE BUENOS AIRES

**Presidente**  
Jorge Teerman

**Vicepresidente I**  
Santiago Manuel de Estrada

**Vicepresidente II**  
Francisco J. Miguel Talento

**Vicepresidente III**  
Carlos Araujo

**Secretario Administrativo**  
Oscar Moscariello

**Secretario Parlamentario**  
**ción**  
Juan M. Alemany

**Secretario de Coordina-**  
**ción**  
Mario Gervan



### SECRETARÍA DE CULTURA

**Jefe de Gobierno:** Dr. Aníbal Ibarra

**Vicejefe de Gobierno:** Lic. Jorge Teerman

**Secretario de Cultura:** Dr. Gustavo López

**Subsecretaria de Patrimonio Cultural:** Arq. Silvia Fajre

**Subsecretaria de Gestión e Industrias Culturales:** Lic. Stella Puente

**Comisión para la Preservación del Patrimonio**  
**Histórico Cultural de la Ciudad de Buenos Aires:** Lic. Leticia Maronese

# Literatura Argentina

*Identidad y Globalización*

Selección de textos del Congreso de Escritores realizado por la  
Comisión de Cultura y Comunicación Social de la Legislatura de la  
Ciudad Autónoma de Buenos Aires, los días 29 y 30 de Octubre de 2004.

Editor: Lic. Leticia Maronese  
Corrección: Guillermo Fuentes Rey  
Colaboración: María Rita Murana  
Diseño Gráfico: Débora Kapustiansky

Literatura argentina, identidad y globalización - 1a ed. - Buenos Aires:  
Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires, 2005.

208 p. ; 23x16 cm.

ISBN 987-1037-26-0

1. Patrimonio Cultural  
CDD 306.

Fecha de catalogación: 27/06/2005

© Copyright 2005 by Comisión para la Preservación del Patrimonio Histórico Cultural de la Ciudad de Buenos Aires.

Todos los derechos reservados

ISBN N° 987-1037-26-0

Queda hecho el depósito que marca la Ley 11.723

Este libro no puede reproducirse, total o parcialmente, por ningún método gráfico, electrónico, mecánico u oralmente, incluyendo los sistemas fotocopia, registro magnetofónico o de alimentación de datos, sin expreso consentimiento del autor.

# Índice

<b>Cronograma del Congreso de Escritores .....</b>	<b>8</b>
--	----------

<b>Prólogo I.</b> Diputado Norberto La Porta, Pte. Comisión de Cultura y Comunicación Social de la Legislatura de la Ciudad de Buenos Aires ..	11
--	----

<b>Prólogo II.</b> Dr. Gustavo López, Secretario de Cultura del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires...	15
--	----

## Capítulo 1

### *¿Existe una identidad literaria?*

*Apuntes para la construcción de una respuesta*

Juan Martini .....	19
--------------------	----

*Informe para un Congreso*

Rodolfo Alonso .....	25
----------------------	----

*Productividad textual e identidad en Argentina*

Mario Goloboff .....	33
----------------------	----

*¿Existe una identidad literaria argentina?*

Eduardo Romano .....	39
----------------------	----

*“¿Existe una identidad literaria?”*

Susana Cella.....	49
-------------------	----

*¿Qué es la literatura hoy? El canon literario y los vasos comunicantes entre el mercado editorial, la academia y el periodismo cultural*

Carlos Dámaso Martínez.....	55
-----------------------------	----

## Capítulo 2

## *Gestación de la identidad cultural*

*La trampa fundadora*

María Rosa Lojo ..... 63

*Identidad y ficción*

Liliana Heer ..... 69

### **Capítulo 3**

## *¿Qué será la identidad en el siglo XXI?*

*Las identidades culturales en el siglo XXI*

Alicia Borinsky ..... 75

*La identidad en el Siglo XXI*

Carlos Ulanovsky ..... 79

*¿Qué será la identidad en el siglo XXI?*

Jorge Landaburu ..... 85

*¿Cuál será la Identidad Cultural en el siglo XXI?*

Marcelo Jorge Zamboni ..... 91

*¿Qué será la Identidad del siglo XXI?*

Silvia Plager ..... 95

### **Capítulo 4**

## *Identidad, literatura y barrio*

*Literatura argentina: identidad y globalización.*

*Identidad, literatura y barrio*

Vicente Battista ..... 103

*Identidad, Literatura y Barrio*

Ricardo Halac ..... 107

*Literatura y barrio*

Liliana Heker ..... 113

*Barrio y Poesía*

Antonio Requeni ..... 117

### **Capítulo 5**

## *Globalización y política cultural*

### *Hacia una estética anarquista*

Carlos Penelas..... 123

### *Globalización y Políticas culturales*

Ivonne Bordelois..... 137

### *El Mercado Común de la Cultura de América Latina*

Leopoldo (Teuco) Castilla..... 143

### *Globalización y Política Cultural*

Oscar (Mempo) Giardinelli..... 149

## **Capítulo 6**

### *Identidad, editoriales y globalización*

#### *Identidad, editoriales y globalización*

Daniel Divinsky ..... 157

#### *Identidades globalizadas. Un conflicto que afecta al mercado editorial*

Manuel Pampin ..... 161

#### *Editoriales, globalización e identidad*

Oscar González ..... 165

## **Capítulo 7**

### *Poesía, identidad y globalización*

#### *Camellos vistos con acento argentino*

Daniel Freidemberg..... 171

*Poemas* ..... 177

## **Conclusiones y cierre oficial del Congreso**

Horacio Salas ..... 203

Dr. Santiago de Estrada, Vicepresidente de la Legislatura de la Ciudad ...

207

# Congreso de Escritores

29 y 30 de Octubre de 2004.

Legislatura de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Perú 160.

## *Viernes 29 de Octubre*

Apertura Oficial a cargo del Diputado Norberto La Porta, Presidente de la Comisión de Cultura y Comunicación Social de la Legislatura de la Ciudad y el Secretario de Cultura del Gobierno de la Ciudad Dr. Gustavo López.

### **Mesa I. ¿Existe una identidad literaria?**

Juan Martini, Rodolfo Alonso, Mario Goloboff, Eduardo Romano, Susana Cella, Carlos Damaso Martínez.

### **Mesa II. Gestación de la identidad cultural**

Leandro de Sagastizábal, María Rosa Lojo, Liliana Heer.

### **Mesa III. ¿Qué será la identidad en el Siglo XXI?**

Alicia Borinsky, Carlos Ulanovsky, Jorge Landaburu, Marcelo Zamboni, Silvia Plager.

### **Mesa IV. Identidad, literatura y barrio.**

Vicente Battista, Ricardo Halac, Liliana Heker, Antonio Requeni.

### **Mesa V. Globalización y política cultural.**

Carlos Penelas, Ivonne Bordelois, Leopoldo (Teuco) Castilla, Oscar A. (Mempo) Giardinelli.

### **Mesa VI: Identidad, editoriales y globalización.**

Daniel Divinsky, Manuel Pampin, Luis Tedesco, Oscar Gonzalez, José Luis Mangieri.



## *Sábado 30 de Octubre*

### **Mesa VII. Poesía, identidad y globalización.**

Esteban Peicovich, Daniel Freidemberg, Andrew Graham Yool.

### **Lectura de poemas**

Rodolfo Modern, Mario Sampaolesi, Rubén Derlis, Liliana Lukin, Hugo Padeletti, Daniel Chirom, Leonardo Martínez, Osvaldo Ballina.

### **Cierre**

Lectura de las conclusiones y cierre oficial del Congreso a cargo del Vicepresidente de la Legislatura de la Ciudad Dr. Santiago de Estrada, Poeta y Escritor Horacio Salas y el Presidente de la Academia Argentina de Letras Dr. Pedro Luis Barcia.

### **Coordinación General:**

Horacio Salas

Santiago Sylvester



# *Prólogo I*

**Diputado Norberto La Porta**

**Pte. Comisión de Cultura y Comunicación Social**

No tengo palabras para agradecer la presencia de todos ustedes en esta casa. Los saludo con mucha emoción, alborozado, y realmente me siento desbordado por la presencia de mujeres y de hombres que, no exagero, enorgullecen a quienes cotidianamente trabajamos en este lugar. Creo que constituye un hito para esta nueva Legislatura de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires contar con su participación. Quiero agradecer también a las autoridades de la casa, a Gustavo López, Secretario de Cultura que nos acompañe hoy, al Vicepresidente Primero de esta casa que facilitó, esto hay que decirlo en honor a la verdad, más allá de las discrepancias ideológicas o políticas, lo que nosotros necesitábamos para llevar adelante este Congreso, y también deseo destacar la colaboración del Secretario Administrativo. Este agradecimiento se hace extensivo a muchos colaboradores, soldados anónimos, chicas y muchachos que han hecho posible que esto trascienda, no todo lo que nosotros esperábamos pero bueno, eso es más responsabilidad de los medios que del trabajo extraordinario que ha llevado adelante este grupo pequeño de jóvenes que colaboraron en el armado de este encuentro, juntamente con los amigos y compañeros de trabajo de la Comisión de Cultura que, como siempre, han estado al pie del cañón .

Este Congreso está dedicado a Julio Cortázar, el autor de “Rayuela”, “Bestiario”, “Final del Juego”, “Las Armas Secretas”, “Los Premios”, “Historia de Cronopios y de Famas”, y tantos otros títulos que enriquecieron

nuestra vocación por la lectura. Julio Cortázar que, poco antes de morir en París en 1984, vino a despedirse de la tierra natal de sus padres a la que él adoptó y amo entrañablemente hasta su último suspiro. Él ha sido elegido por nosotros como el inspirador de un encuentro que nos introduzca en las profundidades de uno de los temas más acuciantes de nuestro tiempo: la relación de la literatura con la crisis de nuestra identidad y el fenómeno de la globalización. Muchas veces hemos criticado la falta de compromiso, de involucramiento de los intelectuales con la política, con la noble política, con la gran política, no la de los punteros de barrio o caciques de comité. En esto hemos seguido los reclamos del inextinguible Ortega y Gasset, como ustedes recordarán y, contemporáneamente, de mi amigo Mempo Giardinelli, entre otros. Pero también somos conscientes de la necesidad de generar nuevos espacios, estructuras contenedoras capaces de absorber y no rechazar las modalidades distintivas de los hombres de pensamiento.

El escritor, pensador en soledad, como todos los creadores que con su genio alimentan nuestro intelecto y embellecen nuestro espíritu, necesita de la comprensión de una sociedad a la que él puede ayudar a mejorar y cambiar en gran medida. En el tiempo en el que las campañas electorales se trasladan de los mitines a la televisión, de las polémicas doctrinarias a la confrontación de imágenes y de la persuasión ideológica a las encuestas de marketing, es coherente que nos sintamos convocados como consumidores aún cuando se nos interpele como ciudadanos.

El mercado ha contribuido a desacreditar la actividad política de una manera curiosa, no sólo luchando contra ella, exhibiéndose más eficaz para organizar las sociedades, sino también devorándola, sometiendo la política a las reglas del comercio y la publicidad, el espectáculo y a la corrupción. Es necesario entonces ir hacia el núcleo de lo que en la política es relación social, el ejercicio de la ciudadanía, y sin desvincular esta práctica de las actividades, a través de las cuales sentimos que pertenecemos y que tomamos parte de redes sociales en esta época globalizada. Es por esto que abrimos este espacio en donde no sólo se reivindique la preocupación de muchos políticos sino en donde converjan y dialoguen ciudadanos y funcionarios con sus identidades propias. La literatura, en todo este entramado de la mano de algunos de sus representantes, no tiene un rol menor, ya que es el pase mágico que nos permite generar ese espacio.

La cultura es un proceso de ensamblado multinacional, una articulación flexible de partes, un montaje de rasgos que cualquier ciudadano de cualquier país, religión o ideología pueden leer y usar, pero al mismo tiempo, es el recurso esencial que nos determina y define identitariamente.

La literatura es el campo que de forma más acotada nos permite describir y conocer nuestra identidad como una lupa de nuestra sociedad, es el modo de producción que nos interpela y nos dice quienes somos y cómo pensamos.

La globalización supone una interacción funcional de actividades económicas y culturales dispersas, bienes y servicios generados por un sistema con muchos centros, en el que importa más la velocidad para recorrer el mundo que las posiciones geográficas desde las cuales se actúa. Al mismo tiempo que admitimos como una tendencia irreversible la globalización queremos participar de dos movimientos actuales de sospecha, los que desconfían de que lo global se presente como sustituto de lo local y de que el modo neoliberal de globalizarnos sea el único posible.

Si consideramos las maneras diversas en que la globalización incorpora distintas naciones y a distintos sectores dentro de cada nación, su trato con las culturas locales y regionales no puede ser pensado como si solo buscara homogeneizarlas, muchas diferencias nacionales persisten bajo la transnacionalización, pero además el modo en que el mercado reorganiza la producción y el consumo, para obtener mayores ganancias y concentrarlas, convierte esas diferencias en desigualdades.

Darrendorf en *La Cuadretura del Círculo*, un librito publicado por el Fondo de Cultura Económica hace algún tiempo, sostiene que la globalización económica esta asociada a nuevos tipos de exclusión social y la experiencia latinoamericana es demostrativa de esta conclusión a la que él llega. Vale la pena insistir en la lectura de la obra cumbre de Eduardo Galeano, “*Las venas abiertas de América Latina*”, para tener clara la realidad de la exclusión en relación con el sojuzgamiento y la dominación a que estamos sometidos por las potencias centrales. Surge entonces la pregunta de si el estilo neoliberal de globalizarnos y concebir nuestra identidad es el único y el más satisfactorio, y quizá esta pregunta demore un poco más su respuesta, porque aunque tengamos nuestras dudas, bien se sabe lo traba-

joso de una construcción social diferente, pero como no confiamos en las premisas erradas, preferimos generar este tipo de espacios para el debate y avanzar en definitiva algunos pasos en el camino de la dilucidación de esta problemática.

Finalmente, deseo remarcar la colaboración y el trabajo de Horacio

# *Prólogo II*

**Dr. Gustavo López**

**Secretario de Cultura del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires**

El debate sobre la globalización y sus efectos ha sido sin duda uno de los debates más fructíferos de los últimos tiempos. Y digo esto porque frente a la construcción de un paradigma intelectual orientado a la homogeneización mundial y a forjar las condiciones para incrementar y expandir el poder de los principales grupos económicos de los países centrales, se generó también a nivel mundial una corriente de pensamiento y de acción que colocó a la cultura y a la diversidad cultural en un lugar de importancia clave para la vida democrática de los pueblos.

No nos llevó tanto tiempo darnos cuenta que la globalización, que se presentó como un fenómeno natural e inexorable, ligado casi exclusivamente a la explosión de las tecnologías y a los nuevos sistemas de información y comunicación, resultó en realidad un modelo de disciplinamiento social, político y económico desde los países centrales hacia el resto del planeta. Es decir, que hay países que globalizan y otros que son globalizados. El escritor uruguayo Eduardo Galeano describía el fenómeno de la globalización como un modelo que había establecido un viaje que tenía más naufragos que navegantes, y que a pesar de estar tan conectados y tan juntos nunca habíamos estado tan solos.

En los últimos años, un nuevo discurso comenzó a construirse. El Foro Social Mundial y el Foro de las Culturas de Barcelona fueron espacios de

encuentro y discusión que, más allá de las críticas o las posturas diversas, encauzan nuevas corrientes de pensamiento en el campo de la cultura.

Sostener este nuevo discurso y traducirlo en políticas y en legislación es un gran desafío. Buscamos cómo sobrevivir en un mundo globalizado siendo nosotros mismos. A la lucha por la subsistencia económica se le suma la lucha por la supervivencia de nuestras culturas.

En todos los espacios, en todos los foros internacionales el Estado Argentino debe defender la diversidad cultural. Los países centrales, sobre todo Estado Unidos, quieren continuar avanzando sobre las economías regionales y para eso van sobre la producción cultural, pretendiendo aplicar las reglas de libre comercio al intercambio de bienes y servicios culturales, como si la producción cultural fuese una simple mercancía, como si escribir un libro tuviese el mismo valor simbólico que fabricar un tornillo.

La diversidad implica el reconocimiento del otro, pero también el reconocimiento de uno mismo y el respeto mutuo, un valor inexistente en el intercambio comercial, donde la ganancia económica manda. En nuestro país, por ejemplo, es imposible hacer cine sin una ley de protección y promoción que otorgue subsidios, para poder competir con el *damping* de las películas norteamericanas. Si se aplicaran las reglas del libre comercio, la Argentina debería dejar de lado su legislación de promoción porque los organismos multilaterales podrían denunciarla por no cumplir con el libre comercio. Esta es una trampa a la que el país debe oponerse.

Luego de una década de discurso único, la defensa de la diversidad cultural debe darse en todos los frentes. Hoy la batalla es cultural. Si se la pierde, habremos perdido definitivamente las herramientas para insertarnos en el mundo. Sé que en Buenos Aires, en todo el país y en Latinoamérica hay condiciones para dar y ganar esta batalla. Son nuestros escritores, nuestros cineastas, nuestros autores, nuestros actores, quienes mejor reflejan nuestra realidad, quienes soplan el cristal del espejo en el que nos miramos. ¿Como podríamos reconocernos en ese espejo si proyectase la imagen de otro? La participación de tantos escritores e intelectuales en este encuentro de debate de nuestra identidad y de la literatura Argentina como expresión identitaria demuestra que estamos dispuestos a dar la batalla por seguir siendo quienes somos y por el diálogo respetuoso y creativo entre las culturas.



*Capítulo 1*

¿Existe una identidad li-



## *Apuntes para la construcción de una respuesta*

*Juan Martini*

¿Cuáles son hoy las fronteras de un país o de un continente? ¿En qué consisten la soberanía de un país, la autodeterminación de los pueblos o los derechos humanos? Estas preguntas, y otras – todas preguntas sobre la identidad, sobre la cultura, sobre el saber, preguntas sobre el orden de las nacionalidades y sobre el orden internacional que gobernó como pudo al mundo desde el final de la Segunda Guerra Mundial hasta el 11 de septiembre de 2001 –, preguntas, en definitiva, sobre un orden indeseable que hoy rige a la humanidad – orden que de ninguna manera llamaré nuevo sino, en el mejor de los casos, repentino (puesto que no ha sido del todo imprevisible) –, preguntas cuyas respuestas casi no existen o están en tránsito pero que formulan sin embargo el amplio marco de una incertidumbre que tiene, en su base, la crisis de nociones que parecían indiscutibles: la identidad personal, la identidad de las naciones, las más amplias aún identidades culturales que permitieron, por ejemplo, que la Unión Europea reordenara y reformulase no sólo sus intereses económicos y políticos sino los enclaves que hoy le permiten a los países miembros identificarse con una noción general de Europa que la Unión reivindica como su identidad cultural.

En estos primeros años del siglo XXI estamos protagonizando un enorme cambio sin fronteras que quizá nos ponga frente a un futuro inmediato o cercano completamente nuevo y casi con seguridad detestable, un futuro que en sus expresiones polares podría ser dominado por las formas más desarrolladas del capitalismo jamás imaginadas o por fundamentalismos

religiosos militarizados: ninguna de estas dos posibilidades, por lo demás, excluye a la otra... Sería de ilusos imaginar la posibilidad de un planeta custodiado por un poder hegemónico, por sus ejércitos de ocupación o por sus milicias terroristas, y que ese poder no tuviese por objetivos el control de la política y de la economía mundiales a través del control de los recursos financieros y humanos, los combustibles, el tráfico de armas y de drogas... Nos toque lo que nos toque sería, en un escenario de tal naturaleza, prácticamente imposible zafar de dictaduras disfrazadas de adalides de las libertades para las cuales serán necesarias y funcionales, además, nuevas e infinitas guerras que mantengan en pie a las industrias, por un lado, y al miedo por el otro... También conviene señalar que cuando se habla de formas hiperdesarrolladas del capitalismo no se excluye el avance sobre nuevos mapas geopolíticos de potencias económicas, militares, científicas y humanas como China, Rusia, India o Japón...

La globalización, que un día nos cambió ideas básicas acerca de la identidad de una persona o de un país, y de la identificación de las personas y los países con fenómenos propios de las tradiciones, los mitos y las culturas, un día – con la misma rapidez y candor con que otro día habíamos pasado de los discos de vinilo a los CD's digitalizados o de los teléfonos presos de sus cables a la liviandad de los celulares – nos cambió de golpe las ideas sobre las fronteras, sobre las diversas bolsas de valores, y sobre los mercados comerciales. Nos cambió también, por supuesto, o al menos puso en crisis, valores no fungibles como la honradez, la tolerancia, el respeto mutuo y la ética. En su lugar la hipermodernidad parece haber establecido la noción de protectorados económicos y militares para el mundo entero, la trivialidad en las ideas, y la comunicación masiva o mediática como la esencia misma de una razón de ser fugaz, inerme, intrascendente: la cultura no debe ser una forma de imaginar el mundo y sus utopías sino un entretenimiento publicitario y funcional al consumo y a la pasividad.

Las unidades regionales, continentales o estratégicas, como la mencionada Unión Europea, o los proyectos del Mercosur y del ALCA (Área de Libre Comercio de las Américas), son uniones comerciales, económicas y políticas que se disputan y se disputarán los mercados, la hegemonía de las divisas y las políticas globales... En medio de esos bloques desafortunados, imperiales y masificados, la identidad, como una idea arcaica, es posible que quede a la deriva o que sea homologada, como una trivialidad más, a

los valores entonces globalizados que reducirán toda noción consistente a una noción ligera pero sobre todo inofensiva.

Conviene de todas maneras no perder de vista que este probable futuro es por ahora sólo una posibilidad en progreso, y que en el caso argentino, y en el caso hispanoamericano – por la comunidad de una lengua – o en el caso latinoamericano – que incluye a Brasil –, los ideales de los próceres nacionales y continentales en cuanto a la construcción o el reconocimiento de identidades propias de cada país y otras propias de la región – aquella gran Nación de Repúblicas imaginada por Simón Bolívar – no han pasado en general de la expresión de ideales a los que se puede adherir o no según grados de convicción o de duda que no han encontrado aún consensos objetivos... De modo que desde otro ángulo, desde una perspectiva que acepte que la globalización y todas sus subformulaciones se podrían constituir en un poder real y hegemónico nos encontraríamos casi en el fin de algo que no hemos terminado de definir. Y eso sería nada más y nada menos que nuestra identidad.

Si se cuenta desde la declaración de la Independencia, en la ciudad de Tucumán, el 9 de julio 1816, la República Argentina no ha cumplido todavía 200 años... Es un período histórico realmente breve para amalgamar a los descendientes de los primeros pobladores – aquellos en verdad que lograron sobrevivir a las expediciones de exterminio – con todas las variantes de poblaciones sucesivas, de las más diversas procedencias, que posaron sus pies en estas tierras dispuestas a quedarse aquí, a apropiarse de la nacionalidad y de las riquezas disponibles, o a hacer cumplir, en definitiva, la invitación con ínfulas fundacionales inspiradas en una suerte de hermandad universal y establecida en la Constitución de 1853. De este modo convivimos desde entonces en un territorio poblado por mapuches, guaraníes, quechuas, kollas, tobas, criollos, diversos mestizajes, y los descendientes de la inmigración que, entre 1850 y 1940 depositó en la Argentina a unos siete millones de almas, italianos y españoles – predominantemente –, pero también franceses, alemanes, británicos, polacos, rusos y sirios, entre otros, y entre otras nacionalidades incluidas las hispanoamericanas.

La idea de que existe una identidad cultural supone una idea previa y, obviamente, cierta: existe la cultura. Lo que no existe, sin embargo, es una cultura única, común a todos los hombres. La cultura, en general, es una fusión de culturas diversas. Y esa cultura no es patrimonio exclusivo de un

pueblo o de un país. La cultura es un bien sin límites y adquiere en cada caso la forma y las condiciones de cada caso en particular. En este sentido se puede pensar que no existe, por ejemplo, una cultura pura y exclusivamente argentina. Es posible, desde luego, pensar en una identidad cultural, pero es necesario tener en cuenta que un pueblo, una región o un continente no comparten necesariamente todos los rasgos de la misma cultura.

Una identidad cultural puede pensarse para una comunidad que comparta una misma lengua, un mismo suelo, y las mismas tradiciones. Es obvio que los actuales habitantes de la provincia de Chubut no comparten la misma identidad cultural que los habitantes de Tucumán. Mientras los Mapuches de Chubut denuncian expulsiones de sus tierras por parte de la empresa Benetton, que ahora no sólo es propietaria de un millón de hectáreas en la Patagonia y la mayor productora de ganado ovino del mundo sino que se dedica también a exploraciones mineras en una exitosa búsqueda de oro, un segmento de la población tucumana reivindica la lengua quechua como un patrimonio cultural del noroeste argentino y el bilingüismo como una condición de identidad... La lengua quechua se habló en la región hasta fines del siglo XIX...

Y ahora, para redondear el intento de abordaje a la pregunta que preside esta mesa, es necesario, me parece, preguntarse si se puede hablar de la existencia de una identidad literaria...

La pregunta entonces se multiplica: ¿hablamos de una identidad literaria argentina, hablamos de una identidad literaria de los escritores, hablamos de una identidad literaria de los lectores? O, por fin, ¿qué es una identidad literaria y, si existe, quién puede adjudicársela o reivindicarla?

Tal vez haya que descartar que exista una identidad literaria común a todos los argentinos. En un país en el que la inmensa mayoría de sus 38 millones de habitantes no conocen, no han leído, a los escritores llamados argentinos... De un país en el que apenas una muy delgada minoría alguna vez leyó un libro de Olga Orozco (La Pampa), de Juan Filloy (Córdoba), de Héctor Tizón (Jujuy), de Eduardo Belgrano Rawson (San Luis), de Héctor Libertella (Bahía Blanca), de Ezequiel Martínez Estrada (Santa Fe), de Elvira Orphée (Tucumán), de Juan L. Ortiz (Entre Ríos), de Antonio Di Benedetto (Mendoza), o de Jorge Luis Borges (Buenos Aires), para citar apenas un breve mapa federal de autores y obras, no creo que pueda decirse,

en ningún sentido, que tenga una identidad literaria.

Sí creo, en cambio, que cuando el suelo se acota, y cuando se acotan las tradiciones, y cuando la lengua que se habla en toda una región se parece a sí misma, quizá pueda hablarse de una identidad literaria. Y sin borrar la posibilidad de que antes que de una certeza se esté hablando de una hipótesis... En esta dirección me aventuraría un poco más todavía y me atrevería a decir que, en tanto escritor, me gustaría considerar la hipótesis de que existan numerosas identidades literarias, tantas como unidades que compartan las mismas condiciones, y que entre ellas exista algo así como una identidad literaria rioplatense... una lengua más o menos común, en un territorio más o menos común, con tradiciones en parte, y quizá sólo en parte, comunes... Esta posibilidad abarcaría una literatura escrita, por ejemplo, en Buenos Aires, en Rosario o en Montevideo, y que tendría perfiles definidos, tentativamente, por las obras de Juan Carlos Onetti, de Silvina Ocampo, de Julio Cortázar, de Juan José Saer, de Jorge Luis Borges..., y otros, por supuesto.

Y en tal caso, ¿podría o debería oponerse, y con qué objeto, esa identidad literaria a los productos globalizados de la industria editorial? Pienso que la idea lineal de un enfrentamiento entre un concepto cultural y un hecho económico no tiene mayor sentido. La creación artística, la creación literaria, en este caso, no está en condiciones de, ni tiene por qué, competir con J. K. Rowling y su Harry Potter, *El Código Da Vinci* de Dan Brown, o el próximo *Zorro* de Isabel Allende. Un escritor no debe perder de vista el escenario de sus combates. Y ese escenario será siempre el de su escritura. Si las condiciones industriales que dominan el negocio del libro global no favorecen la circulación y el reconocimiento de los libros literarios el problema, es claro, no es un problema de los escritores. Por el contrario, desde ese terreno propio, identificado, y opuesto a las ideologías de todos los imperios quizá se logre resistir a la fuerza de estos primeros vendavales que parece que lo arrasarán todo... Porque si no lo logran, si no borran del mapa de una vez y para siempre a la creación artística, a la poesía, a la ética,





## *Informe para un congreso*

*Rodolfo Alonso*

Si a la inefable pregunta con que se nos convoca: “¿Existe una identidad literaria?”, se me pidiera encararla desde un punto de vista individual, de productor digamos, aún a riesgo de resultar una vez más estéticamente incorrecto – en estos tiempos de banalidad canonizada – me vería inclinado a sostener que la identidad literaria de un escritor sigue siendo para mí su estilo, es decir la huella de una personalidad en su escritura. Pero, si como hace suponer el lema general de este congreso (“Literatura, identidad y globalización”) se tratara de afrontar esta cuestión desde una perspectiva más amplia, colectiva, es indudable que los diez minutos asignados a cada participante no nos permitirían ni siquiera comenzar a plantearla. Porque el asunto incluye ineludiblemente no sólo complejas facetas relacionadas con la historia y el concepto de nuestra sociedad como cultura, lo que nos afecta como ciudadanos, sino cuestiones ligadas con el fundamento mismo de la especie: el lenguaje, que nos constituye como humanos y, en mi caso particular, con el ejercicio de la poesía, siempre para mí mucho más que apenas un género literario.

### **Primeras voces**

Resulta difícil evadirse (al menos en primera instancia) del fuerte impacto emocional que conllevan ciertos textos. Nacidos literalmente junto con el grito de Mayo, surgidos límpida y espontáneamente del seno mismo

de nuestro pueblo, los inefables *cielitos* – sin duda, una bella y significativa denominación, un auténtico hallazgo – están preñados de pasión y coraje, pero también embebidos de un paisaje más humano que geográfico y, en su dura y tenaz voluntad de desafío, también teñidos de un oculto lirismo.

Creados para comunicar de viva voz los partes de victoria o de contraste, pero también para contagiar el fervor o la rebeldía, cuando las noticias se pasaban como el mate de mano en mano alrededor de los fogones, estas cuartetos ásperas y honradas son, como para los españoles su romancero, nuestro legítimo cantar de gesta. A través de estas voces convivimos más allá de los tiempos con los mismísimos momentos en que se hacía la patria, y luego con los tiempos desolados y quizá premonitorios de la guerra civil y del odio entre hermanos. De entre esas voces se destaca una, la de Bartolomé Hidalgo, sin duda de los primeros poetas rioplatenses, que ya en 1816 compone un imborrable y ejemplar *Cielito de la Independencia*. Y que se constituye, junto con sus innumerables colegas anónimos, en el antecedente real de la poesía gauchesca que luego desarrollarían hombres que muchas veces no eran gauchos, llegando a culminar más tarde nada menos que en el *Martín Fierro*.

Hijos de la pasión política y social, como por otra parte lo son casi todas las obras magnas fundadoras de nuestra literatura nacional (piénsese apenas en *El matadero* de Echeverría o el *Facundo* de Sarmiento, claro), a estos *cielitos* impagables les cabe además en su gran mayoría el honor y el orgullo de ser tan dignamente anónimos, de haberse disuelto en el caudal de nuestra naciente cultura, hijos del pueblo al que volvían una y otra vez en la voz de sus cantores, y capaces todavía de animarnos hoy con su tesón vibrante.

Cielitos que nos sorprenden de repente con un hallazgo de puro alarde fonético (“ana na na ná na / na ná na na na nána / ay cielo, cielo que sí, / cielito de Potosí”), que bien podríamos emparentar con tanta canción de cuna o los antiguos *limericks* ingleses, por ejemplo, cuando no con los mismísimos orígenes guturales del lenguaje humano y que la vanguardia intentó hacer suyos en el siglo XX. Cielitos que nos descubren también las ricas fuentes y recursos del lenguaje popular de entonces, capaz de giros tan logrados como aquel hondo sentimiento patriótico que los anima (“Allá va cielo y más cielo, / tras del cielo otro cielito, / y en despedida del cielo

/ hasta la pascua, adiosito”, no sin una zumbante picardía que iba a tener futuro. Cielitos que se nos nublan de repente con la amenaza irracional que, a todo lo largo de nuestra historia (y, como vimos, hasta hace bien poco tiempo), querrá acallar los argumentos con degüellos (“Cielito del amalaya / cielo del tin ti tilín / si ellos no se hacen cristianos / se les tocará el violín”), y donde la sorna se vuelve prácticamente siniestra. Cielitos, en fin, capaces de volverse también alto canto de amor (“A la mar me han echado / los enemigos / porque dicen que mato / con un suspiro”), que pueden rastrearse después en tantos ricos folklores regionales.

### Clásicos cimarrones

No pocas veces me tocó reiterar que las libertades legítimamente conquistadas por las corrientes estéticas de vanguardia principalmente desde comienzos del siglo veinte, de ningún modo podrían – sin contradecirse a sí mismas – entenderse como un nuevo dogmatismo. Reitero entonces, plenamente, que esa libertad debe incluir por supuesto la posibilidad de utilizar *todas* las formas, comprendidas claro las tradicionales (como ya lo han hecho en nuestro idioma desde César Vallejo hasta Miguel Hernández). Lo único que me permito acotar, como siempre, es que no resulta lo mismo volver a utilizar un molde que en la mayoría de los casos ya cuajó hace siglos en todo su esplendor – como lo prueba, con respecto al soneto, ese inmortal *Amor constante más allá de la muerte*, de nuestro padre Quevedo, sin duda uno de los momentos más altos de la poesía en esta lengua –, que lanzarse directamente a experimentar por nuevos rumbos. Si el riesgo en el primer caso no incluye solamente al formalismo, derivación indudablemente mortal de la retórica, sino también a la mera pero no menos fatal comparación, en la segunda instancia el peligro consiste en olvidar que, como bien dijo Gaëtan Picon, “todo toma forma”, y que si el poema moderno consigue erguirse como ser autónomo y soberano de lenguaje sólo logra hacerlo orgánicamente, *siendo* su forma viva, tomando literalmente cuerpo, que para cuajar ha de latir y respirar con coherencia interna aunque no responda a ninguna receta preestablecida, lo que no es poco desafío.

Después de todo, ya en los comienzos de nuestra propia literatura (en realidad cuando nuestra literatura comienza a hacerse propia), hay una clara y evidente transgresión de los géneros tradicionales que constituye sin

embargo para nosotros, aunque *a contrario sensu* por supuesto, toda una auténtica tradición de creatividad y ruptura. Si ese texto fundacional que es *El matadero* atraviesa estructuralmente primero por una larga etapa que bien podríamos denominar de crónica o cuadro de costumbres antes de lograrse finalmente como relato, desafío a cualquier especialista o lego para que me defina estrictamente el género literario al que pertenece *Facundo*, que no es nunca ensayo totalmente ni totalmente narrativa. Y no olvidemos que el mismísimo *Martín Fierro*, tan sabiamente captado por el legítimo pueblo de su época como letalmente canonizado en *Biblia gaucha* por sus panegiristas de levita, tal cual intuyó cabalmente Borges está en realidad más cerca de la narración que del poema lírico, si es que no constituye (pienso) nuestra peculiar forma de épica.

Y toda esta actitud probablemente inconsciente de rechazo frente a los géneros preestablecidos europeos – que no es tan sólo Argentina sino probablemente latinoamericana –, como la de un bagual que cabecea para que no le encajen el cabestro, viene a ser teóricamente puesta de manifiesto el 30 de diciembre de 1875, no en su primera juventud sino cuando era ya un hombre maduro y formado, en las alturas de su edad, con un gesto que considero clave para nuestra vida cultural, por nuestro inteligentísimo Juan María Gutiérrez (no por casualidad el primero entre nosotros que habla de “idioma nacional” y también del lenguaje “que se transforma, como cosa humana que es”), precisamente al rechazar su designación como miembro de la Real Academia Española.

Porque el problema de la literatura, es decir del uso creativo del lenguaje, no ha sido nunca meramente formal, es decir exterior, aparente, y ambos extremos pueden conducir de igual modo a una retórica parejamente fatal, ya sea ésta supuestamente clásica o pretendidamente vanguardista. Lo que aquella tradición de ruptura y transgresión pienso que espontánea con respecto a los géneros establecidos quiere decirnos, me parece, a mi modesto entender, es que no se puede utilizar el lenguaje humano impunemente, como si fuera una materia inerte y que, a través de él, cuando el artista es realmente una lengua disponible, hay realidades profundas, tanto individuales como colectivas, personales como genéricas, a veces dispares cuando no distintas de las que se encararon en un primer momento como proyecto digamos intelectual, que afloran y se constituyen en el cuerpo mismo de la escritura, realidades que no sólo se hacen tangibles por su intermedio sino que también buscan allí su forma. Resulta evidente, al menos para mí, que hay algo que aflora de por sí en los textos de *El matadero*, del *Facundo*, y

hasta del *Martín Fierro* o la *Excursión a los indios ranqueles* de Mansilla, que no figura en los presupuestos muchas veces legítimamente partidarios de sus respectivos autores, algo que su lenguaje de artistas auténticos trae a la luz, y que no depende en absoluto y mucho menos exclusivamente del género o de la forma empleados.

Quizás esto, la imprevista y sorprendente conciencia de que algo se le había escapado de las manos, logre explicar que un libro de carácter tan directamente panfletario como *El matadero*, escrito entre 1836 y 1840, no haya llegado nunca a ser publicado por Esteban Echeverría, ni siquiera en ocasión de su propio exilio en Montevideo, cuando menudeaban las oportunidades favorables al respecto, sino que se mantuvo rigurosamente inédito y sólo llegó a ver la luz después de la muerte de su autor, como vimos merced a la bienvenida iniciativa de Juan María Gutiérrez. Y en 1871, no por casualidad apenas el año antes de que comenzara su odisea el *Martín Fierro*.

### Fuente de coplas

¿Qué poeta honrado no soñó alguna vez con hacerse copla y volverse sabiamente anónimo en los labios del pueblo, integrándose a ese río de poesía y de vida que parece venir manando de los siglos? Y, sin embargo, un sueño semejante se ha vuelto ahora más arisco y difícil que nunca, si es que no imposible.

Ya nada menos que don Juan Alfonso Carrizo, el responsable de aquellas legendarias recopilaciones de poesía tradicional ordenada por temas y que había recogido en sus incansables recorridos por nuestro Noroeste, verdadero yacimiento del folklore más legítimo, al encabezar en 1926 con un “Discurso preliminar” de veintiséis páginas su *Cancionero de Catamarca*, el primero de los suyos en editarse, se ve en la obligación de afirmar que todo el caudal de poesía oralmente conservado por la población antigua es de origen hispánico, y que no existen en nuestro pueblo cantares de origen indígena. Mientras que al prologar siete años después con otro estudio de cuarenta y siete páginas su *Cancionero popular de Salta*, no pudo impedirse constatar, me imagino que melancólicamente: “El uso de los gramófonos y victrolas que traen tonadas y letras nuevas del gusto de Buenos Aires va haciendo desaparecer en el Valle de Lerma, y en especial en la ciudad de Salta, los cantos populares antiguos que enriquecían el acervo tradicional;

hoy es difícil hallar guitarreros que canten las glosas y décimas de esta antología”. Y si ello ocurría en 1933, ¿qué decir de esta época nuestra, asolada por la irrefrenable contaminación audiovisual de la sociedad de consumo y desolada por la industria cultural de masas? ¿Qué copla puede no ya surgir espontáneamente de los labios del pueblo, sino siquiera hacerse oír, ayer nomás, porque hoy ni siquiera eso, cuando una pretendida *proyección folklórica* era emitida en serie por las grabadoras desde Buenos Aires? Fue nada menos que el mismo don Atahualpa Yupanqui quien lo percibió, ya el 30 de mayo de 1936: “Y en Buenos Aires el folklore seguirá siendo para algunos una misión, para otros algo que está de moda, y para la gran mayoría una industria.”

Pero tamaño balde de agua fría no parece haber amilanado a nuestros creadores. Ya alrededor de aquella excelente selección salteña de *Coplas para cantar con caja*, lanzada por Ediciones El Estudiante a comienzos de 1951 y que tuvo que ser reeditada a los pocos meses, donde brillan textos tan tocantes y límpidos como el imborrable “Tengo una pena morada / y un sentimiento amarillo, / la pena se me hizo breva / y el sentimiento membrillo”, o también la hondura de “Yo soy aquel fulanito, / yo soy el que siempre hi sido, / no me hago ni me deshago / en ese ser no más vivo”, sin olvidar el memorable “Yo soy Arjona, señores, / nombre que no se hai perder, / y aunque lo tiren al río / sobre la espuma hai volver”, se rumoreaba que a lo mejor el diablo había metido la cola y entre las coplas de origen anónimo quizá Manuel J. Castilla o hasta Juan Carlos Dávalos no habían dejado de entreverar algunas creaciones propias. Y en enero de 1998 todavía se realizó, me consta, un exitoso “Encuentro de Copleiros” en la bellísima Purmamarca.

Y ya que vamos a pedir, pidamos mucho. Ojalá que la copla, como ya pasó en otros tiempos con sus naturales antepasados del cantar de gesta y de los romanceros españoles, logre seguir redondeándose y haciéndose de boca en boca, como se hacen a sí mismos en su propio devenir los humildes y hermosísimos cantos rodados que tan finamente pulen y alisan incansablemente nuestros ríos y arroyos.

**Leer para ser**

Me tocó elaborar estos esbozos alrededor de la identidad literaria nacional, mucho antes de la deletérea década infame de los noventa. Hoy, no sólo en nuestro país, a la sociedad de consumo en que ya veníamos inmersos se le ha añadido, reforzándola, lo que se ha dado en llamar también sociedad del espectáculo, donde desde el más aberrante escándalo hasta el dolor más íntimo pueden volverse igualmente *show*. En ese contexto, lo que fue en sus comienzos una por cierto ya temible industria cultural se ha convertido ahora en algo así como una civilización: la cultura masificada. Su meta no es por supuesto el servicio, sino el lucro. Su objetivo es el entretenimiento, no el conocimiento. Sus valores no son la ética o el humanismo, sino el *rating* y el rédito pecuniario. Disfrazada de modernidad, cuando no de posmodernidad, resulta tan antigua como el oficio más viejo del mundo.

Frente a la anonadante invasión audiovisual, que no somete ni obliga sino que seduce y persuade, el simple acto de la lectura implica de por sí la conquista de un espacio de reflexión y de autosuperación. Frente a la avasallante nada que nos halaga para hacernos objeto de su culto, para volvernos literalmente objetos, el dominio de la buena lectura es, igual que el amor, y tal como lo definiera Sartre, el encuentro de dos libertades que concuerdan. Nada más escandaloso ni aparentemente más difícil en los tiempos *light* que corren, tan corrosivamente superficiales, pero también quizás nada más fecundo ni realmente gratificante.

Porque la buena lectura nos devuelve al lenguaje, y el lenguaje no es por supuesto apenas un mero medio, un instrumento más de comunicación. El lenguaje es una riqueza específicamente humana. Es más, el lenguaje nos hace hombres, somos hombres porque tenemos memoria y porque *somos* lenguaje. Y nuestra lengua constituye irremisiblemente el umbral mismo de la condición humana, de la hominidad. Atacada hoy directamente en sus orígenes, el pueblo que se ha vuelto ahora por lo general apenas consumidor cuando antes era creador y fuente, nos vamos empobreciendo a medida que se empobrece nuestra lengua.

Pero ahora hemos descubierto que no se necesitan el fuego o la censura para silenciar los buenos libros. Que, como bien dijo nada menos que George





## *Productividad textual e identidad en Argentina*

*Mario Goloboff*

Si alguna duda quedara todavía sobre la falta de correspondencia mecánica entre las condiciones económicas, sociales, políticas de un país dado y su nivel estético y literario, creo que la situación argentina de estos últimos tiempos la disipa. La riqueza de nuestra producción artística y literaria, es, como mínimo, paradójica.

Por el peso de la tradición y las ideas dominantes, suelen trazarse panoramas de la literatura que abordan prioritariamente movimientos, escuelas, tendencias y, sobre todo, figuras que han alcanzado la notoriedad a través de sus éxitos editoriales. Más arduo parece tratar de ver qué pasa en las profundidades de una sociedad, allí donde alientan y crecen los verdaderos signos de un patrimonio cultural común. Por eso, si abandonamos por un instante la visión de las corrientes y de las individualidades, dejando de observar el panorama como una “historia de generales”, e intentamos apreciar algunos fenómenos colectivos, tal vez podamos engrandecer el campo de observación y de reflexión.

Miles de argentinos de ambos sexos y de todas las edades practican hoy alguna forma de escritura creativa en la soledad de sus casas, en escuelas, en talleres, en instituciones oficiales y privadas, en clubes, en comunidades, en sitios improvisados o especialmente dispuestos para esos fines.

Esa práctica masiva, dolorosa y gozosa de la textualidad, debe de guardar alguna significación a la vista de las situaciones sociales por las que hemos

pasado durante los últimos años.

He sido jurado de concursos nacionales de cierta magnitud, comenzando por el del Fondo Nacional de las Artes para cuento inédito “Julio Cortázar”, realizado en 1994 y, desde entonces, en los anuales de narrativa de la misma institución. En aquél, se presentaron unos ciento treinta libros de cuentos inéditos. En todos los otros, más de cien originales. En el del año 2003, los inscriptos fueron noventa y ocho. En el concurso de novela breve Ede-nor-Feria del Libro, del que también tuve el honor de ser Jurado en 2004, participaron más de 280 originales de todo el país. Acabamos de fallar el Premio Julio Cortázar 2004, de novelas cortas, organizado por el Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires, donde también fui jurado, y se presentaron (a pesar de ser acotado, sólo para menores de 40 años y con estrictos límites de páginas), 188 manuscritos. Cabe agregar que, en mi caso, me encontré con materiales muy interesantes y muy atractivos. Todo ello hace pensar en una producción de textos cuantitativa y cualitativamente importante.

Asimismo, el testimonio de cualquier amigo que haya publicado una revista literaria describe la llegada copiosa de originales de poemas y relatos a su redacción (en muchos casos, hasta de chicos de 12 años, que envían cuentos y todo tipo de escritos creativos). Supongo que cualquier publicación literaria que abra hoy sus páginas a los lectores vivirá la misma sorprendente experiencia.

Por otra parte, en Buenos Aires se realizan anualmente las “Jornadas Itinerantes de Poesía” (se acaba de realizar la V<sup>a</sup>), organizadas por la Asociación de Poetas Argentinos y la Dirección General de Enseñanza Artística, durante las que se efectúan circuitos itinerantes por distintos barrios, encuentros de talleres literarios (una veintena), olimpiadas colegiales de poesía, concursos, encuentros de ciclos literarios y mesas de lectura, y donde, en conjunto, participan centenares de poetas.

Otro aspecto para tener en cuenta en nuestro país es el de la existencia, única en el mundo por lo que conozco, de decenas de talleres literarios privados e institucionales (algo mermados por la crisis, pero así y todo subsistentes y actuantes, y probablemente ahora fortalecidos por la reactivación), en los que grupos de escritores, generalmente en ciernes, generalmente jóvenes, tratan de aprender y de incorporarse al circuito más o menos profesional

de la literatura. Un solo dato oficial puede servir de ejemplo: en el Centro Cultural Ricardo Rojas se dictaban hace un año cinco cursos prácticos de escritura bimestrales, y en cada una de las inscripciones había un promedio de veinte alumnos, por lo que pasaban por el curso de iniciación, “Taller de escritura para jóvenes” (de 15 a 21 años), unas cien personas al año. Además, en agosto de 2003, comenzamos talleres de poesía, cuento, novela y ensayo en la Biblioteca Nacional, con un promedio de casi cien inscriptos para cada uno al iniciar.

Un capítulo aparte merecería nuestra cuantiosa producción teatral. Sólo en la Capital se estrenan alrededor de treinta textos nacionales por año. También aquí proliferan los talleres, por donde pasan varios cientos de nuevos escritores, mientras que a lo largo y a lo ancho del país hay unos tres mil grupos de teatro, la mayoría de los cuales estrenan a autores nacionales y provinciales, que entran en contacto durante la Fiesta Nacional de Teatro convocada anualmente, datos que alientan la difundida opinión según la cual éste “es el país donde se hace más teatro en el mundo” <sup>(1)</sup>.

Otro hecho ligado aún a aquellos, que me ha tocado constatar y comparar personalmente, es la avidez de nuestra juventud por los estudios literarios, y el interés que demuestra por la literatura y por la nuestra en especial. Para no dar más que un ejemplo, que posiblemente sea superado por otros lugares y sin duda por la ciudad de Buenos Aires, este año el número de inscriptos en la materia Literatura Argentina (Siglo XX), de la cual soy profesor titular en la Universidad Nacional de La Plata, ha sido de doscientos cuarenta y seis. Con muy pocos alicientes, con el probable destino de una ocupación sólo parcial en estas áreas o el de la obtención de bajísimas (a veces, inexistentes) recompensas económicas, nuestros estudiantes pueblan las aulas de las facultades de Letras y exhiben un sí que desinteresado interés por la literatura (que contrasta con la casi burocrática asistencia a las suyas de los estudiantes europeos, quienes saben, empero, que al terminar las carreras tendrán puestos bien rentados por el resto de sus vidas).

Los pocos ejemplos dados, que podrían multiplicarse y también diversifi-

---

1) Opinión corroborada en el trabajo de Gonzalo Quesada “Buenos Aires lidera la diversidad de la oferta teatral en Occidente”, en *Cultura*, N° 78, Buenos Aires, Tercer cuatrimestre de 2002, p. 35.

carse en el ámbito geográfico de nuestro inmenso país, exhiben una pujanza, un fervor, una profunda y significativa necesidad de escribir o de ocuparse de la literatura; vocaciones literarias, todas ellas, cuyas causas habría que explicar, ya que, con esas características, el fenómeno es bastante específico de la sociedad argentina. Los hechos, que para una mirada inicial son meramente literarios o que no deberían dar lugar más que a consideraciones propias de la ciencia literaria, son también culturales y (por su extensión, por su profundidad, por su persistencia, por su masividad) son también sociales y en última instancia políticos, ya que dudosamente fenómenos sociales de tanta magnitud no representen algo político.

Es todavía conjetural lo que se puede decir, pero me parece que estas constancias entrañan un nivel de productividad muy significativo, que contrasta con todo tipo de recesión, depresión, estancamiento o regresión que quiera verse hoy o se haya visto hace poco en el campo social. Limiándonos a lo que actualmente sabemos, que no es mucho, podríamos tan sólo afirmar y subrayar este carácter fructuoso de la idea de producción en materia literaria y, en consecuencia, el de ésta en nuestra sociedad.

Otra consecuencia cultural y política en ese plano tiene que ver con el hecho de que, muchas veces, desde la política, se exige de la literatura que refleje, denuncie, testimonie, dé cuenta de conflictos y de luchas, se haga cargo de la actualidad, y no se comprende que ella hace suficientemente todo eso, sólo que de un modo menos visible, menos exterior y menos estentóreo. El propio volumen del trabajo literario es, ya (como parece demostrarse hoy en Argentina), un signo de descontento y resistencia. La poesía, la narración, el teatro, la ficción en suma, por su misma hechura, son, casi siempre, marcas de una disconformidad con el presente, afirmación nacional y de una identidad. La tarea de actuación específica, con y desde el lenguaje que pertenece a una comunidad (es decir, uno de los elementos más sociales y colectivos que la humanidad creó), es, en sí misma, transformadora, renovadora, progresista. Y el acto de trabajar con el lenguaje y de utilizarlo para crear otros universos posibles implica una remoción de valores, una puesta en peligro de conformidades adquiridas y, por consiguiente, un riesgo para toda opresión.

El quehacer artístico es, necesariamente, un trabajo que mira al porvenir: así como busca nuevas formas de extraer lo que duerme en el lenguaje,

elabora también nuevas maneras de sentir lo que aún duerme en la materia y espera nacer. Y es en esa práctica misma donde se aloja la posibilidad de condenar toda sujeción, toda dominación: “Si la droga y la locura representan este juzgamiento bajo la forma más violenta, el texto tiende a producir un dispositivo semiótico que da curso a esa violencia, socializándola. /.../ Él renueva así los tipos de enunciación adoptados, y produce otros que corresponden a la nueva situación pulsional y social. Aunque se trate de una modificación semiótica, esta práctica toca, a través del sujeto que allí se implica, los sitios neurálgicos del aparato social” (2).

Es, entonces, en la propia fuente donde comienza este trabajo de remoción, de desacomodamiento y de reordenamiento del ciclo habitual de la lengua. Pero tamaño ataque no puede dejar intactos otros órdenes, otras instituciones. Un mínimo conocimiento del campo simbólico (el del lenguaje, el del inconsciente, el del poder) explica este imparable deslizamiento de la corrosión, carrera segura a raíz de la cual ya Platón afirmaba que “no se atacan jamás las formas de la música sin quebrantar las más importantes leyes de la ciudad”. Lo cual, tal vez inusitadamente, confirmaría a esta enorme y torrentosa textualidad colectiva argentina. Como ejercicio, en las

---

2) Julia Kristeva, La révolution du langage poétique, París, Ed. du Seuil, Col. Points, 1985, p. 612.



## *¿Existe una identidad literaria argentina?*

***Eduardo Romano***

El discurso literario cifra su identidad, creo, en un tono, un registro, una modulación distinta de todas las otras, a despecho de reconocibles y demostrables préstamos, de inevitables resonancias ajenas. Esa voz, claro, puede ser la de los sectores dominantes, hegemónicos, y decir su satisfacción, su opulencia. Pero puede encarnar también la protesta, el desacato o simplemente modos de ver y de sentir propios de los sectores menos integrados – o voluntariamente marginados – de la sociedad legal.

En esas circunstancias, la letra, que naciera como distinción y técnica excluyente, como cifra de poder, sufre un descentramiento que da cuenta del conflicto, de que existen desigualdades e injusticias hasta entonces silenciadas o que las instituciones mantienen bajo control. Ese momento en que el otro hace escuchar, más acá de la memoria oral, sus diferencias y sus demandas, es un momento crucial para la literatura de las regiones periféricas, que a su vez nacieron bajo el signo de la subordinación y el sometimiento.

En el Río de la Plata, nuestra región, ese advenimiento ocurre en relación con la gesta revolucionaria de mayo, cuando amplios sectores del gauchaje oriental, acaudillados por José Gervasio de Artigas, se resisten a obedecer las imposiciones de la Junta de Buenos Aires. Entre quienes lo siguen en ese éxodo hacia el interior de la otra banda, hay un modesto peluquero, llamado Bartolomé Hidalgo, quien lee y escribe, por lo cual puede improvisarse

secretario del caudillo cuando las circunstancias lo requieran.

Simultáneamente, siente el impulso de escribir la palabra del gaucho en esa gesta, se erige en intérprete de muchos y para hacerlo busca respaldo en el pasado colonial: cuando los españoles disputaban un espacio geopolítico clave (Colonia del Sacramento) con los portugueses, el erudito Baltasar Maciel había retrocedido a su vez hasta viejos recursos satíricos renacentistas para celebrar los triunfos militares del virrey don Pedro de Cevallos con un romance que comienza “Aquí me pongo a cantar / abajo de aquestas talas”. Es decir hibridando ese pasado letrado con una fórmula que según el antropólogo Lehmann-Nitsche era de estirpe tradicional autóctona, del tipo “Aquí me pongo a cantar/ abajo de este membrillo”.

Una fórmula que proviene de la oralidad y se le impone al mediador letrado, movido a su vez por el fervor colectivo, bélico, y que, como sabemos, reaparecerá en la apertura de uno de los textos culminantes del género gauchesco, *El gaucho Martín Fierro*, en 1872. Me atrevería a decir, recordando el Cielito “que con acompañamiento de guitarra cantaban los patriotas al frente de las murallas de Montevideo” donde se habían fortificado las tropas godas del general Vigodet, consignado por el poeta seudoclásico Acuña de Figueroa en su *Diario* de tales episodios, que en Hidalgo confluyen la fuente letrada e hispánica con el legado de las voces anónimas que gritan e insultan al enemigo con expresiones coloquiales (Vigodet, “temiendo que lo pialen/ se anda haciendo el chancho rengo”) mezcladas a resabios librescos (“Cielito de los gallegos,/ ¡ay cielito del dios Baco!”) adquiridos en el intercambio que provocaba una experiencia política y social tan conmocionante.

Tal vez resida allí la génesis de una identidad, en ese cruce de lo culto y lo vulgar, en esa síntesis que le otorga palabras a los sin voz. Pero Hidalgo no se detiene en lo que podríamos denominar, más técnicamente, semiotización de la bravata y del exabrupto cantados, para poetizar asimismo las peripecias de la conversación y del relato. Lo que realiza en una segunda etapa, hacia 1820, con el texto de la *Relación* y con los *Diálogos*, donde podemos llegar a leer afirmaciones tan tajantes como ésta, al responder a un Manifiesto del rey Fernando VII: “Cielito, cielo que sí,/ guárdense su chocolate,/ aquí somos puros indios/ y sólo tomamos mate”.

Esa aproximación del criollo pobre al aborigen, asumiendo una identidad



conjunta, será negada por las políticas oficiales contrarias a la integración de lo diverso y cómplices de los intereses extraños a la región, en un principio fundamentalmente británicos. Así como la gauchesca será combatida por los poetas letrados y, en algunos casos, el agente de ambas “persecuciones” será el mismo. El general Bartolomé Mitre, enemigo mortal de indios alzados y gauchos montoneros, escribirá en una Nota a su poema Santos Vega para la edición de 1852 en el volumen Rimas que “Las costumbres primitivas y originales de la pampa han tenido entre nosotros muchos cantores” que sin embargo no han conseguido “poetizarlas”, porque “para hacer hablar a los gauchos, los poetas han empleado todos los modismos gauchos, han aceptado todos sus barbarismos, elevando al rango de poesía una jerga, muy enérgica y muy pintoresca (...) pero que por sí no constituye lo que propiamente puede llamarse poesía”.

La gauchesca no desaparece con los poemas culminantes de Hernández y del Campo, como algunos pretenden; sus ecos democráticos pueden escucharse todavía en *El paso de los libres*. Relato gaucho de la última revolución radical (*La boina blanca*, 1934) de Arturo Jauretche, que Jorge Luis Borges prologara; en *Fiesta del pueblo*, versos narrativos gauchescos al primero de mayo de 1950 escrito por Claudio Martínez Payva (*Mundo Peronista*, Serie Roja, 1952) o en las *Coplas del payador perseguido* de Atahualpa Yupanqui (Héctor Chavero), grabadas a comienzos de la década de 1960.

Pero lo más importante es que aquel gesto de aproximación entre letrados e iletrados, en que el primero se vuelve intérprete de lo que el otro no llega a escribir, aunque los nuevos medios de difusión – la radiotelefonía, el disco – permitan saltar el paso de la lectura, en ciertos casos, tampoco queda circunscripto al medio rural o al género gauchesco. En los años postreros del siglo XIX y en pleno proceso de asimilación entre el alud inmigratorio y los nativos, cuyo escenario son las orillas, esa frontera donde se gestan los barrios multitudinarios y heterogéneos, surge una publicación revolucionaria por sus alcances culturales (*Caras y Caretas*, en octubre de 1898), dirigida por el entrerriano José Álvarez, más conocido por su seudónimo Fray Mocho.

Empieza allí retratando y caracterizando, número tras número, a diversos tipos ciudadanos, producto de la nueva y difícil convivencia entre criollos e inmigrantes llegados de diversos orígenes a esta ciudad puerto, incluyendo

retazos de sus modalidades lingüísticas. Sin embargo, al llegar al número 37, del 17 de junio de 1899, descubre la posibilidad de hacer dialogar a sus figuras sin ningún intermediario. Así sucede con la Tierna despedida entre un compadrito que acaba de ser incorporado a la policía y su amante – o, mejor, ex amante – pues trata de convencerla de que su nueva condición les impone separarse.

Al contestarle, airada, la muchacha recurre a expresiones traslaticias formadas sobre su propia experiencia de vida, a las cuales el petulante replica con procedimientos similares. Tales expresiones provienen del trabajo manual (“no arrugués, que no hay quien planche”, “no me tomés pa cadenero”) o de otros oficios (“¿Si estarás soñando que sos tendero?”), de la alimentación (“¡Buena tripa pa chorizo!”; “un agente no es cosa de tragar así no más, sin mascar”), de los instrumentos habituales para divertirse, como la guitarra (“no subás la prima”), de los insultos degradantes, animalizados: “¡Guen gringo chancho!”.

Cuentan también las oportunas comparaciones muy empíricas (“anda como pichicho por mí”; “comenzás a caminar solo, como el eléctrico”) y los refranes (“pa tener pulgas y no sentir la comezón, vale más sacudirse la pollera”), rasgos que, sumados a las modalidades léxicas, sintácticas y fonológicas del habla común suburbana, establecen asimismo un vínculo entre gente de campo y de ciudad.

Ricardo Rojas fue el primero que, en su ensayo *Cosmópolis* (1908), destacó esa habilidad, al decir... “Nadie hizo hablar mejor al criollo recalcitrante que resiste las nuevas costumbres y al snob que las preconiza; al gringo apaisanado y al que regresa de Europa, al compadrito, al ‘pechador’, al clubman, al loco-lindo, al chiflado, al ‘titeador’, al tilingo, al vivo y al vividor...”

A esa suerte de comedia humana promovida por los cruces étnicos y culturales, en un contexto de acelerada modernización, contribuyó simultáneamente el llamado género chico criollo, asimilado del que apareciera en España a mediados de la década de 1880, y que encontró entre nosotros sus propios cultores, quienes, en todo caso, le introdujeron las inevitables desviaciones que sobrevienen en casos similares.

En esa misma fecha de 1898, casi a fin de año, Enrique García Velloso estrena *Gabino el mayoral*, temprano sainete de cruzados amoríos en que el criollo agente Nuñez trata de seducir a la hija gringa del fondero y lo verbaliza con frases y modismos adecuados a su condición: “El fondero hace todo lo posible para que ella no me lleve al apunte, pero como yo no soy de esos enamorados que se duermen en las pajas, lo tengo al gringo medio trastabillao con mis cumplidos y a la rubia la he mariado como si viajase en paquete de Ultramar”.

De ahí en adelante, el nutrido y a veces duplicado repertorio de autores que aportaron al género, en general de extracción muy humilde y carentes de linaje intelectual, como Enrique Buttaró, Alcides de María, Roberto Cayol, etc., o que habían sido payadores suburbanos, como Nemesio Trejo, nos dejaron algo más que meros documentos para el especialista en lexicología, pues en el pintoresco discurso sainetero hay una verdadera coagulación de esperanzas, expectativas y frustraciones que se tensan y desatan a través del diálogo.

Además, una variante escénica menos complaciente con la reunión jaranera en el patio del conventillo, la música y el baile, los chistes y salidas ocurrentes, fue dibujando dentro de esa mismo espacio y público su propio mensaje de fracaso, un fracaso que desembocaba en la prisión o en la muerte. Estoy pensando en los grotescos que arrancan con Carlos M. Pacheco y culminan con la producción de Armando Discépolo, en la década de 1920, donde la conversación chispeante e intencionada cede lugar a la introspección y al ensimismamiento terminal.

Es el caso de Mateo, cuando al final del cuadro segundo de la pieza homónima, se dirige a su caballo para decirle en ítalocriollo: “¡Qué hace! ¿Por qué me asusta? Mateo. Mirame, Mateo... Nenne. ¿No me quiere mirar? Soy yo. Yo mismo. ¿Qué hacemos?. Robamo. Usté e yo somo do ladrone (...) ¿No lo quiere creer?... Yo tampoco. Parece mentira. ¿No estaremos soñando? (Se pellizca, se hace cosquillas, tironea su bigote) No, estoy despierto... (...) Hay que entrare. Hay que entrare (Tiritando, se sienta en el estribo). Qué silencio. Parece que se hubiera muerto todo.”

Monólogo, degradación a conversar con un animal, desconfianza en la propia identidad, resignación a comportarse como la mayoría, sensación

de que todos los valores pregonados por el aparato social están muertos, resumen la escéptica soledad de una inmigración que había intentado asimilarse y triunfar. Confiada en la propaganda oficial del Régimen conservador, tampoco había encontrado en la Causa yrigoyenista el camino seguro hacia una retribución más equitativa de los beneficios agropecuarios acaparados por una oligarquía que sólo quería tirar manteca al techo en los prostíbulos o cabaretes, en agasajar a ilustres visitantes como el Príncipe de Gales con abundante champaña. El equivalente narrativo del grotesco escénico está en Roberto Arlt y el poético en Nicolás Olivari o Carlos de la Púa.

Más o menos simultáneamente, los poetas del tango habían realizado una parábola similar, desde las primeras letras firmadas, por ejemplo por Ángel Gregorio Villoldo hacia 1900, y en las cuales predominaba el autorretrato y la jactancia del compadrito por su aspecto, facilidad para bailar, guapeza y explotación de la mujer (véase *El porteño*), hasta la irrupción de un milonguero sentimental que se lamenta – y proyecta esa pena a todos los componentes del cuarto o bulín – en *Mi noche triste* de Pascual Contursi, letra compuesta hacia 1916 en Montevideo.

Este recorte de lectura que sigo, parecería excluir de hecho a los escritores con formación letrada, conocimientos de idiomas, acceso a otras literaturas, participación en formaciones intelectuales actualizadoras respecto de la producción literaria en el resto del mundo, aunque especialmente mirábamos hacia Europa y, un poco menos, al resto de Latinoamérica y a los Estados Unidos.

No es así y voy a referirme, ahora, a la solución bifónica que para su paradójico criollismo de vanguardia, que fusiona valores camperos tradicionales con procedimientos literarios postsimbolistas, pusieron en práctica Ricardo Güiraldes y Jorge Luis Borges. El primero sobre todo en *Don Segundo Sombra* (1926) y el segundo en su famoso cuento *Hombres pelearon* (en la versión del diario *Crítica*, de 1933), rebautizado luego *Hombre de la esquina rosada*.

En la novela, Güiraldes reconstruye desde la final condición de estanciero que Fabio Cáceres, aunque hijo natural, hereda de su padre, una prolongada experiencia de resero junto al viejo sabio que lo inicia en los secretos de la vida rural. Borges sutura, a veces en la misma frase, el léxico orillero con su depurado lenguaje que todavía conserva algo del alambicado conceptismo

anterior (consultar el pretexto Leyenda policial en la revista *Martín Fierro*, febrero de 1927).

Dichas simbiosis apuntaban a la conversión del saber tradicional pampeano, en un caso, y de la misteriosa alternancia valor/cobardía del guapo, en el otro, a mitificar la figura del gaucho y la del compadre, respectivamente, como lo certifica Borges en su artículo *La pampa y el suburbio son dioses* (Proa, 2º época, n. 15, enero de 1926).

A los escritores instalados en el espacio legal de la literatura, parecería que sólo fuertes cimbronazos histórico-sociales pueden sacudirlos de su modorra. Así sucede en la década del 40 con la novela *Adán Buenosayres* de Leopoldo Marechal, que se atreve a construir diálogos verosímiles y desinhibidos entre sus actuantes, parodia de James Joyce, quien parodió a su vez al Ulyses homérico, juego de espejos neobarroco que mantiene sin embargo un hilo virtual de comunicación con el gran público: la nervatura humorística que recorre todo el texto.

En otra dirección, los kafkianos relatos de Ezequiel Martínez Estrada y el volumen de cuentos *Bestiario* (1951) de Julio Cortázar generan literatura a partir del miedo a que esa nueva clase obrera de origen provinciano, migratorio, invada y desnaturalice todos los lugares antes reservados a una minoría bastante ociosa y refinada; sus textos jalonan un antes y un después en la literatura argentina, por su complejidad discursiva, múltiples niveles significativos, exigencias participativas del lector, acostumbrado hasta entonces a una intervención mucho más pasiva.

Al año siguiente, Cortázar ahonda esa experiencia de escritura con la redacción de *Torito*, que pasará luego a formar parte de su volumen *Final del juego* (edición mexicana de 1956 y argentina, con cuentos añadidos, de 1964). La voz de Justo Suárez, un boxeador, el tipo de deportista al que la razón liberal – compartida todavía en gran medida por el Cortázar de esa época – le asigna menos inteligencia, monologa para hacernos conocer su historia, pero dejando constancia de que tiene cierta conciencia de lo que le ha sucedido.

Desde el principio, le aclara al ñato, su alocutario, “cuando estás abajo todos te fajan (...) hasta el más maula”. No le pasan desapercibidos los in-

dicios de nerviosidad de su manager, cuando enfrenta a un rival peligroso; rectifica juicios mitificadores de la prensa acerca de su biografía (“En los diarios salía que yo de pibe los peleaba a los carreros de la Quema. Puras macanas”) o del saber supuestamente científico (“leí que el boxeador no oye nada cuando está peleando, qué macana, pibe”); reconoce que pelea intuitivamente, con escaso conocimiento de técnicas, porque vio poco boxeo (“si nunca tenía cincuenta guitas para ir a ver nada”); define con precariedad verbal pero con sagacidad empírica lo que es el estilo (“estás ahí y cuando hay que ir a hacer una cosa vas y la hacés”).

Ese período literario que se abre a comienzos de los 50 es, a mi juicio, el más apasionante en ese camino de pacto verbal con los sectores iletrados y eso ocurre, no lo dudo, acorde con un avance de los sectores populares en su conjunto en busca de una sociedad liberada de los condicionamientos neocoloniales externos y de las injusticias y desigualdades económico-sociales internas. Se cierra, obviamente, hacia 1976.

Un ciclo que inaugura Cortázar, que pasa por el periodismo literario de Rodolfo J. Walsh, quien en *Operación masacre* (reescrive las notas publicadas en el periódico *Mayoría* como libro en 1957) afirma: “Sólo podemos formular conjeturas” acerca de la vida cotidiana de los humildes anónimos, cuyas historias de vida son siempre fragmentarias, de límites borrosos, diversas según quien las cuente. Son las vidas de los seres comunes, que él reconstruye para contribuir al esclarecimiento de los hechos, vidas “sin relieves brillantes, sin deslumbres de aventura” que “forman la base invisible, el escalón en que se apoyan los triunfadores efímeros, los soberbios, los tempestuosos intoxicados de poder”.

Un intento que llega hasta novelas como *Eisejuaz* (1971) de Sara Gallardo, donde reconstruye la vida de un mataco (Lisandro Vega) desde su propia parquedad verbal, inventando un discurso híbrido, entre poético y vulgar, entre regional y estándar, que apela a frecuentes reiteraciones para connotar oralidad. Su negación a leer diarios, aunque sabe hacerlo, simboliza una profunda resistencia del protagonista a ser avasallado, aunque luego sucumba a las maquinaciones de Caqui, un inescrupuloso que se aprovecha de su ingenuidad.

Incluiría asimismo en esta serie, donde podrían figurar otros textos de

Haroldo Conti, Germán Rozenmacher o Daniel Moyano, el relato *El frasco* (1973) de Luis Gusman, cuya primera persona transmite un cúmulo de relaciones familiares al margen de las normas que regularan anteriormente el tejido social con un registro verbal inusitadamente violento, tanto como el de las acciones a que se hace referencia: actos de amor entre la basura,





## “¿Existe una identidad literaria?”

*Susana Cella*

Ante una pregunta, el primer impulso sería intentar responderla, ante una pregunta nada fácil cuando en su brevedad está encerrando tres términos tan relevantes como existencia, identidad y literatura, otro impulso, lentamente, se abre paso: la pregunta por la pregunta. O sea, por qué preguntar si existe una identidad literaria. Preguntar por la existencia de algo implica el temor de su inexistencia, es entonces que la palabra ausente en esta pregunta pero presente en esta convocatoria, parece surgir como la amenazante sombra sobre esa posibilidad de existencia: la globalización atentatoria contra lo particular, lo singular y específico que definiría una identidad. En lo que se refiere a globalización, muchas ya son las referencias y reflexiones en favor y en contra, y muchas también, según desde la perspectiva predominante desde donde se la considere – ideológica, sociológica, política, económica – y aun desde las relaciones entre estas áreas; inclusive, el término mundialización, usado para definir este fenómeno, resulta tal vez menos ríspido, menos desagradable que la idea que trasunta “globalización”, cuando se la ve como un eufemismo de lo que se solía llamar imperialismo, y sin embargo, aun si se desbarata la visión digamos optimista de la globalización, sobrepasa la misma idea de imperialismo y resulta un fenómeno mucho más complejo que la alta concentración de capitales y las formas de dominación cultural inherentes a tal hegemonía, para tornarse un proceso al que nada de lo humano le es ajeno, incluido en esto desde luego, lo que cabe en la deshumanización, y no me refiero a esa infortunada denominación de Ortega y Gasset sobre la deshumanización del arte, sino a la deshumanización a

secas, a lo que intenta erradicar valores y formas de vinculación entre los hombres, al convertir o intentar convertir, cuanto esté a su alcance – el mundo entero en esta lógica, el planeta podríamos decir – en mercancía redituable. Dicho así parece ser una reflexión sobre los males del mercado, tantas veces mencionado, pero es mucho más que estar hablando de un “aspecto” –económico, digamos – porque esta lógica se impone como la válida y verdadera, la única posible, y cala en los estratos más profundos de los imaginarios sociales, la vida cotidiana, las conductas, las relaciones interpersonales, las artes y las ciencias, y, en lo más íntimo, el lenguaje, a lo que indisolublemente se liga como nuestra materia prima de trabajo, la literatura.

Todo esto alude a una vasta gama de fenómenos, pero no puedo dejar de pensar, porque estamos aquí hablando de literatura, identidad y existencia, en esa postulación de identidad, en ese nacionalismo que erigió una épica, una figura emblemática y una tradición ante la peligrosa presencia de unos “otros”, vistos como tales desde esos “otros” que eran “ellos”: la Sociedad Patriótica, los poetas nacionales, la Nación. Tal afirmación de identidad no iba en favor del logro de la construcción de una identidad que tuviera en perspectiva la preservación y simultáneamente la necesaria interacción y comunicación con otros (otras culturas, otros hombres, otras tradiciones, otras clases sociales), sino que resulta la apelación a un nosotros que evoca el *entre nous* de las elites. Si un nacionalismo oligárquico, chauvinista y racista fue la respuesta cultural a la “situación de peligro” ante la presencia de inmigrantes ocupando la ciudad de Buenos Aires, también, otras formas de construcción de identidad actuaron en un sentido diferente, teniendo en cuenta nuestra heterogeneidad y el devenir histórico de modo que se consolidaran entidades peculiares tales como la ciudad, las ciudades, los pueblos, el barrio, el país, en definitiva, habida cuenta de las diversidades de tradiciones y de culturas. Entidades particulares cuya necesaria interrelación puede orientarnos hacia una identidad.

Fueron varias las formulaciones, y vale destacar que tampoco sería la respuesta atrincherarse en una identidad que, cerrada sobre sí, nos lleve menos a la postulación de algo diferencial y propio, que a una especie de endogamia autocomplaciente, que no sería otra cosa que la operación complementaria del sostenimiento de una centralidad. En este sentido, creo las expresiones “alternativo” o “subalterno”, deberían revisarse.

Recordé a propósito de la identidad un Seminario convocado por Claude Levi-Strauss en 1974, cuando todavía no se hablaba de globalización, aunque sí, ya desde mucho atrás, de identidad. Allí Jean Marie Benoist señalaba: “...vemos perfilarse los dos límites de una problemática de la identidad oscilando entre el polo de una singularidad desconectada y el de una unidad globalizante, poco respetuosa de las diferencias”. Entre el repliegue en el territorio, en el espacio aislado de la separación y una unidad de la naturaleza humana, una Identidad Universal del Hombre, las preguntas de Benoist giraban sobre todo en torno de la desustancialización del concepto (algo que en ciertas formulaciones metafísicas pudo llamarse “la búsqueda del ser nacional”), y de la crisis de identidad – y aquí creo que viene el sentido de la pregunta formulada – crisis como síntoma de condiciones objetivas, crisis de la subjetividad, lugar efímero del sujeto (del individuo) en el entramado mayor de la historia y la naturaleza. Entonces la pregunta alcanza su dimensión cuando pensamos que emerge ante una crisis, acrecentada hoy por la mentada globalización, por sus derivaciones en la sociedad, como la ilusión “comunicativa” de los medios masivos.

Pero entre el folklore y la mansa aceptación del centro, están también otros modos de considerar la alteridad, los márgenes. Y creo que esto también hace a una necesaria desmifitización. Así es preciso examinar la idea de marginalidad, la idea de una marginalidad virtuosa *per se* o como coartada de legitimación: quiero decir, definir algo como marginal – en tanto valor positivo – desvía o erradica la cuestión de si en verdad eso llamado marginal no está en realidad ocupando una centralidad en el plano cultural como “rebeldías toleradas” por el sistema dominante, funcionales a él en la libertad ilusoria que proclama. Libertad ilusoria porque los parámetros están bien delimitados.

Por lo tanto la búsqueda de la identidad, si se la piensa como mirarse en serio al espejo, supone la deconstrucción de los imaginarios tanto proclives a aceptar alegremente la globalización, como de aquellos que, definiéndose “críticos”, no sostienen una actitud tal, o sea la revisión de los supuestos en que se basa algo, sino una especie de muletilla que de tan repetida empieza a resultarnos desconfiable y aun justificadora de la constitución de espacios de poder que anulan precisamente encarar, por difícil y traumático que sea, lo que haya que encarar procurando hallar alguna verdad, algún sentido,

sentido en tanto dirección, vector de los trayectos necesarios para que una identidad se constituya.

Dieciséis años después del Seminario de Levi-Strauss, se realizó en Nueva York un encuentro que tuvo como tema central, también, la cuestión de la identidad, la identidad en cuestión. Allí Cornel West vinculaba la identidad al deseo primario de protección y de pertenencia y atendía especialmente a la relación entre ese deseo y la muerte implicada de diversas formas en él – padecer la muerte a causa del sostenimiento de una identidad, morir en defensa de una identidad –. ¿Qué sucede cuando en las prácticas sociales las posibles formas identitarias se ven tanto atacadas desde el exterior como minadas en su interior? ¿Cuándo lo que podría ser un reconocimiento del semejante en la formación de una entidad solidaria se destroza ante subidentidades de “incluidos” y “adaptados”? Pareciera que el nivel estructurante del sujeto que se va constituyendo por procesos de identificación (lo que creo que es ineludible tener en cuenta cuando se habla de identidad) se ocluye y en un olvido que alcanza a las mismas palabras y que se aloja en eufemismos o silencios, no atiende a la advertencia de Cornel West: “dada nuestra inevitable extinción tenemos que encontrar el modo de constituirnos con la significancia”.

“Olvido que alcanza a las palabras”, “eufemismos”, “silencios”, “significancia”: me parece que estos términos nos llevan directamente a la cuestión de la identidad literaria. El invento identitario argentino tuvo diversas realizaciones, incluso contrapuestas, pero dejó un *sedimento*. La identidad tiene que ver con ese sedimento, estamos en los tiempos de la globalización o la mundialización, pero esto no surge de la nada ni se asienta sobre un vacío. Hay algo, todavía, como hay resistencias a esa fuerza, como hay formas de utilizar la fuerza que ataca y volverla contra el atacante.

Hay algo todavía, todavía somos algo de lo que perdido o acallado sigue manifestándose, busca hacerse presente, insiste. Pienso en la letra escrita en nuestra breve historia de dos siglos y así en la gauchesca, en la paulatina consolidación de un idioma de los argentinos, ese que en el magma de la lengua castellana –y no española– tiene un matiz, que, como decía Borges, nos hace sentir la patria. Claro que entonces viene el momento de peligro y la consecuente pregunta, dónde esta hoy esa identidad literaria cuando mucho de lo que considerábamos nuestra expresión nacional deviene es-

tereotipo o cuando lo autodefinido marginal ocupa la vidriera irrespetuosa de una cultura espectáculo.

Tal vez el estereotipo sea un enemigo fundamental de la identidad. El gaucho, el tango, el mate y, aun, aun, y dicho con dolor, la violencia cotidiana, la corrupción política y los desaparecidos, todo pasible de ser comercializado o bastardeado. La banalización resulta ser también algo opuesto a la idea de poseer un territorio propio que nos defina, el territorio lingüístico, y digo una lengua y no un léxico, en tanto la reducción en la literatura a este solo aspecto hace directamente a su empobrecimiento, sin hablar del empobrecimiento del idioma que cualquiera puede constatar apenas vea ciertos artículos periodísticos o algún programa de televisión. Del mismo modo la identidad literaria no se reduciría a una cuestión temática – incluido el genocidio argentino –, o a aquello que en favor de una política del olvido y el silencio, queda tapado por las diversas expresiones de la frivolidad o de la chatura expresiva.

Si se promueve la idea de una individualidad (o de ciertas grupalidades anarcoides) librada de toda pauta ética y regida por una supuesta libertad que no es sino la contracara de la sujeción a un poder único, quedan los humanos librados a su identidad narcisística. No hace falta hacer demasiados comentarios acerca del culto del yo autónomo, sujeto del consumo y esclavo, casi a la manera de Sade, de la procura del propio placer.

Ante la pérdida de las prohibiciones fundamentales capaces de regular las relaciones interhumanas – el genocidio por ejemplo – la engañosa libertad del sujeto devenido autónomo implica su propio aislamiento sin otro límite que el poder narcisístico. Volvemos así a la oposición entre individualidad (aislada o grupalizada) y globalización. Entre los dos extremos cabría pensar



## *¿Qué es la literatura hoy?*

### **El canon literario y los vasos comunicantes entre el mercado editorial, la academia y el periodismo cultural**

*Carlos Dámaso Martínez*

En un mundo social y político donde toda referencia y conceptualización sobre aspectos de lo real es cambiante y difícilmente discernible, precisar qué es la literatura (o la existencia de una identidad literaria, como se dice en la convocatoria de este congreso) no constituye una excepción. ¿Todo es relativo? Sí y no. No se trata de una contradicción: digamos que se hace imprescindible buscar un esclarecimiento de lo complejo, la elección de un punto de vista, la búsqueda argumental de una elección ideológica y, tratándose de literatura, de una elección fundamentalmente estética.

Cabe aclarar que, obviamente, no me estoy refiriendo a un concepto único de la literatura, me refiero al arte literario, que en tanto tal, implica la existencia de diversas poéticas. En el presente, la novela, el cuento, la literatura fantástica, el relato policial, la poesía, la crítica literaria, es decir, los géneros, la literatura, y también los “artefactos de venta” y éxito, como el libro de autoayuda, el best-sellers, la publicidad de libros, son formas diferentes, específicas, salvo para una certeza hegemónica: la ley del marketing, que trata, con sus medios y poderes, de hacer creer que todo producto de la industria cultural es literatura, que todo es lo mismo para todos. Una ley que las grandes empresas editoriales imponen en la escena de la cultura.

En el medio intelectual suelen presentarse problemáticas que provocan

debates entre sus actores e instituciones. Así como para las primeras décadas del siglo XX una problemática era, dentro del accionar de las vanguardias, la polémica entre lo viejo y lo nuevo de las formas literarias o artísticas, en la actualidad es determinante la tensión que provoca en el espacio de funcionamiento de la literatura y el arte, el poder de las reglas del mercado de una economía neoliberal y globalizante. Fenómeno que corroe el ejercicio mismo de la literatura. Por esta razón creo que es necesario que los escritores e intelectuales analicemos críticamente este aspecto.

En nuestro país, bien sabemos que el imperio del marketing en la producción cultural se ha fortalecido en la década de los noventa. Período dominado por el neoliberalismo político y económico. Pareciera que en países periféricos e inestables como el nuestro, el ámbito artístico e intelectual tiene poco de esa relativa autonomía que ha señalado para esta instancia Pierre Bourdieu. Podríamos afirmar que, a diferencia de lo que ocurre en los países europeos, donde los cambios en la esfera política no influyen tan inmediatamente en el funcionamiento de la actividad cultural, en la Argentina la permeabilidad de lo cultural respecto al accionar del poder político y económico es de suma facilidad.

Se trata de una permeabilidad rápida y contagiosa, y hasta asumida con ligereza, paradójicamente, por sus propias víctimas. Hay escritores que se presentan ambiguamente como francotiradores contra los dictámenes del mercado, y escriben libros (especialmente novelas históricas sobre romances escandalosos, crímenes y otras intimidades de algunos próceres de la historia argentina) que se adaptan astutamente y con cierto disimulo a las pautas que el canon editorial establece.

La libertad creativa, la invención y la originalidad literaria ya no son valores, sólo importa el éxito de venta y/o conseguir que los medios periodísticos (unos pocos suplementos culturales de los principales diarios) le dediquen un buen espacio. A pesar de ello, no siempre estos productos en formato de libro consiguen ser un éxito de venta en un mercado de lectores cada vez más paupérrimo y reducido como se da en nuestro país. Es por eso que estos libros, (en una política editorial de consumo inmediato), están al poco tiempo ocupando un lugar ostensible y preferencial en las abarrotadas mesas de saldos de las librerías y ferias que se dedican a su venta. Como dice un respetado editor, Francisco Porrúa, un buen libro se vende



siempre; los malos y fabricados para el éxito rápido y fácil, se venden un corto tiempo y nunca más.

Antes de puntualizar las posibilidades de resistencia, de alternativas a este estado de las cosas es prioritario describir algunos de los principales aspectos que tienen que ver con esta especie de dictadura del mercado editorial. Por una parte, un fenómeno conocido es que, paralelamente a la destrucción del Estado y a las escandalosas y corruptas privatizaciones de empresas estatales que se realizaron durante los años noventa, muchas editoriales líderes de nuestro país fueron absorbidas por grandes empresas monopólicas de capitales internacionales. Por lo tanto, esto ha implicado también una fuerte concentración de la producción, de la distribución y de la venta de libros en dos o tres grupos editoriales.

El rol de asesor editorial, el de director de algunas colecciones fue reemplazado en esta nueva dinámica de la industria del libro por el ahora llamado “editor” o “gerente editorial”. No se trata sólo de un cambio de nombres: el margen de libertad y los criterios estéticos que tenía el asesor para elegir los libros que debían publicarse ya no existe. Dicho en otras palabras, el rol de este puesto decisivo en la actividad editorial se ha restringido actualmente al de un “administrador” que debe cumplir con los dictados que el marketing de la empresa traza. Libros que se vendan rápido, libros en los cuales no importa su calidad estética, sino que respondan a un gusto y a una demanda que se supone segura y de fácil comercialización. En esos puestos de “editores o gerentes empresariales” en el presente hay a veces críticos, ex profesores universitarios, egresados de las carreras de las facultades de Humanidades y Letras, algunos escritores. Antes también era así, pero el rol de editor era otro. Quienes ocupaban ese puesto podían ejercer sus saberes, su profesión, proponer sus gustos, sus afinidades estéticas en la elección de autores y obras.

Otra figura que se ha vuelto decisiva en el ámbito editorial en la era de la globalización es la del agente literario. En la Argentina, debido a la existencia de un mercado del libro cada vez más reducido, esta profesión no ha prosperado. De todos modos, es conocido el accionar de uno o dos agentes vinculados desde hace muchos años al mercado español e internacional y la aparición más reciente de unos pocos “mediadores” que ofrecen proyectos marketineros a algunas editoriales. En esta tendencia de la diná-

mica editorial, ha prosperado últimamente la edición de libros por encargo. Parecen tener una venta mínima asegurada las novelas históricas, que no son novelas con una mirada crítica e interpretativa de la historia, sino una suerte de “culebrones” sobre la vida íntima de tal o cual figura histórica, con algunos casos de exaltaciones patrióticas de cuño francamente escolar que repiten un “prolijo estilo” de representación del realismo más pedagógico del siglo diecinueve.

También, entre los preferidos, están los libros de autoayuda de las más diversas problemáticas, y las investigaciones periodísticas de hechos coyunturales y resonantes. Sin duda, la función del editor ya no es leer originales presentados por los escritores y elegir entre ellos qué libros publicar, sino la de encargar libros que se ajusten a las pautas de comercialización establecidas en su empresa para ese producto. Una modalidad que pareciera también querer modificar el oficio del escritor. No solo esto, sino que existe también una tendencia a desprestigiar a la ficción narrativa, a sus tradiciones y convenciones estéticas, eligiendo y encargando libros con testimonios narrativos directos de algunos actores sociales (masmediáticos y a veces pseudo marginales) con la idea de construir un producto parecido a los “reality show” televisivos.

Igualmente, es conocida la función que tienen los premios editoriales propuestos por las empresas líderes de la industria cultural. Desde hace muchos años, acá, en España y en otros países, se han convertido en una instancia más de las estrategias de publicidad y comercialización de las editoriales. Por lo general, condensan el gusto y la concepción “literaria” del mercado empresarial. Un objetivo similar tienen las campañas de promoción en las instituciones escolares, donde mediante cursos y obsequios de best-sellers, se difunden textos de dudoso valor literario que en el estado de la actual crisis de la educación son recibidos a-críticamente sin una clara conciencia de su significación estética. En general, contribuyen a la conformación de un canon literario que tiende a confundir lo literario con los libros de autoayuda o con un didactismo semejante al de las tradicionales fábulas.

Por cierto, estas modalidades del quehacer editorial se traducen en el periodismo cultural. Las revistas y los suplementos destinados a esta actividad carecen de iniciativa o de un proyecto cultural propio. Parecieran

ajustarse principalmente a las políticas del mercado editorial. En pocos casos puede verse cierta tensión con el gusto impuesto por esas políticas comerciales. Las reseñas críticas son simplemente descriptivas, muy difícilmente funcionan como guías críticas de lecturas, tienden siempre a promover el libro de tal o cual autor, según las coordenadas de la campaña publicitaria elegida por las editoriales. En consecuencia, suelen ser a-críticas, insípidas y proclamadamente neutrales, y por lo tanto carentes de toda valoración que pueda generar polémica alguna. Lo mismo sucede con otros géneros periodísticos, como la entrevista o el fragmento a manera de adelanto del libro recién publicado. Curiosamente algunos editores de los suplementos culturales suelen provenir de la academia, poseen una formación, un título en humanidades, y muy frecuentemente ambicionan ser escritores de ficción o ensayistas. Sus relaciones con las grandes editoriales, les permite de algún modo acceder más fácilmente a la publicación de algunos de sus libros. Favores por favores; una delgada línea de complicidades.

Y por último, la academia. Digamos, el ámbito universitario donde se da la formación de críticos, la construcción de un canon literario, la conformación de políticas estéticas de lecturas. Es posible observar que en la enseñanza de la literatura argentina y latinoamericana contemporánea se ha establecido un corpus –canónico– que en general suele repetirse con ligeras variantes (como en los medios y en el ámbito editorial) curso a curso, seminario a seminario. Hay una preeminencia de la enseñanza de la teoría de la literatura, cierta subestimación de la actividad creativa, de la práctica de la escritura literaria y ensayística, algo que, paradójicamente, no sucede en las universidades anglosajonas y, menos aún, en las mexicanas, donde la función de docentes–críticos–investigadores no se opone a la de narradores y poetas, que también ejercen la enseñanza en el espacio universitario desde su perspectiva y saber creativo.

¿Cómo conjugar en la enseñanza superior una estética de la literatura, si se ignora o se subestima la creación literaria? ¿Los modelos teóricos por sí solo garantizan la formación de un gusto y un aprendizaje de la literatura? son interrogantes que deberían plantearse en ese ámbito.

Aunque predomine esta tendencia teórica, en los últimos años algunos profesores universitarios han incursionado también en la escritura de novelas y hasta de la poesía, pero su actividad en este sentido generalmente es valorada fuera del ámbito de la universidad, como si esa actividad creativa no correspondiera ser tenida en cuenta.

Se sabe que en la historia de la literatura, a veces la crítica o la reflexión teórica han propuesto o promovido poéticas que más tarde la creación literaria ha desarrollado, pero en estos momentos la tendencia es a la inversa. La academia parece más preocupada por cumplir con las exigencias burocráticas y en realizar actividades que sirven al llenado del *curriculum* académico.

Sin duda, como en toda tendencia general, hay excepciones. Existe, y sería una simplificación negarlo, buenas y valiosas tesis de maestrías y doctorados producidas en el ámbito académico que luego salen al ruedo cultural en forma de libros, y son originales aportes para la interpretación de la literatura y la creación cultural. Tal vez por eso se hace deseable pensar que la enseñanza de la literatura argentina contemporánea debería tender a estudiar no sólo a los autores consagrados, sino también a rescatar autores olvidados y omitidos, a despojarse de los clichés y las modas teóricas.

En la crítica académica, como en el periodismo cultural, prácticamente no existe la polémica. Quizá por el modelo institucional universitario que hoy se ha instalado, el debate intelectual en la universidad cada vez está más ausente, todo se reduce a rivalidades personales, a una lucha por simbólicos (y casi inexistentes) espacios de poder. Pareciera haberse anulado la confrontación intelectual y la posibilidad de cuestionar el avance a paso redoblado de una concepción de la literatura, de la lectura, de la interpretación y de la recepción que día a día impone la política editorial de la llamada globalización

Frente a esto, sin ánimo de retórica panfletaria, pero sí con ímpetu crítico y vocación de cambio, creo que es necesario destacar que existen varios focos de resistencia ante el canon literario del mercado que ejercen las grandes empresas editoriales. En este sentido, por suerte todavía tenemos escritores que escriben con absoluta libertad e independencia, manteniéndose fiel a sus poéticas y proyectos literarios. También podemos reconocer la actitud

*Capítulo 2*

Gestación de la identi-



## *La trampa fundadora*

*María Rosa Lojo*

Hablar de “gestación” de la identidad cultural puede llevar a suponer, en primer término, que nos referimos a un pasado desde un presente en el que esa identidad se considera ya como “gestada”. La identidad cultural argentina comienza a forjarse ciertamente en el pasado, e incluso en un pasado remoto, anterior a la Conquista y a la Colonia. Los dioses, las lenguas, las comidas, las costumbres de los pueblos originarios forman sin duda un sustrato que impregna la cultura imperial de España y los sucesivos aportes europeos. Pero esa identidad, si bien *llega* desde el pasado, no es sólo un pasado que hay que preservar devotamente con afán museológico. Es también, y acaso sobre todo, un proyecto vivo, atravesado por la Historia, sólo en ella realizable, en permanente mutación y ebullición. Por eso mismo, pese a los programas generados por unos y otros sectores, tampoco cabe reducir lo identitario a una preceptiva, a una normativa, a un “debe” ser. Las falsas opciones, las pretensiones de “pureza” ocasionaron, *ab initio*, distorsiones, fragmentaciones y mutilaciones varias en el cuerpo de una Argentina total, que muy rara vez nos hemos mostrado capaces de aceptar en su integridad.

Lamentablemente, cuando la Argentina eligió independizarse como república y comenzó el largo y conflictivo camino de constituirse como nación, predominaron las antítesis irreconciliables. Las operaciones de exclusión terminarían rigiendo la escena política. Con todo, la literatura, con su potencia simbólica y su capacidad de apelación e identificación afectiva,

excede largamente los propósitos partidarios de los buenos escritores. La “seducción de la ‘barbarie’”, para usar la acertada expresión de Rodolfo Kusch ejerce su magnetismo desde adentro de las escrituras de Sarmiento, de Mármol, de Echeverría. Ante el grandioso titanismo de Facundo, con un pie en el mito, empalidece la pulcra imagen de Paz, adalid de la civilización. Los héroes de *Amalia* o de *El Matadero*, Daniel Bello o el joven unitario, no son, si se lee atentamente, menos violentos que sus enemigos. El segundo ojo del romanticismo, dijo bien David Viñas, es más profundo y mira mejor cuando se hace cargo de la denostada “barbarie” propia. La preferencia por el “paisaje americano” y la rebelión contra las pontificaciones de la Real Academia (Juan María Gutiérrez) se imponen también como desafiantes marcas identitarias. Sarmiento mismo dice en el *Facundo*: “pues si solevantáis las solapas del *frac* con que el argentino se disfraza, hallaréis siempre el gaucho más o menos civilizado, pero siempre el gaucho”<sup>1</sup>

No obstante, una polarización recurrente sigue oponiendo unitarios a federales, peineta y mantilla a sombrero o gorra europea, chaqueta y poncho a levita o frac, ciudad a campaña, letrados a iletrados, ciudadanos a gauchos y “salvajes”, Europa a América, el Puerto a las provincias. En la segunda mitad del siglo XIX, con optimismo triunfalista, se impone el ‘proyecto civilizador’ que adquiere perfiles claramente racistas, enmarcados en el positivismo. No deja de haber, pese a ello, algunas voces disidentes, más proclives a la apuesta de una síntesis, que a las facilidades de la mera negación. Entre ellas, las de los hermanos Mansilla: Lucio Victorio (1831-1913) y Eduarda (1834-1892), hijos del general Lucio Norberto Mansilla, y de la bella Agustina Ortiz de Rozas, hermana del depuesto Restaurador de las Leyes. Paradójicamente, estos dos sobrinos de Rosas, el ‘bárbaro’, son acaso los escritores más cultos y cosmopolitas de su época en la Argentina. Ambos <sup>3</sup>/<sub>4</sub> con los matices distintivos que implican su personalidad individual y su posición de género <sup>3</sup>/<sub>4</sub> se sitúan, biográfica y literariamente, en un “borde” excéntrico y esgrimen su vida y su literatura como un gesto de transgresión que los llevan a un cruce de fronteras, interiores y exteriores. Ellos representan acaso, en el mapa de nuestro siglo XIX, no sólo una mirada diferente sino el modelo posible de una Argentina ‘que no fue’: una

---

<sup>1</sup> María Rosa Lojo. *La ‘barbarie’ en la narrativa argentina (siglo XIX)*. Buenos Aires: Corregidor, 1994, p. 66. Ver en este libro análisis de los textos de Sarmiento, Echeverría, Mármol y Mansilla, entre otros.



nación capaz de integrar sin aplastar, superando conflictos, lo arcaico y lo moderno, lo criollo y lo europeo, lo indígena y lo hispánico. Una nación donde los marginados y excluidos: clases populares, minorías étnicas, y  $\frac{3}{4}$ traspasando verticalmente los estamentos sociales $\frac{3}{4}$  las mujeres en general, podrían aspirar a un lugar propio, y evitar la aniquilación física (gauchos e indios) o la desintegración espiritual (las “parias del pensamiento” o las “madres” de Eduarda, condenadas a la locura cuando el poder les quita sus hijos esto es: la única razón que las legitima). Mientras otros saludan, exultantes, al Progreso, los Mansilla nos recuerdan que hay dos ‘barbaries’: la de quienes, desde una mirada eurocéntrica, son juzgados como ‘primitivos’ e ‘inferiores’, y la barbarie, a menudo mucho peor, de la misma civilización, que pretende imponer la libertad a golpes de sable, y utiliza el ideal de justicia como instrumento opresor (advierte Eduarda). Los ranqueles de Lucio V. Mansilla – y esto es una rareza en nuestra literatura del siglo XIX – pertenecen plenamente al ámbito cultural de la especie humana, e incluso aventajan en algunas facetas a la sociedad supuestamente civilizada. Los timbúes de *Lucía Miranda* (Eduarda Mansilla) integran el tejido fundador de la nueva sociedad hispanoamericana, donde las mujeres (como Lucía) pueden ejercer un protagonismo cultural de transmisión, recreación y mediación, que aparece como contracara de la épica masculina. Para los Mansilla, antes de juzgar a los gauchos, hay que considerar la situación de ignorancia, descalificación e iniquidad a la que viven sometidos. Ambos fueron amigos de Sarmiento, ambos debatieron con él. Si en algunos aspectos estaban de acuerdo – como la educación igualitaria para todos, y en particular para las mujeres, el sector más postergado de la sociedad, en este rubro –, en otros disientían. Los Mansilla creían firmemente en la posibilidad de rescatar, como integrante activo y ciudadano de la Argentina moderna, al gaucho e incluso al indio (ésta es la posición de Lucio, en la etapa de *Ranqueles...*). Ambos desconfiaban de la teoría de la “tabla rasa” – limpiar al país del inservible elemento autóctono para transplantar, por inmigración, ejemplares humanos mejor constituidos –; ambos negaron la obstinada imputación de “barbarie” que parecía lanzarse exclusivamente sobre Hispanoamérica. La violencia fratricida no es sólo nuestro patrimonio – dice Eduarda, en francés y para que se enteren los franceses, en su novela *Pablo, ou la vie dans les*

---

<sup>2</sup> Ver María Rosa Lojo. “Los hermanos Mansilla: género, nación, ‘barbaries’”, Publicado en *Abanico de la Biblioteca Nacional*. Revista de Letras, agosto de 2004. [www.abanico.edu.ar/abanico.htm](http://www.abanico.edu.ar/abanico.htm) (buscar edición de agosto 2004).

*Pampas* (1869). – Si tantos europeos buscan refugio en América es acaso porque llegan huyendo de males que a nosotros nos son desconocidos. Es hora – remata – de que aprendan a dejar de vernos como salvajes<sup>2</sup>.

Los Mansilla, que hablaban fluidamente lenguas extranjeras, e incluso escribieron en ellas (Eduarda, una novela entera); que tenían una amplia cultura literaria, y frecuentaron, en sus muchos viajes, los más refinados ambientes europeos, no consideraron esta cultura internacional y enciclopédica como incompatible con el mundo criollo del que habían salido y al que conocían muy bien. Muchos años más tarde, Jorge Luis Borges, que no se privó de imaginar gauchos y compadritos, reclamaría como legítima herencia argentina la tradición universal en un ensayo célebre: “El escritor argentino y la tradición” (*Discusión*, 1932). En esa tradición abrevan también, para dar sólo algunos ejemplos, grandes novelas del siglo XX, sin dejar por eso de ser muy argentinas: *Adán Buenosayres*, de Leopoldo Marechal, *Sobre héroes y tumbas*, de Ernesto Sábato, *Rayuela*, de Julio Cortázar.

El pensamiento dicotómico, que es acaso nuestra trampa fundacional, nos ha llevado, en lo político y en lo cultural, a efectos destructivos. Hemos negado las raíces aborígenes y afroamericanas, en la voluntad excluyente de construir el imaginario “blanco” de una nación europea transplantada. Pero también, según las etapas y las corrientes dominantes, hemos echado las culpas a los inmigrantes de la “corrupción” de una presunta Argentina bucólica como si se tratara de un paraíso perdido, en el que los antes denostados gauchos pasaban emblemas ejemplares de una prístina argentinidad. La obsesión del origen, es verdad, nos ha carcomido siempre, quizá porque una sospecha de falsedad o irrealidad nos rodea ya desde los primeros nombres, como el que convierte al río barroso donde “ayunó Juan Díaz y los indios comieron” (Borges *dixit*) en un “Río de la Plata” sólo imaginariamente contaminado con las riquezas argénteas de la Ciudad de la Plata, en el Alto Perú, donde ese metal era de veras abundante. Los mismos resplandores equívocos se proyectan desde la denominación nacional, que debemos al poema de Martín del Barco Centenera. Crímenes y prodigios, canibalismo y locos sueños de grandeza traspasan este poema inaugural.

Asediada por la irrealidad y la íntima discordia desde los dudosos orígenes, la identidad argentina, acaso por ello, ha sido sometida compulsivamente

---

<sup>3</sup> Buenos Aires, Sudamericana, 2004.

a definiciones dicotómicas estabilizadoras o “depuradoras”. Nuevas lecturas podrán ir recomponiendo los fragmentos de la Argentina rota, a pesar de las resistencias que se prolongan hasta hoy. Me ha pasado, como autora de la reciente novela *Las libres del Sur*<sup>3</sup> que se me criticara la inclusión, en este libro, de una Eva Duarte niña, contemporánea de una aún joven Victoria Ocampo, su protagonista. Valorar seriamente, como he querido hacerlo en esta novela, la iniciativa y la inteligencia de Victoria y la innovadora empresa cultural que llevó a cabo, no implica dejar de hacerse cargo de otras “libres del Sur”, con otros sueños de trascendencia dentro del mismo país, y viceversa. Salvo que creamos, todavía, que se trata de dos países: el de las alpargatas y el de los libros. No es cuestión de anodinas conciliaciones,



## *Identidad y ficción*

***Liliana Heer***

*“Imantar, atraer, hacer recaer sobre sus  
hombros las cóleras errantes de la época...”*

***Antonin Artaud***

Voy a dividir esta exposición en tres circuitos, uno autobiográfico, otro legal y el tercero ficcional.

### **Alfa**

Un amanecer llegué a Buenos Aires por primera vez.

Venía de una colonia agrícola habitada por emigrantes esmerados en transmitir los valores culturales del viejo mundo.

Tomé el último tren de la noche; tenía la cabeza apoyada contra la ventanilla y repetía la letra de una canción: *Far away/ People heard him say/ I will find a way/ There will come a day/ Something will be done...*

Al principio estuve atenta al nombre de las estaciones porque temía

haber tomado el tren en sentido inverso, como le ocurrió a la protagonista del film que había visto el día anterior. La actriz era el alma de un conjunto de jazz. Cubierta por una túnica azul recordaba al baterista, decía que era un ángel porque solía besarla mientras dormía.

Cuando los edificios comenzaron a crecer, sacudí esas imágenes y experimenté una curiosidad incipiente, suave como una telaraña. Miraba los barrios, las plazas, los bares, las fuentes, las calles, el cruce de avenidas; veía hombres y mujeres caminando firmes como si supiesen hacia donde iban. Miraba como quien pretende descubrir en las retículas de un panal el ombligo que origina un reinado. Quería ver los matices que en adelante tendría mi vida, una alquimia imposible de asir: lo novedoso (próximo y distante), el extrañamiento, la aventura, parecían potenciar lo imprevisible. Libras de carne que muchos años después estarían al servicio de mis ficciones.

Esa perspectiva de turista sin duda era mi dote cultural. Esa óptica me llevó a desviar certidumbres, a ir y volver, a ir por Buenos Aires como cuando camino por Trieste, Belgrado o Estambul, empezando de cero, siempre extranjera pero absolutamente leal a un espacio, una torre, un ventanal, una plaza, un parque, que antes fue un inmenso baldío y donde todas las mañanas del mundo se dibuja el edificio de La Penitenciaría que fue testigo de una masacre, de un fusilamiento en el mes de junio del año 1956.

## Beta

Lacan sostenía que si no es en el Derecho donde se palpa de qué modo el discurso estructura el mundo real, ¿dónde podría ser?

¿Cuál es la identidad de un país que se planteó tardíamente este problema?

*Nuestra Constitución adoptó la religión católica como religión de Estado e imitó al mismo tiempo la forma legal norteamericana. Si tomamos en cuenta las jerarquías legales y la supremacía de la Constitución respecto de otras leyes, habría que pensar en una casi imposible conjugación entre las normas que regulaban la vida económica, política, administrativa y la Ley suprema de la Nación. Mientras se seguía el canon norteamericano (Pacta*

*sunt servanda es un legado protestante, hay obligatoriedad de cumplir la palabra empeñada), la Ley Suprema, desde el Preámbulo, introducía a la Iglesia Católica como persona jurídica de derecho público o existencia necesaria (régimen teísta que valora la religión como factor de cultura).*

*Los modelos extranjeros, como fuentes de legislación, provocaron un abismo cada vez más grande en la medida que no eran representativos de la sociedad. O sea, desde el origen, en nuestra tierra, la hiancia entre lo social y el régimen legislativo fue notoria.*

## **Gama**

Emanuel Lévinas, afirma que el papel de las literaturas nacionales es fundamental porque en ellas se vive la verdadera vida, que está ausente, pero ha dejado de ser utópica.

Voy a referirme a una novela de Libertad Demitrópulos para puntualizar algunos vértices que muestran la fisura del origen. *Río de las congojas* es un reto a duelo entre varios protagonistas: víctima-victimario, español-mestizo-indio-naturaleza, agua-tierra, hombre-mujer, hija-madre, madre-feto.

Libertad Demitrópulos escribe la travesía de Juan de Garay, sus vagnaglorias, los emparentamientos con la iglesia, con la monarquía. Esculpe una ciudad, hace visible una época, recorre itinerarios perdidos, saturados de maltratos, decretos, injusticias, supuestas legalidades. Con esa materia destellante, como si necesitara hacer de la ciudad y los hombres un molde para descubrir la silueta de ese inmenso Golem que es la historia de un pueblo, esculpe el lenguaje imprimiendo tonos enriquecidos de miserias y anhelos; los tonos que suelen tener los seres cuando se revelan contra quien manda a poseer, a vaciar, a matar una patria. Demitrópulos transforma el crimen en canto, recobra expresiones verbales, vuelve la oralidad poemática, epifánica, crea núcleos de resistencia dejando la trama en suspenso, y en ese intento por mantener vivo el lenguaje – *recobrado pero también inédito* – la fuerza de la historia que narra adquiere dimensiones reales. Aquellas partículas que sufrieron el letargo de lo sepultado cobran vida merced a la incesante mordedura sintáctica.

En *Río de las Congojas*, la identidad de la protagonista, identidad en el sentido de raza, nombre y género, se revela en el momento de la muerte.

## Omega

Para concluir, voy a referirme al doble movimiento, centrípeto y centrífugo, de estos circuitos compuestos de numerosos pliegues con retornos expansivos. Por una parte, hay una insularidad establecida en cada fragmento a través de ciertas marcas (lo rural, la fundación de una República, ser víctima de una conquista), y por la otra, hay una tendencia (amada, temida, odiada) hacia lo universal: la mezcla, lo extranjero, el modelo, la copia, la imitaciones, los injertos.

Los tres fragmentos discursivos – *biográfico, legal y ficcional* – denuncian la tensión, el contrapunto, el encuentro con lo real de la diferencia, y la unificación progresiva, inevitable, con sus derivados y aleaciones. Como si lo universal se filtrara en toda gestación. Como si la identidad fuese un legado y los legados respondieran a reglas de progresión geométrica.

Paradójicamente, ese lugar de la identidad “pura” que no existe ni existió jamás (con sólo pensar un instante en el malentendido del mito de la creación, en la mujer salida del mismo cuerpo del hombre y, sin embargo, lo suficientemente autónoma como para ejercer el serpentino lugar de la tentación); esa identidad soñada es suplida por diferentes velos, rasgos,



*Capítulo 3*

¿Qué será la identidad  
en el siglo XXI?



## *Las identidades culturales en el siglo XXI*

*Alicia Borinsky*

Los cartoneros argentinos, los desempleados que hurgan en la basura en París y Nueva York, los chicos que intentan canjear historias de falta de medios por unas monedas llorando en una esquina de la ciudad de Méjico, se alimentan de los despojos, del suplemento de cosas y dinero que alguien puede descartar.

Una ola de reciclaje espontáneo caracteriza el ritmo de vida en las ciudades para millones de personas. Objetos desechados, fuera de contexto, adquieren olores y consistencias dadas por el conjunto. La pérdida de la identidad individual de alguna muñeca rota, un saco deshilvanado, el reloj que no anda, la cáscara de naranja, pañales, verduras y el ocasional hallazgo de algún tesoro tirado por equivocación, han convertido a las ciudades contemporáneas en un registro que redefine usos y suscita un empleo del tiempo que oscila entre la reproducción de la basura volviendo a diseminar por el suelo lo mismo que había sido tirado – esta vez re combinado – y la fundación de un nuevo orden donde lo que ya no le interesaba a nadie adquiere valor de cambio.

La gente que anda de tacho en tacho, en busca de algo que le sea útil para un canje, una venta, el propio uso, práctica un ejercicio por el cual se vuelve también ella un elemento del juego de los objetos que recoge y examina.

La globalización altera el sitio de las personas y las vuelve a barajar recombinándolas sin que importe quien se queda fuera del juego. Los exilios políticos latinoamericanos de los sesenta y setentas han cedido el lugar a migraciones económicas sin el prestigio asociado con quienes sabían quiénes eran sus enemigos.

El exiliado político tiene una identidad fija dada por sus convicciones y los avatares de su persecución ya que su historia gira en torno a cuestiones inteligibles y reivindicables.

Los migrantes por motivos económicos guardan una relación escurridiza con las motivaciones de sus cambios geográficos y constituyen en su mayor parte grupos que permanecen al margen de los grandes movimientos políticos de los países a los cuales han emigrado o, en algunos casos, como en el de los musulmanes en Europa, ponen en tensión la centralidad de las alianzas históricas tradicionales tratando de sustituirlas por otras. La discusión sobre el velo en las escuelas francesas es acaso el ejemplo más intenso de los choques culturales contemporáneos y la dificultad de vivir con una definición débil de integración a la sociedad.

Las mujeres de rostro cubierto son vistas por los defensores de los ideales republicanos franceses como un peligro para los derechos humanos, la igualdad entre los sexos y la libertad de elección. Los efectos paradójicos de una libertad impuesta por un grupo a otro son evidentes y se habla cada vez más de una religión de lo secular en Europa.

El criterio mismo de lo extranjero ha cambiado y el interés turístico por diferencias de perspectivas, las características étnicas vistas como oportunidad para probar comidas diferentes, experimentar la alteridad sin riesgos, conviven con una lucha que entiende las diferencias en términos de guerra.

Al mismo tiempo que nos alejamos cada vez más de la superficialidad folklórica con sus simplificaciones, el acortamiento de las distancias geográficas impone su propia lógica. El protagonismo de la basura en el régimen de supervivencia de tantos es un acortamiento e intensificación simultánea de otra distancia: de la clase.

Paradójicamente, pobres y ricos consumen objetos comunes en distintos

estados de integridad.

Vivimos en sociedades fragmentadas donde todos somos de algún modo extranjeros ya que lo individual ha sido sustituido por juegos recombatorios y los intereses nacionales quedan frecuentemente relegados al campo de la retórica política.

Es por eso que las batallas de primacía cultural han adquirido tanta im-



## *La identidad en el Siglo XXI*

*Carlos Ulanovsky*

Si cualquiera de ustedes me pidiera hoy que eligiera mis coordenadas humanas, esenciales, les podría ofrecer ciertos datos irrefutables. Al nacer mis padres me nombraron Carlos y lo acompañaron por Alberto, una combinación muy común en esa época, pero a la hora de llamar mi atención muchos apelan a mi apellido, sintetizado, completo, y yo me doy vuelta si me dicen Ulanovsky o Ula. Soy argentino, pero porteño y llegado al mundo poco antes de la mitad del siglo 20, en plena segunda guerra. Aunque ateo por elección, mi origen es judío, de la Rusia blanca en Europa Central. Sexo – espere que me fije, decía el chiste – en los formularios siempre la cruz cae sobre la letra eme, así que, masculino. Soy hombre, soy señor, soy tío, soy vecino, soy singular macho de la especie. Padre y esposo, periodista que sí leo y escribo, más amante de los ejercicios intelectuales que de los entrenamientos físicos, nací de piel blanca, de ojos oscuros, tengo 1 78 de altura, según señas particulares visibles de mi libreta de enrolamiento. Pero diciendo esto y sumando muchas más informaciones identificatorias – por ejemplo, que adoro a mis dos hijas, que me gustan el cine y el teatro, que me fascina hacer chistes, preferentemente de juegos de palabras y bastante malos, que me encanta ver televisión pero también leer, que elijo con frecuencia la radio y la libre divagación, que soy cocinero aficionado y sufrido hincha de Racing, que soy adicto al trabajo lo que por suerte me tiene alejado de otras adicciones y que como periodista me gusta descubrir fenómenos de cambio tan sorprendentes como inútiles – seguramente todo esto, decía, no permitiría decir quien soy. Soy, individual y colectivamente,

muchísimas más cosas de lo que esta extensa lista de innegables características propias pueden expresar.

A mí me parece particularmente oportuna esta convocatoria para pensar la cuestión de la identidad, porque veo que mucho de lo que nos pasa de desdichado tiene que ver con nosotros. Aunque como buenos argentinos que somos ejercitemos la pícaro gimnasia de echarle la culpa de todo lo malo a los demás y así – suponemos- que nosotros quedamos a salvo. La verdad es que no solo nos acosan los malos políticos o las desgracias económicas o las pesificaciones del espíritu, sino que estamos condenados por nosotros mismos. La nuestra es, primeramente, una crisis de valores, y también, consecuentemente, de identidad. De no poder decidir lo que somos, lo que tenemos y lo que queremos. Como alguien dijo: lo que nos pasa es no saber lo que nos pasa. Y por esto, y por los violentos cambios en los modos de ser y de tener, por la caída de muros ideológicos, y por los apresuramientos y por los retardamientos, por los enfriamientos masivos y por los recalentamientos globales, nuestra identidad en los años iniciales del siglo 21 es un tembladeral, un caos, una auténtica porquería.

Ya sabemos, y esto nos costó dolor y lágrimas, que Dios no es argentino, que solo una cosecha no alcanza para que nos salvemos todos( ni siquiera que levantemos de prepo el pavimento de la 9 de julio y allí plantemos soja), que los bancos no bancan y que tener un título no nos convierte en los triunfadores del mañana. Pasamos del deseo colectivo de tener una nación ética a la insoportable realidad de una república patética. Pasamos de tener un paquete de ilusiones y de pretensiones a quedar atrapados en un piquete. Pasamos de perseguir la utopía a sufrir con imágenes de chiquitos argentinos desnutridos iguales o peores que los de Etiopía. Pasamos del sueño de Mi hijo el doctor al insomnio fuera de cálculo de Mi hijo el travesti. Todo esto nos tocó y nos toca ver. Nuestra identidad está herida por muchas razones propias y ajenas, pero también porque es en parte nuestra la cabeza de miles de compatriotas que deben hundirse en la basura para sacar unos centavos que le permitan comer. Hoy es muy difícil mantener la identidad(ser lo que uno es, apenas eso), por todas las limitaciones, por todas las cosas a las que hay que renunciar, casi todas ellas fuertemente vinculadas con la dignidad. De un momento para el otro, millones de personas fueron condenadas a no ser y así pasaron de la existencia a la inexistencia social, laboral, humana, económica. Identidad es juntar, integrar, sumar y, lamentablemente, los tiem-



pos que corren conducen a la pérdida, al extravío, a la desintegración.

Está claro que para orientarse, para tomar un rumbo, para hacer una elección, primero hay que saber lo que uno quiere y eso nos conducirá a enterarnos qué somos. Y como lo que hoy alimenta nuestra identidad es la falta de certezas, tenemos dificultad para decidimos. Atravesamos un endemoniado tiempo en que cualquier cosa puede ser cualquier cosa. Son débiles las identificaciones con colores, con banderías, con ideologías y por lo tanto, las identidades migran de un lado para el otro y no es una cuestión de natural desafío humano, de hombres y mujeres que en un momento dado eligen otra cosa para seguir adelante con sus vidas. No, no es eso. Resulta que hay millones de argentinos disconformes con lo que son, con lo que hacen, con lo que tienen y con el conjunto de cosas que la vida les deparó. Y esa impresionante corriente de insatisfacciones individuales influye en nuestra crisis de identidad colectiva.

Durante décadas, los argentinos, a quienes jamás nos faltaron problemas y cuando no los tuvimos claramente a la vista los inventamos, contamos con emblemas que nos otorgaban seguridad, convicción e identidad. Nuestra condición de país agrícola ganadero, nos otorgó la impresionante chapa de granero del mundo y la característica de país en el que todo estaba por hacerse nos incluyó en una lista de reserva para la humanidad: fuimos tierra de promisión, nación de inmigrantes, crisol de razas. Y frente a los diferentes fantaseamos con ser los más blancos, los más cultos y los más diferentes de Latinoamérica. Tiramos manteca al techo, llenamos de carne los asadores y difundimos la idea de que si en nuestros campos, de dimensiones formidables, arrojábamos una piedra, de inmediato crecía una papa. Un enorme dilema de nuestra identidad actual es aquél que recorre, a veces en secreto y otras en voz alta y que ha dado tema a tantos foros de pensamiento en el mundo: por qué a la Argentina, siendo tan maravilloso país como es, le va como le va. También nos distinguieron el tango, la habilidad de nuestros futbolistas, los buenos vinos y la belleza de nuestras mujeres. Durante años pertenecer a una clase social, en especial a la clase media, lo hacía a cualquiera ser poseedor de un blasón de pertenencia importantísimo. Y ni hablar, de lo que confería tener un trabajo seguro: en la docencia, en el correo, en el ferrocarril, lugares en los que todos querían entrar pero nadie retirarse. Ese círculo virtuoso se engrandecía cuando alguien podía completar una carrera universitaria. Nuestros padres y nuestros abuelos hicieron lo imposible por-

que sus hijos superaran su propia condición personal y profesional. Vaya hoy cualquiera a contarle a su hijo el consistente relato moral que nosotros recibimos, creímos e incorporamos para siempre: que el esfuerzo vale, que el que estudia y se destaca tiene premio, que un título y su consecuente ejercicio honesto nos otorgará un lugar seguro e inobjetable, reconocimiento y bienestar. Transmitámosle a cualquier joven de hoy semejante moraleja y obtendremos de él una sonora carcajada o, al menos, una despreciativa mirada de perplejidad. Esta es una realidad de nuestra pobre patria. Y patria es, justamente, otra noción de identidad borrada, diluida, perdida como un pintoresquismo en el recuerdo de los viejos manuales escolares.

Por mucho tiempo, la identificación con un partido político, la cercanía con una determinada postura ideológica, por así decirlo, ser de izquierda o ser de derecha nos generó identidad. Pero en donde más nos encontramos y nos definimos a lo largo de la historia fue en las antinomias, desde indígenas y conquistadores a River y Boca, desde criollos y europeístas a libros y alpargatas. Divididos casi siempre éramos. Hasta que fuimos. Pienso, humildemente y sin pertenecer a la corriente y sin ánimo de polémica, que el peronismo es algo que nos dio y nos sigue dando identidad. Para bien y para mal, a favor y en contra, pero está tan lleno de símbolos y particularidades que puede constituir un refugio para muchos. Otros accesorios nos devalúan la identidad. Describo someramente algunos:

- El fenómeno de la globalización que origina las corrientes de pensamiento único.
- El crecimiento de las diferencias sociales y económicas, aquí y en todo el mundo.
- El fracaso evidente de los sistemas políticos más conocidos.
- La crisis profundísima de muchas instituciones que antes ofrecían marcos, respaldos, seguridades, certezas, desde la escuela a la justicia, desde el trabajo organizado hasta los sistemas jubilatorios, desde las fuerzas armadas y la Iglesia a los partidos políticos.

La enorme dificultad para aceptar que una crisis tan descomunal podía pasarnos a nosotros también nos lesiona la identidad o, al menos, no le encontramos respuestas fáciles o sencillas en la cabeza y en el alma. A mayor y más violenta difusión de la pobreza, más crece la fantasía de ser, de pertenecer, de figurar en el consumo, en las vidrieras de actualidad, en los medios. Nuestro sueño más reciente fue el del primer mundismo, el uno a

uno, la adscripción a un universo que, desde el sentido común, era imposible que nos perteneciera. Pero preferimos creerlo, hasta que la realidad nos dio la espalda dramáticamente. Eso vuelve a nuestra identidad voluble, dependiente, débil, soñadora de grandezas imposibles, banal. Y la confirma recargada de antagonismos: ya sabemos con cuánta vocación pasamos en segundos de creernos los mejores del mundo a enchastrarnos como los peores, con cuánta facilidad pasamos de perseguir triunfos soñados a maldecir derrotas pesadillescas. Hace poco me sorprendió una encuesta: aseguraba que la Argentina es el país latinoamericano en donde más nítidamente se observan los sentimientos antinorteamericanos. El motivo de mi asombro es que sigo observando una enorme admiración por ciertas formas de vida americanas y sus paradigmas de progreso y fortuna. Sigo pensando que en el imaginario de muchos argentinos representativos figura la fantasía de ser alguien que se hace a sí mismo, que se destaca, que en relativo poco tiempo amasa una importante cantidad de dinero y que se retira a no hacer nada, bajo las palmeras de Miami. O sea, un sueño, todavía, típicamente americano del norte.

Quién sabe en donde estará la identidad en el siglo 21. Pero como ya somos habitantes de ese siglo tenemos la obligación de, por lo menos, de imaginarlo. A lo mejor la encontraremos en el ejercicio de lo políticamente correcto, que es la mejor manera de que las injusticias nos duelan menos. (A propósito: Unas líneas atrás mencionábamos a los indios, a los que hoy el lenguaje políticamente correcto elige denominar “pueblos originarios”, como si eso le mejorara su historia y su destino). Si llamamos a la pobreza necesidades básicas insatisfechas podemos imaginar que hay menos pobreza. Tal vez nos sorprenderá en la protección de las minorías o tomando partido por la carencia del agua en el mundo. Probablemente nos socorra la tecnología porque a la menor señal de crisis podremos recurrir a que nos instalen, por unos pocos pesos, un novedoso chip que reponga la identidad perdida.. Algunos militarán en los nacionalismos más desbordados y otros se afiliarán al nuevo partido del Alzheimer, cuya ideología fundamental será la supresión de la memoria. Pero, tranquilos, porque siempre nos seguiremos preguntándonos por nuestra débil identidad latinoamericana, por nuestros conflictos raciales, históricos y territoriales más tradicionales y, por que no, por el resultado del próximo superclásico. Y ni hablar de la conveniencia de una abultada cuenta bancaria en dólares. O mejor en euros.

Ayer, cuando terminaba este texto, leí que el premio Clarín de novela



## *¿Qué será la identidad en el siglo XXI?*

*Jorge Landaburu*

Un primer intento de aproximación al tema requiere que una idea directriz resulte motivo de identidad, una idea como la que formuló Nietzsche, por ejemplo, cuando sostuvo que la cultura es aquella unidad de estilo artístico en todas las manifestaciones vitales de un pueblo. Bien pensado, el planteo suena tributario de Hegel – o parece dicho, como apuntaría Žižek, en “hegelés” –, si recordamos que para el gran filósofo del Estado la cultura es la manera específica en que la comunidad ensaya superar la contradicción con la Naturaleza, proceso en el cual transforma el hombre su entorno y a la vez se transforma. O sea que las nociones de “estilo artístico” o “manera específica” remiten a la intuición de que las sociedades, si bien deben satisfacer necesidades básicas que podemos razonablemente presumir iguales – superando para ello la contradicción con la Naturaleza –, lo hacen mediante muy diversas formas. Y que semejantes formas, por decirlo de algún modo y sin temor a la redundancia, constituyen la materia prima de cierta identidad y condicionan formalmente a la superestructura cultural.

El tema propuesto sugiere, además, la evocación de varios lugares comunes. El primero de ellos se refiere a lo procesado socialmente, que no es otra cosa que el ámbito humano, y siempre se manifiesta a través de formas que connotan un estilo artístico, incluso en actividades aparentemente “objetivas” como las propias de las ciencias naturales. Y si esto último es aceptable, o meramente aceptable, corresponde agregar otro lugar común: la cultura se da como un continuo en constante transformación, y consecuente-

mente inscripto en la historia; entonces nosotros, en tanto seres sociales, resultamos en definitiva productos y artífices (parafraseando una famosa “Tesis sobre Feuerbach”) de una historia que devino, en sentido amplio, historia de nuestra cultura.

Ahora bien: quienes se paren con seriedad en los albores del siglo XXI, y se interroguen respecto de sí mismos, llegarán rápidamente a la conclusión de que todavía son emergentes de una cultura determinada, y de que no por azar están rodeados de *paisanos* con los que comparten, entre otras cosas, la lengua. También es muy probable que lleguen a la conclusión de que su país en algún momento, por múltiples circunstancias políticas, económicas y sociales, accedió a la categoría histórica de Nación, lo cual de inmediato pone en juego una identidad (que no es otra que la identidad, al menos, y si no se quiere incurrir en alusiones a cierto destino compartido, con un conjunto de formas).

Pero entonces, y siempre para dar satisfacción al tema propuesto, corresponde buscar algún anclaje con la duda ya que, en rigor, fue la cultura occidental, por llamarla de algún modo, la que aparentemente se universalizó, y al tiempo que consolidaba su dominio en un plano también se consolidaron las culturas nacionales en otro, estableciéndose una relación dialéctica que todavía está en curso de desenvolvimiento.

La Nación Argentina ejemplifica lo dicho hasta aquí. La conquista española correspondió a la etapa de expansión y dominio de la cultura occidental, autopretendida universal y, por entonces, ecuménica, que intentó establecer con las culturas preexistentes una relación de sometimiento y explotación, cuando no de aniquilamiento. Ese contrasentido, habida cuenta de que la cultura universal no puede ser cultura alguna, como veremos después, esa cruel utopía que llegaría al paroxismo con la Modernidad, fue contenida por un impedimento bastante obvio: el mundo no es uniforme, ni tampoco uniformable. Además su resistencia –recordemos a Foucault: no hay poder sin resistencia– estuvo en el origen de la formación de las naciones en los bordes del mundo, aunque no fueron procesos lineales, ni tampoco todos exhibieron la convergencia de una cultura en formación con una instancia política superior, el Estado nacional. Y debió darse en el interior de las naciones que lograron acceder a esta máxima instancia política, el Estado nacional, la superación de severos conflictos entre muy diversas particula-

ridades, como lo prueban las guerras civiles del siglo XIX en la Argentina y las guerras entre indios y blancos, entre otros episodios.

Ahora bien, la identidad con los resultados de esos arduos procesos históricos estaría, de cara al siglo XXI, atravesando una severa crisis, pero a nivel planetario y sin inocencia. Como señala el filósofo francés Emmanuel Todd, “abundantes textos nos aseguran en particular que la Nación, la más activa de las creencias colectivas del siglo XX, está en vías de extinción”. Y agrega, refiriéndose en principio a la integración europea, aunque sus palabras puedan aplicarse a otras latitudes: «Ultraliberalismo y europeísmo, aparecidos en los años 1980 para ocupar la mente de los estratos superiores de las sociedades occidentales, tienen en común que niegan la existencia de las naciones y que no definen unas entidades colectivas verosímiles y convincentes. Debemos, por esta razón, considerarlos como anti-ideologías, como creencias anticolectivas, o, para abreviar, anticreencias, claramente distintas de las formas doctrinales anteriores, en las que una de sus funciones esenciales era la formación de grupos humanos. La doctrina ultraliberal y el credo monetario de Maastricht – tan opuestos por algunos de sus principios fundamentales, liberales y anglosajones en un caso, autoritarios y continentales en el otro –, se apoyan, sin embargo, en una misma axiomática postnacional. El rechazo de la Nación se expresa aquí “hacia arriba”, por un deseo de disolverla en entidades de orden superior, en Europa, o el mundo; pero también se puede volver “hacia abajo”, exigiendo entonces la fragmentación del cuerpo social mediante la descentralización geográfica o mediante la reclusión de los inmigrantes dentro de sus culturas de origen, en nombre del derecho a la diferencia. Todos estos fenómenos, que aparentemente están relacionados –europeísmo, globalización, descentralización, multiculturalismo– en realidad tienen un rasgo común: el rechazo de la creencia colectiva nacional.

O sea que la integración regional de varios países, o de continentes enteros, a partir del despliegue de algún tipo de mercado común para continuar, inmediatamente después, con una escalada que tienda a la supresión no sólo de las aduanas y fronteras, sino también de las naciones y de los estados nacionales – un movimiento hacia la globalización efectiva –, puede convocarnos desde el futuro, pero no bajo el imperio del neoliberalismo. O mejor dicho: bajo el imperio del neoliberalismo puede convocar, como lo prueba la experiencia reciente en la Argentina, apenas a un fragmento minoritario

de las comunidades en juego. La puesta entre paréntesis de una “creencia colectiva” y su reemplazo por el más universal de los pensamientos actuales, esto es, por el autopretendido pensamiento único, en la Argentina arrojó al 50% de la población por debajo de la línea de pobreza, y un nivel de desempleo que agravó a la cuarta parte de la población económicamente activa. En ese marco, que para muchos es la propuesta sustantiva del siglo XXI, ¿queda margen para la identidad?

Pero veamos mejor. El historiador Eric Hobsbawm propuso con ingenio un siglo XX “corto”, el cual habría comenzado en 1914, cuando estalló la Primera Guerra Mundial, exhibiría momentos extraordinarios como la Revolución Rusa en 1917 o la feroz crisis internacional del '30, el ascenso del nazismo y la Segunda Guerra Mundial, la Guerra Fría, inmediatamente después, y el final a toda orquesta con la caída del Muro de Berlín en 1989, y la implosión de la ex Unión Soviética en 1991. Al promediar el siglo “corto”, además, cuando todavía humeaban los campos de batalla en los países centrales, se registró un intenso proceso de descolonización en la periferia, con la irrupción de nuevos y entusiastas Estados nacionales, al tiempo que, apunta Hobsbawm, “el capitalismo inició – para sorpresa de todos – la edad de oro, sin precedentes y tal vez anómala, de 1947 a 1973”. Muy bien, ¿pero qué sucedió entonces?

Recordemos que en 1973 asumía Perón por tercera vez la presidencia en la Argentina, al tiempo que estallaba la primera crisis del petróleo. Y entonces, como sostiene Hobsbawm, “gradualmente se hizo patente que había comenzado un período de dificultades duraderas, y los países capitalistas buscaron soluciones radicales, en muchos casos ateniéndose a los principios enunciados por los teólogos seculares del mercado libre sin restricción alguna, que rechazaban las políticas que habían dado tan buenos resultados a la economía mundial durante la edad de oro, pero que ahora parecían no servir”. Y concluye el historiador: “Sin embargo, los defensores a ultranza del *laissez faire* no tuvieron más éxito que los demás. En el decenio de 1980 y los primeros años del decenio de 1990, el mundo capitalista comenzó de nuevo a tambalearse abrumado por los mismos problemas del período de entreguerras que durante la edad de oro parecían superados...”

Se deduce de lo anterior al menos dos cosas: que ya hemos recorrido, si aceptamos un siglo XX “corto” finalizado en 1991, una gran parte del



siglo XXI; y que las culturas nacionales – y las identidades que promovieron – llegan al presente agraviadas no sólo por los cambios económicos operados, sino incluso por las importantes operaciones simbólicas que éstos requerían. Y en tal sentido recordemos, si bien manteniendo presentes las palabras de Todd, que las culturas nacionales surgidas en la periferia de Europa, como en el caso argentino, fueron una amalgama superadora, un conjunto emergente de la negación de los aportes originales y europeos, y de la afirmación, por triunfos y derrotas relativos, de otra cosa.

Ahora bien, si uno conjeturara, a los efectos de la exposición, los tres vértices de una figura más o menos triangular, podría ubicar en uno de ellos a la cultura nacional, en otro a sus partes constitutivas, como los aportes de los pobladores originales, de los numerosos matices regionales y de las minorías reconocibles y, en un tercero, a la cultura universal. Pero, como se dijo antes, la cultura universal, que ni siquiera es cultura alguna – habida cuenta de que carece de forma –, tampoco es exactamente la cultura occidental, aunque irrumpa frecuentemente con esa nominación. Entonces parecería más realista que el vértice donde se ubicó a la cultura universal contuviera a la cultura occidental o, con mayor precisión a esta altura de los acontecimientos, a la “cultura transnacional”, la cual se expresa mediante ciertas y determinadas instancias políticas.

Así las cosas, la relación entre la “cultura transnacional” y la nacional adquiere una dinámica distinta, y ésta, a su vez, modifica la calidad de todos los intercambios. La “cultura transnacional” – más un poder político que una cultura propiamente dicha – opera en el plano simbólico realizando un movimiento que replantea, cuestiona y desestabiliza la unidad en la diversidad de la cultura nacional. Volviendo a la figura triangular, el vértice ocupado por las partes interrelacionadas – desde las culturas originales hasta los aportes de la inmigración y de una serie de minorías específicas – que componen, en última instancia y por imperio de una identidad inscripta en la historia, el vértice que ocupa la cultura nacional, resulta cooptado por la “cultura transnacional”. Esa intervención carente de inocencia persigue, en primer término, la desagregación de las partes y su permanencia como tales, inhibiendo su relación dialéctica con el resto y con la cultura nacional; en segundo término, apelando a la definición y potenciación de “nuevos” sujetos culturales aislados e inconexos, se propone también ocluir su acceso al vértice ocupado por la cultura nacional, privándolo de contenido.

Evidentemente, en la figura triangular antes propuesta los vértices *deberían* ser ocupados por los elementos culturales que se articulan en la cultura nacional, por ésta misma, y por la universalidad. La formulación así, con un condicional (*deberían*) da cuenta de que se trata de una muy seria cuestión política. Ocupar esos vértices con otros componentes simbólicos, por lo tanto, y alterar su funcionamiento, también da cuenta del carácter político de la cuestión, y recorta una tensión novedosa que está operando en la actualidad. Si la otrora denominada cultura occidental – ahora reconocible como meramente transnacional – desplaza a la universalidad, y desde ese lugar cambia su relación con la cultura nacional, quitándole base de sustentación, es evidente que se rompen los canales para el mutuo enriquecimiento, y se elevan los niveles de conflictividad. La presencia de lo transnacional donde debiera ubicarse lo universal excita la serie de reivindicaciones de las minorías y particularidades en términos de culturas restablecidas, o de nuevas formas culturales autónomas, o de conglomerados sociales aptos para su legitimación en tanto naciones en el seno de la Nación. Esta emergencia, que en términos políticos tiende a debilitar a los Estados nacionales, constituye uno de los escenarios posibles para el futuro inmediato. Y su desenlace dependerá de numerosos factores.

En conclusión, la parte que ya recorrimos del siglo XXI demuestra que la identidad cultural nacional, en el marco de la revolución tecnológi-

## *¿Cuál será la Identidad Cultural en el siglo XXI?*

*Marcelo Jorge Zamboni*

Una publicidad de estos días, muestra una estación de servicio de YPF. En ella, dos jugadores del Seleccionado Argentino de fútbol, a modo de broma, juegan con derroche de gambetas y pases, con los empleados de la estación, a los que vencen. Unos clientes que han detenido sus autos para abastecerse de combustible pretenden ser los próximos en jugar. Se ve una multitud que observa el juego. Se lee el slogan “YPF Hinchas oficiales de la Selección Argentina de Fútbol”. Se me hace que esta es una manera elocuente y clara de definir parte de nuestra identidad cultural. Es sabido que YPF era una empresa que pertenecía al estado argentino, era un símbolo de dicho estado. Hoy es Repsol YPF y pertenece en casi su totalidad a capitales extranjeros. Los expertos en comunicación de Repsol, nativos o foráneos, da lo mismo dado que el capital no tiene patria en este milenio global, hicieron con esta publicidad, un trabajo excelente: eligieron como actores a dos jugadores emblemáticos de nuestro fútbol; usaron como escenario una estación de YPF y como música de fondo emplearon el tango. Utilizaron íconos profundamente afirmados como argentinos, en nuestro inconsciente, para crearnos la necesidad de cargar combustible nacional ¿? Y rematan la cuestión con la ingeniosa frase “hinchas oficiales”. Con la palabra “hinchas”, apelan a la pseudo-hermandad que despierta el fanatismo por el fútbol, su “ir a la cancha el domingo”. Con el termino “oficial” nos remiten a un terreno ambiguo con la intención de que se lo relacione con lo oficial, en cuanto a “Estado”, acaso con la idea de gobierno.

Esta publicidad sólo puede ser entendida en su totalidad por un argentino. Un japonés o un ruso no podrían entender su completo significado.

Antes dije que esa publicidad definía parte de nuestra identidad. Nombro otros íconos culturales argentinos: en paisajes: una imagen de la llanura pampeana, con o sin ombú, con o sin gaucho; si es con gaucho en actitud de doma, mejor; la belleza de la Cordillera de los Andes o la vastedad solitaria de la Patagonia; en música: cualquier zamba famosa, una milonga, el tango que más les guste con su pareja de bailarines y el obelisco, como telón de fondo; en bebidas: el vino, el mate con bombilla; algunos personajes: Gardel, Maradona, Borges, Evita.

Existen más íconos de nuestra identidad. Cualquier argentino que ha estado en el exilio podría hablar horas de su nostalgia por el dulce de leche o acerca de los leones de la rambla de Mar del Plata.

Identidad y mundo contemporáneo son inseparables.

Nuestra identidad cultural en 1840 era la levita, el frac, la cinta punzó, la ominosa presencia de la mazorca. Algún cantor, de tapera en tapera, cantaba sus héroes de la pampa perseguidos por la justicia, los llantos de la viuda a quien los indios robaban sus hijos en un malón reciente, la derrota y la muerte del valiente Rauch, la catástrofe de Facundo Quiroga y la suerte que le cupo a Santos Pérez. Esto lo contó Sarmiento con excelente literatura.

Después de la guerra civil vino el progreso y su quimera de bienestar ilimitado. Ascasubi escribió Fausto, Hernández, Martín Fierro (1872). Con las sucesivas inmigraciones se armó un mosaico de nacionalidades. De Inglaterra había llegado el fútbol (1857). Con el siglo XX, nuestra identidad incorporó nuevos símbolos, de manera imperceptible e inevitable. Apareció una Babel Buenos Aires y el lunfardo, el tango canción y Gardel.

La transformación permanente, el cambio, y los ajustes o adaptaciones, son esencia de la vida.

Sucedieron las Guerras Mundiales, se reordenó el mapa político económico del mundo. Acá, el golpe de Uriburu interrumpió gobiernos democráticos. Surge el peronismo. Lugones, Borges, Cortazar, Marechal, Raúl

González Tuñón y otros desarrollaron, es esos tiempos, su obra. El hombre llegó a la luna, se disolvió la Unión de Repúblicas Soviéticas Socialistas, cayó el muro de Berlín. Recuperamos la democracia y, con pena y sin gloria, la tecnología del chip y la informática nos trajeron, con el comienzo del siglo XXI, este mundo global.

Este mundo feliz nos llega por radio, televisión, teléfono, cine, a través de Internet y la PC, por el fax, el celular. En este mundo digital, los satélites, que han registrado cada metro cuadrado de tierra o de mar, nos vigilan, controlan e impiden que nos perdamos. En este escenario, las decisiones económicas de consorcios supranacionales empujan políticas para su propio beneficio: el de acumular capital y poder. Es un mundo feliz que nos contamina, nos marca, nos modifica.

Sin embargo, el escritor debe moverse dentro de este mundo, globalizado y predigerido, con una actitud de lucidez crítica, de resistencia, sin deslumbrarse por “embelecados fraguados” por el Eurocentrismo o Estados Unidos. La literatura argentina de comienzos de este siglo XXI, sin perderse, se transforma: en sus páginas está el “mail”, el celular, todo es “cool” y uno se “flashea” con la “merca” que le sacó al “dealer” o con el “paper” que presentó en el “meeting”.

Cómo hipótesis para años venideros, es posible que las megaempresas se desliguen de sus países de origen e imperen, fuera de toda frontera, sólo según sus intereses. El manejo que hagan de los medios y de la información generará los niveles de aturdimiento e ignorancia que les permitan decidir la geografía más rentable y la mano de obra más barata, sin que tenga importancia de qué lado del mundo se pueda obtener. Es posible que asistamos a la caída del Imperio americano-Europeo y a la conquista del mundo por los chinos, o a la guerra entre China y la Comunidad Europea por los territorios rusos o por Latinoamérica. Ese futuro nos entrará a través de una tecnología aún no desarrollada y formará parte de nuestro presente.

Es imposible predecir el impacto de ese futuro nuevo mundo feliz sobre nuestra identidad. Se incorporaran símbolos, íconos que no imaginamos, como no imaginó Sarmiento, el lunfardo o Borges, el teléfono celular.

Quiero citar a Jorge Luis Borges que citó a Herman Bahr: el único deber

de un escritor es ser moderno. Ser moderno es ser contemporáneo, ser actual; y todos fatalmente los somos. No hay obra que no sea de su tiempo.

En *Discusión* (1932) Borges dice: “Los nacionalistas simulan venerar las capacidades de la mente argentina pero quieren limitar el ejercicio poético de esa mente a algunos pobres temas locales, como si los argentinos sólo pudiéramos hablar de orillas y estancias y no del universo”. “Shakespeare se hubiera asombrado si hubieran pretendido limitarlo a temas ingleses, y si le hubiesen dicho que, como inglés, no tenía derecho a escribir Hamlet, de tema escandinavo, o Macbeth, de tema escocés”.

Sigue siendo verdad, como dijo Borges, que nuestra tradición es toda la cultura occidental. No creo que deba buscarse una identidad. La alimentaremos, permeada por los grandes temas globales.

Sólo podemos vivir el tiempo que nos ha sido concedido y que lo que

## *¿Qué será la Identidad del siglo XXI?*

*Silvia Plager*

Miro la pantalla de la computadora como una adivina miraría la bola de cristal y le pregunto al impertinente calendario que está sobre mi escritorio: ¿Será la identidad del siglo entero? Yo, que nací a mediados del anterior, imagino los 96 años que faltan con el mismo temor que me causaban en la infancia la eternidad de los astros y la ronda de la muerte que provenía de los retratos de aquellos tíos y abuelos que habían sido asesinados en Europa. Pero espanto esos fantasmas y con esperanza de pies de barro, me pongo a reflexionar, filosofar o como quieran llamarlo, sobre el ayer, el hoy y el futuro.

Dijo Jaques Derrida en una entrevista, que filosofar es aprender a morir, a pesar de confesar, unas líneas después, que él nunca aprendió a aceptar la muerte. Pero como no soy filósofa, socióloga ni vidente, apelo, ya que se trata de la identidad, a la mía, y busco en otros, más autorizados, alguna respuesta esclarecedora.

En los cincuenta cursaba la primaria en un barrio donde los padres de mis compañeros, inmigrantes judíos, gallegos e italianos, intercambiaban sus dramas a viva voz. El sentido de identidad estuvo marcado para mí, desde entonces, por el lenguaje. Recuerdo el inmenso placer de escuchar a tía Ietta cantando Ojos negros en ruso, a don Salvatore, mi vecino, pasando una y otra vez el disco Mamma sono tanto felice, a mi viejo cautivándonos con boleros, algunos en castellano, otros, en idish, a mi mamá, prestándole

libros a una amiga, también oriunda de Berlín. Y a la familia paterna cuchicheando en polaco cuando quería dejar afuera a la parte germano parlante. En ese ámbito, junto a la música de los idiomas desconocidos, aprendí el principal, el del silencio, porque no se hablaba de la guerra ni del hambre aunque el tema acechaba, siempre. La escuela, el pan diario y los humildes paseos representaban un lujo. Lujo al que hoy una gran parte de nuestros compatriotas no pueden acceder.

Según el educador Lecuna, el concepto de futuro está íntimamente ligado a la educación. “La organización ciudadana, dice, el respeto (en todas sus facetas), los roles sociales paradigmáticos (papá, mamá, la maestra, el policía) y el sentido de pertenencia e identidad nacional que existían en ese entonces se fueron diluyendo hasta ingresar los argentinos en la era de la globalización.”

Si razono que no puedo referirme a la identidad sin relacionarla con la lengua, la educación, la justicia, y el entorno social y económico, debo hacerle honor a mis mayores que llegaron a Argentina con la convicción de haber dejado atrás una sucesión de catástrofes y sujetándose a la idea de que el mañana de sus hijos sería promisorio, si bastaba con ver y oler las parrillas de los obreros donde se asaba la carne, ese manjar que recordaban como patrimonio de los ricos. Mi arrogancia infantil me llevaba a corregirles la pronunciación y a agregarles vocabulario, ¿acaso no eran ya argentinos naturalizados y me mandaban al acto escolar de punta en blanco y con un ramito para el altar del héroe de turno? Si hasta aceptaban mi orden de ponerse de pie, como me había enseñado la señorita, cuando en la radio pasaban el himno. Por aquella época escaseaban las palabras en inglés, salvo las enraizadas en el deporte, y en mi oído resonaban, seductoras, las de las maisons que vestían a las grandes damas y a las actrices. Pero el inglés se tomaría la revancha y hoy son innumerables los términos que reemplazan a los vocablos en español.

Jorge Aulicino cuenta en una nota que, cuando Domingo Faustino Sarmiento pronunció Saquespeare para referirse al autor de Hamlet y terminó la conferencia en un correcto inglés, la batalla por el afianzamiento de las naciones occidentales comenzaba a cambiar de rumbo.

Hace unos años fui a dar una charla en el Instituto Goethe sobre “La crisis



en el habla cotidiano de los argentinos”, y noté que los profesores alemanes se sorprendían de la cantidad de palabras nuevas no sólo utilizadas en el habla sino reproducidas en los medios de comunicación y en nuestra literatura. Allí me enteré de que en el 2001, “año europeo de la lengua”, le habían declarado la guerra a los anglicismos. El presidente del Parlamento alemán, un social demócrata, opinó: “Si fuera dictador, prohibiría la enseñanza del inglés en la escuela primaria.” Y el ministro francés de Educación, Jack Lang, alarmado porque el 89,7 % de los alumnos eligen aprender inglés, dijo: “Si fuera dictador, prohibiría la enseñanza del inglés en la escuela primaria”. Y al escritor Jorge Asís, cuando fue secretario de Cultura del gobierno de Menem, se le ocurrió proponer la prohibición del uso excesivo del inglés sin tomar en cuenta que la administración de la que formaba parte alardeaba de tener relaciones carnales con el poderoso país del norte.

Adjudicarle a un idioma la culpa de la pérdida de identidad de un ciudadano o de un país me resulta ridículo. De niña me negaba a aprender el alemán, que mi madre intentaba enseñarme, porque lo asociaba con los nazis, años después me arrepentiría de ese ingenuo impulso infantil que me impedía entender que usaba cotidianamente palabras en alemán e idish: llamaba Mutti, a mi abuela (mami en alemán), creyendo que ese era su nombre, y decía tujes, porque me resultaba menos grosera esa palabra que su traducción al castellano.

En un seminario sobre “Lengua e identidad en Europa”, se subrayó: La era del nacionalismo se ha acabado y debemos abogar por la elección libre de las palabras.”

Creo que aún persiste un patriotismo trucho, palabra a quien Carlos Ulanovsky le dedicó, en uno de sus libros, un capítulo: Trucholandia. Me figuro entonces que estoy en ese país y que uno de sus calificados ciudadanos asume la defensa de la identidad trucha, culpando de la crisis a los inmigrantes pobres, a los desocupados, a la educación que no respeta los valores del ser nacional (ser nacional trucho, por supuesto) y recomienda perseguir o, por lo menos marginar, al distinto. Como en Trucholandia la gente redcente es “fashion”, el prefijo “re”, se rehúsa.

Pido perdón por las palabras que incluyo y por las que omito, hacer un listado de las caídas en desuso y las de moda, es labor de los especialistas.

Los escritores generalmente echamos mano a las que consideramos adecuadas para cada trabajo y las vemos, a veces, como amigas que se prestan al juego, y en otras, les hacemos frente con nuestro estilo propio, cuidando que no se filtren las invasoras.

Estoy escribiendo esta nota contra reloj y asocio mi prisa con algunas líneas de Beatriz Sarlo:

“Se vive en la contradicción entre la necesidad del tiempo y la rapidez magnética de lo que está sucediendo ya mismo. La velocidad de la coyuntura arrastra a quien escribe en esta situación: escritura de sobrepique” (fin de cita). La palabra sobrepique es marcada en mi computadora como incorrecta y voy al diccionario. Entre las muchas definiciones de “pique” o “irse a pique”, me quedé con esta: “Pique”: “Acción y efecto de picar poniendo señales en un libro”. A mi manía de poner señales en los libros se suman, provocativas, las notas periodísticas en los diarios, la radio, la televisión: varios de los invitados a este Congreso, conocidos periodistas, diariamente me tiran a la cara la evidencia de que antes de que yo pueda tener la información necesaria para responder “¿Qué es la identidad en el siglo XXI?”, lo que ahora estoy escribiendo ya es pasado. A esa terrible sensación se le agrega mi libre interpretación de por qué solíamos y solemos decir, cuando estamos apurados, que andamos “a los piques”, y encima de la zozobra relativa a las embarcaciones, tengo la de los humanos que andamos haciendo todo a los piques como si en ese ir y venir para ganarnos el mango y ser tomados en cuenta, pudiéramos huir de la congoja de querer zafar. Y nadie le negará vigencia a este peligroso y novedoso verbo. Hay funcionarios y empresarios que zafan de la realidad poniéndose el celular en la oreja para escuchar solo aquello que les conviene. Y usan la solidaridad, la justicia social, la honradez, el respeto, como quienes en una reunión no saben de qué hablar y recurren al clima. La humedad mata, quién lo puede negar, y ni qué decir de los lugares comunes. Pero hay dirigentes que no viven todo el día on line y, a la vieja usanza barrial, prestan oído atento y mano amiga a quienes necesitan ayuda.

Mi ojo atento me trae un recorte de diario en el que Goytisolo cita algo de Las mil y una noches: “La casa del pobre es el mundo”. Y entonces pienso en la identidad del gringo y vuelvo a Junín y Lavalle, esquina de mi infancia que dotara de fama César Tiempo, nacido en Ekaterinoslav, Rusia, y tan porteño como cualquier nativo de esta querida ciudad.

Relacionarse con otras culturas no significa negar la propia. Jorge Luis Borges hablaba de su ascendencia multirracial y su ciudadanía universal.

Cortázar, desde Francia, nunca dejó de escribir sobre Argentina.

Discúlpeme: debo responder ¿qué es la identidad en el siglo XXI?, y yo ando, lo más campante, por el pasado, sin tomar en cuenta que ya la “posmodernidad” suena a viejo.

Según Gilles Lipovetsky estamos en la “hipermodernidad” que lleva al límite los principios de democracia, mercado y tecnociencia. En una época de clonaciones, contaminaciones ambientales, alimentos genéticos modificados, guerras preventivas, etcétera, me siento como el alumno poco aplicado que, en vacaciones, pasa delante del edificio de la escuela y piensa, qué suerte, recién estamos en enero. Hasta hace poco Irak y Afganistán eran países exóticos y la palabra talibán escaseaba en los medios y menos aún en las conversaciones. El otro día una amiga, ante la proximidad del verano, y lamentando sus kilos de más, me comentó: “Quisiera ponerme una burka”. Hoy, el lugar más alejado del planeta, queda a la vuelta de la esquina.

Tengo la sensación de que el tejido social, roto desde hacía tiempo, se está recomponiendo. Ojalá no sea sólo una sensación. Mi madre, cuando yo no iba todavía a la primaria me alentaba a comer contándome que ella



*Capítulo 4*

Identidad, literatura y



## *Literatura argentina: identidad y globalización* **Identidad, literatura y barrio**

*Vicente Battista*

Pinta tu aldea y serás universal. La frase que le atribuyen a Tolstoi y que, tal vez, Tolstoi en su vida nunca pronunció, puede llevarnos a más de una confusión. ¿Qué significa pintar tu aldea? ¿Realizar una minuciosa descripción, un meticuloso inventario, de la geografía que rodea a los protagonistas de la historia? Pienso que el consejo tolstiano va más allá de eso. La grandeza de Tolstoi no reside en la descripción del lugar en que se desenvuelven sus personajes sino en sus personajes en sí: el moribundo Ivan Ilich, puede sufrir su agonía en un barrio de Moscú, de Berlín, de Madrid o de Buenos Aires. No importa en qué lugar se está muriendo, interesa su muerte, el modo en que Tolstoi narra esa muerte.

Esto, dicho así, le quitaría sentido a la convocatoria de esta mesa. Nada de eso. Pienso en Kafka. No recuerdo que en sus cuentos y novelas haya mencionado las calles de Praga. Me bastó ir a Praga, caminar por sus calles, para reencontrarme con los textos de Kafka. Visitar el célebre castillo fue volver a las páginas de “El Castillo”, entender la novela en toda su dimensión.

Joyce, por su parte, escribió un volumen de cuentos, “Dublinenses”, ambientado en la capital de Irlanda. Su novela “Ulises” narra el deambular de Leopold Bloom por esas calles. Desde hace medio siglo, todos los 16 de junio, miles de personas repiten el mismo itinerario que en aquel 16 de junio

de 1904 hiciera Leopold Bloom. Bloomdays se llama esa celebración. Lo curioso es que en ese año 1904 James Joyce se fue de Dublin, de Irlanda, para no regresar jamás. Esto no impidió que Dublin fuese el escenario de la totalidad de su obra.

Kafka, que vivió la mayor parte de su vida en Praga, casi no se refirió a los barrios de Praga. Joyce que abandonó definitivamente Dublin, se ocupó de mencionar tenazmente sus barrios. Tanto en Kafka como en Joyce, ya sea por omisión o por inclusión, esos barrios están ahí, inmortalizados.

Cuando los devotos lectores de Joyce recorren las calles de Dublin, del mismo modo que cuando cualquier lector de Kafka recorre las calles de Praga, se encuentran con algo más profundo que la sola mención geográfica, si únicamente se tratara de la topografía, ese paseo tendría poco valor ya que, como bien se sabe, los barrios fatalmente se transforman: edificios que ayer estaban y hoy no existen, calles que cambian de dirección, locales de McDonald y mil cosas más.

Por consiguiente, hay una Praga que es privativa de Kafka y hay un Dublin que es privativo de Joyce, estén o no descritos. Esta circunstancia se repite en toda la gran literatura. La Mancha, esa región de España que se extiende por las provincias de Toledo, Cuenca, Ciudad Real y Albacete, adquirió otra dimensión a partir de don Quijote. Cuando uno llega a la manchega llanura, que cantara León Felipe, advierte la presencia del Quijote, aunque ya no estén los molinos de vientos, las tabernas o las posadas que describiera Cervantes.

Los barrios romanos de Moravia son diferentes a los de Pasolini. Ambos, a su vez, son diferentes a los barrios romanos reales. Sucede lo mismo con los barrios florentinos de Pratolini o los palermitanos de Vittorino o de Sciaccia. Esto invariablemente lo encontraremos en la literatura del mundo entero. Y, por supuesto, también en la literatura argentina. En nuestro caso, con un valor agregado.

No fue casual que haya mencionado a la república Checa, a Irlanda y a Italia. Esos países contienen barrios de larga data, con mucha historia. Nuestros barrios, por el contrario, son muy jóvenes, no llegan a los doscientos años de vida, una nada comparado con Europa y Oriente. Ni siquiera



contamos con un honorable pasado precolombino, como del que se enorgullece México, Colombia o Perú. El lugar en el que primero Mendoza y luego Garay clavaron sus espadas fundadoras no era otra cosa que un vasto páramo, con tribus que estaban lejos, y no sólo por razones geográficas, de las civilizaciones incas y aztecas.

Ese desamparo hizo que la joven ciudad de Buenos Aires, con sus calles y barrios, fuese contada y cantada sin descanso. Si carece de pasado, se lo inventa. “La juzgo tan eterna como el agua y el aire”, establecerá Borges en su Fundación Mitológica de Buenos Aires. Pero mucho antes de llegar a esa síntesis, a pocos días de la revolución de Mayo Esteban de Luca y fray Cayetano Rodríguez ya publican sendos poemas en los que describen a la ciudad. Los barrios de esa flamante ciudad se incorporaban definitivamente a la literatura argentina; una literatura que, por otra parte, también daba sus primeros pasos. Así habrá barrios afables como los supuestos por Juan Cruz Varela en “La gloria de Buenos Aires” y “En honor a Buenos Aires” y habrá barrios feroces como el descrito por Esteban Echeverría en “El Matadero”. No es casual que los dos grandes movimientos literarios de esta ciudad adoptasen los nombres de Florida y de Boedo. En el primer caso, la calle que representaba a la burguesía, elegante y atildada; en el otro: el barrio que contenía al proletariado, vehemente y combativo.

Los escritores del Río de la Plata fundan ciudades. Mientras Rulfo inventa Comala y García Márquez Macondo, en ambos casos pueblos rurales, Onetti ubica a sus criaturas en una ciudad: Santa María. En todos los casos planteamos una literatura urbana, incorporamos a los barrios, el clima y el espíritu, el sabor y el olor del barrio con absoluta naturalidad. Como sucede con los camellos en el Corán, no es preciso nombrarlos: están. A veces, basta con una mínima mención. A los 21 años escribí un cuento que comenzaba así: “Vivíamos en la esquina de Gaboto y Brandsen, a una cuadra del puerto”. Era la crónica de una traición y tenía por protagonistas a dos jóvenes ladrones de poca monta. Yo sólo mencionaba al barrio de La Boca en esa línea inicial. Por aquellos años, una biblioteca de La Boca, o una sociedad de fomento o cosa parecida, organizaba un concurso de cuentos. Los participantes debían cumplir con una premisa ineludible: los cuentos debían suceder en La Boca. Envié “El Bocha, le dicen” (así se llama el cuento) y tuve la suerte de ganar el premio. Mucho después comprendí que aunque yo no me había demorado en una sola descripción del barrio, La Boca de

una u otra manera estaba en ese relato.

¿Habrá que pensar que esto fatalmente sucede? ¿Qué más allá de nuestras intenciones el entorno surgirá de una u otra manera? No sé, bien pueden ser preguntas para discutir esta tarde. Los ejemplos abundan, podríamos hablar de Cortázar y el conflicto de estar allá y acá, en un barrio y en otro, al mismo tiempo. El propio Cortázar lo resuelve en uno de sus cuentos memorables: “El otro cielo”. Como ustedes recordarán, pone en movimiento a un solo personaje que, sin embargo, vive en dos épocas y en dos ciudades distintas: París, aproximadamente en 1870, Buenos Aires, a mediados de los 40. Ese mismo personaje entra por la Galería Güemes, en Buenos Aires, y sale por la Galería Vivienne, en París.

Cortázar en este caso estaría cumpliendo por partida doble con la pre-

## *Identidad, Literatura y Barrio*

***Ricardo Halac***

En el barrio tuvimos nuestra primera novia. Pero los escritores también tuvimos nuestra primera percepción de la realidad. Ahí ejercimos la famosa curiosidad, que todos los maestros que leíamos decían que era la primera condición para ser creadores.

En mi casa, vecina al Parque Rivadavia, se encontraban Almagro y Caballito. Y éramos todos de clase media, bajando o subiendo escalones de ingresos, en una época donde un empleado de una sastrería del centro ganaba lo suficiente como para mantener dignamente una familia y veranear.

Se jugaba a la pelota en la calle y en el parque, adonde venían chicos de otros barrios, algunos de familias más pudientes y otros de familias humildes. Pero no había mendigos ni ladrones. Rara vez una pelota desaparecía o se peleaba. Había convivencia, transpiración, largas charlas sobre las películas argentinas, sobre fútbol y sobre tango.

En el Parque Rivadavia había un anfiteatro donde la orquesta de la Policía Federal tocaba a Beethoven y a Bizet. Se hacían homenajes al pie del monumento a Bolívar, el extraño Libertador que no se había entendido con San Martín en Guayaquil, y a veces había actos políticos. Recuerdo en 1946 un mitín de la Unión Democrática disuelto a golpes por policías a caballo. Los manifestantes enfrentaban a la policía cantando... la Marsellesa. En francés. Después, a unos se los acusará de brutales; y a los otros... de cipayos.

Acababa de terminar la guerra. Un día, mi padre, en un tranvía 2 que se tomaba en la avenida Rivadavia, desplegó el diario ante mis ojos y leyó la infausta noticia: en Alemania habían construido campos de concentración y exterminio. Por primera vez lo vi llorar y vaticinar un futuro poco digno para la humanidad.

Yo tenía mi lugar en esa arbitraria distribución del mundo que se hacía en la calle, el colegio, el almacén, el café. Y yo no era tano, ni gallego y curiosamente tampoco ruso; por mi ascendencia sefardí, el color aceitunado de mi piel y mi cabello mota, era “el turco”, mote con el que muchos me denominan todavía, por inercia, y porque cuando me hablan no me miran.

A esta denominación se sumó pronto una nueva. Un día, jugando a la pelota en la calle, tuve la poca fortuna de romper un vidrio. La vecina, que nunca había sido de hablar demasiado, de pronto me tiró un: “¿por qué no te vas a jugar a la pelota a Israel?”

¡Así que ahora tenía otro lugar adonde ir a jugar a la pelota! Pero el fútbol también estaba presente los domingos cuando se preparaban los sándwiches para ir a ver partidos a las canchas vecinas, las de Ferro y San Lorenzo, adonde íbamos caminando, a la ida y a la vuelta, con mi hermano y con amigos, a ver la tercera y la primera división. Sólo años después, cuando sería más grande, mi papá me dejaría ir solo hasta la cancha de River.

Jueguito se llama lo que uno hace solo con el pie, y yo estaba solo en el patio del colegio, cuando venía la clase de religión, ya que era el único no católico. ¡No iban a llamar a un profesor de moral para mí solo! Pero un día llovió, y para que no me mojara, una profesora me dijo “andá a tu aula, y sentate en la última fila que no te va a pasar nada”.

Si hubiera sabido lo que me pasó, pobre, no me hubiera mandado. Entré al aula y me senté atrás. El cura estaba terminando de leer la vida de Jesús de un libro grande, de tapas duras, que estoy seguro que está en algún lugar y que alguna vez me gustaría que me mostraran. Llegué justo cuando estaba contando... cómo los judíos habían matado al hijo de Dios. Y me acuerdo, cuando terminó y cerró el libro, mientras las gotas de lluvia golpeaban los ventanales, cómo mis compañeros se dieron vuelta despacio y me miraron:

ahí estaba un descendiente de esa dudosa tribu que había cometido el crimen más horrendo de todos.

Fue por esa época más o menos que una noche hubo consejo de familia. Papá afilaba el lápiz; tenía que llenar la solicitud para mi ingreso al Carlos Pellegrini, y no sabía qué poner en el rubro Religión: ¿judío, hebreo, o el nuevo, recién incorporado al nomenclator, israelita? A mí me daba lo mismo. El único que no me gustaba era judío, porque el diccionario lo asimilaba a una verdura y lo ponía como sinónimo de... avaro.

Sí, en el parque podíamos jugar de noche, hasta la una, dos de la mañana en verano, y sobre todo sentarnos en un banco con una chica, a tomarle la mano, aterrorizados ante las sensaciones que producían su pelo largo y sus pechos que crecían. En la laguna ya no había patos, y las vecinas que no paraban de cuchichear decían que habían sido sustraídos para comérselos por las hordas salvajes que venían del interior a trabajar a la ciudad.

A veces íbamos a jugar al fútbol a los terrenos del ferrocarril de Primera Junta, o a Plaza Irlanda, o nos animábamos más lejos, cuando íbamos a un club a jugar los campeonatos Evita por ejemplo. La calle era un imán, con la gente tan diferente, sus historias, y los juegos que armábamos. La exposición física a los demás, era lo normal. En la calle vivíamos cuando la vieja se asomaba a la ventana y gritaba “a comer”, y regresábamos, gladiadores sudorosos, enojados, contentos. A casa sólo se iba a dormir, a comer y a hacer los deberes.

El día que María fue enviada a la panadería a hacer un mandado y la madre me dijo que no podía acompañarla, comprendí que ese mundo se terminaba para mí. “Ya ninguno de ustedes puede acompañarla”, me dijo. “Es una chica grande, tiene que estudiar, y el día que un chico se le acerque va a ser con permiso de los padres, porque va a ser su novio”.

Empezaba la adolescencia, edad terrible si la hay. Edad en que los versos no salen, los amigos cambian, las muchachas dicen que sí y después que no. Hasta los planes quinquenales del país fallaban, porque había acaparadores y agiotistas, aliados a los cipayos claro está.

Era la época de las lecturas infinitas, de todo lo que viniera a mano, y

de las discusiones eternas, sobre si Dios existe y el socialismo es posible. Era la época en que interesaba el diferente: el sexualmente diferente, el políticamente diferente, el que elegía hacerse pastor evangélico o tornero en una fábrica. En círculos concéntricos, el barrio se iba abriendo en un mundo. Con lentitud. Todavía no había televisión.

Ésta entró en mi vida el día en que el vasco, el padre de María, que con tan estricto amor la cuidaba, invitó a los vecinos a su casa preocupado. Recuerdo a todos de pie en la penumbra, ante una caja chica en la que vociferaba Perón. Horas después se quemarían iglesias. Y muchos sueños también.

Ese barrio quedó como un estanque de permanente agua fresca en mi corazón. A los veinte me fui del país con una beca. Ni al país de los yanquis que nos querían dominar ni a la de los rusos diabólicos. A la Europa, adonde todos los próceres habían ido a hacer su viaje iniciático antes de ser próceres. Para ser próceres. Y ahí mi barrio se me develó como una mujer y empecé a escribir.

La palabra carga tiene una doble acepción. Por un lado es la pesada carga, como es el pasado, y por el otro lado es la carga, la energía que nos mueve. Muchas palabras tienen dos acepciones, contrarias. Y mi barrio fue en la dos, mi carga. Fue importante que empezara a escribir “Soledad para cuatro”, mi primera pieza, en Europa. En la distancia, el pasado que vuelve, como dice el poeta, dicta sus imágenes y cedemos a ellas. Por suerte no pude imponer mi sello ideológico y distorsionar los personajes.

Y pude describir cosas que mi sensibilidad percibía, como las familias quebradas y esa soledad que empezaba a ganar las almas y se quedaba a vivir en ellas. Por haber sido el primer autor que llevó estas relaciones y estos estados de ánimo al escenario muchos se encarnizaron conmigo. Un gran crítico de la izquierda me saludó como un nuevo joven autor, pero se preguntó de dónde saqué “eso de la soledad”, y si no era un problema mío, individual. Un mítico teatro de izquierda rechazó la obra porque no hablaba de los jóvenes, como ellos, que quieren “cambiar el mundo”.

Pero la obra siguió su camino, llevando adelante a su autor que siguió escribiendo. Conocí a otros autores. Eran de otros barrios. Juaban a la pe-

lota con otros. Pronto descubrí que el barrio era la masa con la que cada uno amasaba sus ilusiones. Y así como Marechal encontraba personajes de barrio que criticaban la evolución de Darwin porque nos equiparaba con el mono – que era como pensaba el autor –, otros encontraban familias con chicas vírgenes o revolucionarios incansables. El barrio siempre estaba ahí, se prestaba a todo. Y así fue como yo vi en la Boca ese anarquista de la década del 20 que no quería morir, y lo puse en mi obra “¡Viva la anarquía!”, o imaginé viejas extrañas, siempre alertas, en las afueras de la ciudad de los cien barrios, esperando que sus hijos volvieran de la batalla de Pavón, que remitían a las madres de Plaza de Mayo. Aparecían en “Lejana Tierra Prometida”, mi primera contribución a Teatro Abierto.

Años después, Jauretche, que era un director de banco pero venía a ver mis obras vestido como un jinete de la pampa, me explicó los riesgos de ir a entender la vida con una ideología preconcebida e inamovible. “La izquierda busca los personajes del acorazado Potemkin en la realidad argentina – decía, y como no los encuentra rechaza la realidad”. No se podía esperar nada de los obreros peronistas; no eran como los soviéticos. ¿Se podía escribir sin el barrio? yo me preguntaba escuchándolo. Tuvimos que esperar que se cayera el muro para descubrir que los obreros del otro lado de la cortina de hierro se parecían mucho a los argentinos: en la necesidad de tener un salario digno, colegios para sus chicos y algo de carne para tirar al fuego los domingos.

No conocí el Buenos Aires de conventillos, cafishios y minas que se escapaban al centro a sufrir una condena, como decía el tango. Ese Buenos Aires me antecedió, o sucedía en otros barrios. Pero sí sé lo que pasó con mis hijos, que se criaron en departamentos, mirando televisión y yendo a jugar a clubes, que en ese entonces yo podía pagar. Yo vivía en un piso alto que daba a Entre Ríos al 200, cuando decidieron sacar las viejas vías y asfaltarla, antes de hacerla de una sola mano. Para eso cortaron el tráfico cada cuatro cuadras, durante meses. Lo que sucedió entonces es difícil de contar: miles de chicos salieron de sus prisiones domiciliarias, ganaron la calle y patinaron, corrieron, jugaron a la pelota con frenesí, como si fuera la última vez. Después, retornaron a sus encierros.

Mis hijos tienen una idea diferente de lo que es un barrio. Hoy por los barrios nadie camina cuando cae la noche y están llenos de rejas, no preci-

samente para que uno se apoye para esperar a la amada. Rumores de la peor especie caen sobre los barrios: por ahí caminan violadores, hombres araña, ladrones de lo ajeno, asesinos. ¿Dónde estaban que de chico yo nunca los vi? Hay que tener cuidado dicen los diarios, con los que tocan el timbre, con los que se acercan a pedir el nombre de una calle. Cuando alguien habla por televisión, es para pedir policías y más policías. Las canchas son lugares que se rodean con policías de a pie y a caballo. Donde se requisa meticulosamente a los que van a entrar. Primero sale la hinchada visitante, luego la local. No sea cosa que se encuentren.

¿Y el parque Rivadavia? ¡Está enrejado! Es la antesala de un country. No sé si hay patos, dudo que me dejen entrar a ver, pero si hubiera, se morirían... de soledad. ¡Sí, la soledad se ha contagiado a los patos! En los barrios había vecinos. Hoy hay usuarios en la red. Antes se chamullaba, hoy se chatea.

Nosotros sólo tenemos imágenes negativas de la globalización. Acá nos invadieron con productos asiáticos baratos y por primera vez, los barrios plateados por la luna se llenaron de galpones vacíos y de desocupados. Y de mendigos. Los que viven seguros, viven encerrados y custodiados. Y los que viven libres, están a la buena de Dios.

Globalización, para mí, por ahora suena a cambalache. Escuchen esta cifra: 225 personas del primer mundo, ganan más que 1500... millones... del resto del mundo. ¿Si hiciéramos dos seleccionados... y los enfrentáramos... quién ganaría?

Pero Buenos Aires tiene 400 teatros. Hay 1800 conjuntos teatrales en todo el país. Florecen jóvenes en todas las disciplinas. Hay barrios con más personalidad que nunca. Palermo Viejo ha sido desmembrado en cuatro, al cual más lindo. Flores, Almagro, Caballito, son parte de una sinfonía nacional cada vez más rica. En los diarios, en los canales, en las radios, escucho hablar a gente de barrio, inteligente, que orgullosamente se presenta así: soy Coca de Saavedra, o soy Raúl de Mataderos.

Y para terminar, tenemos ese portento que inventamos en el 2001: las asambleas barriales. La gente que sale a la calle a pedir que el poder vuelva a sus manos. El famoso que se vayan todos. O sea todos los que se cortaron



## *Literatura y barrio*

***Liliana Heker***

Yo tenía 14 años cuando, por primera vez, entré en un barrio por la puerta de una novela. Hasta entonces, los espacios de la literatura habían consistido para mí en ciudades desconocidas, paisajes alejados de mi paisaje, mares que se me confundían con el sueño del mar. No puedo decir que esos espacios me disgustaran; al contrario: en ellos conocí la nieve y el desierto y hábitos que no se parecían a mis hábitos, todo lo cual me fascinó y, en rigor, me sigue fascinando. Sólo que, por una extrapolación incorrecta – o por grandilocuencia adolescente –, yo estaba convencida de que las grandes pasiones – lo que realmente me cautivaba de los libros, la razón real de que leyera novelas sin interrupción – solo podían tener lugar en esos mundos ajenos. Pero a los 14 años aprendí que las pasiones de los hombres caben también en una pequeña calle no demasiado diferente de la cortada Potosí que yo recorría todos los días para ir a comprar el pan. La del libro era la vía del Corno y en ella padecían, se enamoraban o luchaban por cambiar el mundo los personajes de una de las novelas más bellas que yo había leído hasta entonces y que, todavía hoy, sigue estando entre mis libros amados. Hablo de *Crónica de los pobres amantes*, de Vasco Pratolini. Durante el tiempo que duró la lectura – tiempo que yo deseaba que no terminase nunca – conviví con esa gente en el ámbito acotado de la vía del Corno, que llegué a conocer hasta en sus mínimos detalles y en la que cualquier mezquindad y cualquier grandeza eran posibles. Yo entonces no lo sabía, pero estaba aprendiendo algo que me iba a constituir desde que, muy poco tiempo después, descubriera la aventura de escribir ficciones: no

solo uno mismo, también el lugar desde el cual uno suele mirar el mundo, – tan familiar, y a la vez tan desconocido como uno mismo – es una fuente inagotable para la construcción de historias. Y algo más: uno cree que mira el mundo desde el reducido espacio familiar y un día descubre que solo le hace falta observar atentamente, amorosamente a su alrededor. Porque en ese espacio reducido cabe el mundo.

Con toda premeditación, desde la segunda línea vengo utilizando expresiones como “calle pequeña” o “ámbito acotado” o “espacio familiar”. ¿Por qué omití la palabra “barrio” si me parece hermosa y con una carga de afecto que me viene de la infancia y la adolescencia y se vino nutriendo en todas mis edades? Es más; vivo en un barrio, y soy esencialmente barrial: me gusta charlar con el panadero de la vuelta y saber que le puedo encargar a la vecina que les dé de comer a mis gatos. (Y ahora que lo pienso, el *Ser barrial* puede manifestarse incluso en ausencia del barrio. Debe ser trabajoso, pero estoy segura de que, el *Ser barrial* se las arreglará para serlo aun viviendo en una avenida ruidosa, del mismo modo que su opuesto podrá vivir en un hermoso suburbio arbolado ignorando el placer de compartir un espacio amable y de formar parte de una pequeña comunidad.

Omití decir “barrio” porque estaba hablando de novelas y no quería correr el riesgo de que se le asignaran a la palabra sus dos connotaciones más comunes, pero pobres o inútiles cuando de literatura se trata: la catastral y la sentimental. Esa extensión vasta que es el barrio según el catastro, podrá tener sentido para la organización o para el trabajo comunitario: para la literatura es un dato mudo. Un café en una esquina, el banco de una plaza, la vereda de enfrente, pueden constituir “el barrio” en un cuento o en una novela, sin que haga falta más; para no hablar de la poesía, que suele arreglarse con menos. En cuanto a la carga sentimental de la palabra “barrio”, generalmente asociada con el pasado, y sobre todo con la infancia, reduce sus posibilidades y a veces lo condena a una suma de lugares comunes, o arma un barrio que solo es *la nostalgia del barrio*. Y resulta que no es solo eso. Para que se entienda: cuando yo salgo de noche a la calle veo un farol muy bonito en la vereda de enfrente y también veo un ejército silencioso de cartoneros que revuelven la basura. O la clasifican en la placita Rodolfo Walsh. Lo cual también es un dato: la plaza de mi infancia se llamaba Almagro y tenía un hermoso mástil que oficiaba de tobogán para los chicos; la de ahora se llama como un escritor asesinado por la dictadura, y en ella

se reúnen los desheredados para repartirse un botín penoso). De todo esto puede dar cuenta la literatura cuando entra en el barrio, y también, claro, de la luz de almacén y de la sombra de los árboles. Y, sobre todo, de las personas, del modo singular en que se comportan las personas en ese ámbito familiar en el que cabe el mundo.

Se me ocurren algunos ejemplos de cómo los personajes de una historia permiten suponer el barrio, aunque casi no se haga mención a él. *Esa niebla lejana, inalcanzable*, de Humberto Costantini. Allí hay dos vecinas hablando en la calle. El ámbito no se describe, solo importa lo que se dicen y, detrás de lo que se dicen, flotando como algo innombrado y feroz, el fantasma del hambre. *Corazón*, de Abelardo Castillo, cuento en el que el pueblo (ese avatar del barrio) nunca se describe – apenas una casona junto al río, el banco de una plaza, la barranca – y aun así pesa sobre los adolescentes que, casi con indiferencia, van urdiendo una injusticia irreparable. O dos cuentos tan disímiles como *Los venenos y Circe*, que (uno entiende) solo pueden ocurrir en un barrio aun cuando casi no se hable de él.

Claro que también puede ocurrir en la ficción que el barrio mismo se instale como protagonista. Pienso en *El origen de la tristeza*, de Pablo Ramos, donde el espacio familiar, limitado por villas, por el arroyo Sarandí y por la cancha de Arsenal es indisoluble de la historia. Y donde se descubre que también ese paisaje marginal (convencionalmente feo), es susceptible de belleza cuando un escritor sabe descubrirla y contarla.

Recorro rápidamente mis cuentos y descubro que solo en uno, en *La música de los domingos*, el barrio es protagonista. Y justamente porque esa música que (según el recuerdo del personaje central) tenían los domingos en los barrios es, en buena medida, el desencadenante del conflicto. En los demás, y creo que vale para buena parte de nuestra literatura, uno puede rastrear, acá y allá, vestigios del barrio, o del pueblo, o del ámbito familiar. Tal vez se trata de una puerta inesperada en una tapia, o de la soledad de una calle nocturna. O ni siquiera de eso. A veces es apenas un modo de la convivencia o del maltrato, una manera del habla. O un instante de extrañamiento en el que alguien descubre que lo que era familiar y amable ha dejado de serlo, se ha convertido en otra cosa, o es el protagonista, tal vez, quien se ha transformado en otro. Modos de lo real y lo fantástico que suponen el barrio. Aunque ni eso hace falta. Porque más allá de nuestra voluntad de revelarlo u ocultarlo, ese lugar familiar del que venimos nos constituye, como nos constituye nuestra historia personal, nuestra/lócura,

nuestro lenguaje.

Entonces, no se trata de meter a presión el barrio, o en citar groseramente calles y monumentos, cosa de construir de manera fehaciente nuestra identidad. Un hombre solo en una pieza negándose siquiera a mirar por la ventana, una mujer que camina por la calle y mira las cúpulas y se bebe la luz de los árboles; alguien que sueña con su pueblo desde París, o se levanta una mañana y advierte que nada de lo que había urdido su mundo cotidiano existe ya: cualquiera de estos extrañamientos o reconocimientos sugerirá el barrio, por inclusión o por omisión. E indicará un aspecto de nuestra identidad. La intensidad de ese reconocimiento o extrañamiento, la forma que le damos a nuestras palabras para narrarlo: eso es lo único que, como escritores, debería importarnos. Acaso esta manera nuestra de renegar del barrio y soñar al mismo tiempo con él (el tango da sobrados ejemplos de esta contradicción) o nuestra predisposición a idealizarlo, igual

## *Barrio y Poesía*

*Antonio Requeni*

La patria es el país donde nacimos o nos criamos, pero uno no nace o se cría en un país, tomado éste como un todo geográfico abstracto, sino en una ciudad o un pueblo, y más concretamente en un barrio. La patria, nuestra patria más íntima, es pues la calle o las calles que recorrimos de niños, sus plazas, sus árboles y pájaros, las fachadas de sus casas, puertas, balcones y azoteas, sus colores, olores y sonidos, sus cielos amistosos, esos cielos que contemplábamos al atardecer, cuando el sol arrojaba sus últimas migas de luz a los gorriones y la llamarada del crepúsculo se iba deshaciendo en una lenta ceniza. Porque antes, en los barrios, disponíamos de más cielo que en las calles céntricas invadidas ya por las gigantescas moles de cemento. Los altos edificios han ido avanzando también sobre el cielo de los barrios; sin embargo, nos quedan aún algunos arrabales de casas bajas, con vecinos saludadores, con placitas recoletas, árboles de tupido follaje y palomas y gorriones que buscan allí refugio escapando de la contaminación. pero los poetas actuales preocupados por temas más profundos y abstractos, ya no cantan a su barrio, al menos en la cantidad y con el lirismo que lo hicieron sus predecesores durante el siglo que hemos dejado atrás.

Según Borges, el que descubrió el barrio para nuestra poesía fue, a principios del siglo XX, Evaristo Carriego, poeta del viejo Palermo, entonces un barrio sin consultorios de psicoanalistas, sin estudios de televisión, sin restaurantes paquetes y sin zona roja. El Palermo de Carriego era un barrio de sórdidos conventillos y por sus calles transitaban chatas tiradas

por caballos, malevos, costureritas tuberculosas y la asmática música del organito. Carriego cantó esas presencias humildes y entrañables con un acento muy porteño – sentimental y quejumbroso – que ha dado la pauta a la canción y la música, pues hasta ciertos sonos que se bailan parecen tener la cadencia de Carriego.

Otros poetas contemporáneos del autor de “Misas herejes” escribieron también, en la primera década del siglo, versos de tema y sabor suburbano, entre ellos Enrique Banchs, en su libro “Las barcas” y Mario Bravo, en “Canciones y poemas”. Después llegó Borges, otro vecino de Palermo, con su “Fervor de Buenos Aires”, “Luna de enfrente” y “Cuaderno San Martín”, libros de versos más alambicados – ultraístas – pero siempre afectuosos y hasta jactanciosos o petulantes, como puede comprobarse en la “Fundación mítica de Buenos Aires”, donde afirma que don Pedro de Mendoza fundó la ciudad en la manzana que él habitaba: “la manzana pareja que persiste en mi barrio, / Guatemala, Serrano, Paraguay, Gurruchaga”.

Otro poeta para quien el barrio o los barrios (pues cantó a casi todos ellos, así como las calles del centro) constituyeron el tema fundamental de su poesía, es Fernández Moreno. Sus estrofas sencillas y tiernas nos hablan siempre de una cariñosa identificación con su ciudad. Vivió los últimos años en una bella casona de Francisco Bilbao 2384, en Flores, barrio celebrado además por Oliverio Girondo en “Veinte poemas para ser leídos en el tranvía”: “Las chicas de Flores – escribió – tienen los ojos dulces como las almendras azucaradas de la Confitería del Molino/ y usan moños de seda que les liban las nalgas en un aleteo de mariposas”. Luis Cané cantó también a las chicas de Flores: “El que tenga un corazón gastado en falsos amores, / búsquese una novia en Flores / y será su salvación. / No tienen la pretensión / de las chicas de Belgrano, / son profesoras de piano / o de corte y confección”.

Algo de razón tenía. Belgrano fue siempre un barrio más pretencioso o bienudo. Manuel Mujica Láinez, que vivió en la calle O’Higgins, destacaba la prosapia de sus arterias con nombres de virreyes: “en sus calles lucían con mayores donaires / la chapa azul de esmalte con el nombre redondo: / Pino, Loreto, Vértiz, Avilés, Arredondo”.

De Belgrano saltemos a San Telmo. Emilio Lascano Tegui, que tomó en

solfa su estrabismo y se inventó el seudónimo de El Vizconde de Lascano Tegui, escribió los versos de “Muchacho de San Telmo”, en los que evocó su infancia: “Las casitas eran pobres / – no había casas de altos – / Unas piezas alineadas/ puestas al azar, acaso, / y un comedor que cerraba, / al alargarse, los patios, / filtrando corrientes de aire/ y cortándonos el paso, / fue toda la arquitectura / de nuestros primeros años”. San Telmo también fue descrita líricamente por Gongález Carbalho, Raúl González Tuñón, Horacio Armani, y antes por Héctor Pedro Blomberg, el autor de “La pulpera de Santa Lucía”, frecuentador, asimismo, de Barracas y La Boca.

Nicolás Olivari fue el cantor del Once, con “Almacén a la Ciudad de Génova”, lo mismo que Carlos de la Púa, o sea Carlos Muñoz del Solar, también apodado “El Malevo Muñoz”. Barrio mío donde grabé con tiza / robada del colegio: ¡ Yo quiero a Adelita! / ¡ Abajo el cachirulo! ¡Boicot al Patalisa! / El que lee esto es un ... Toto afila con Lita”. Almagro aparece en los versos de Alvaro Yunque, Gustavo Riccio y Mario Jorge De Lellis, autor de “Hortigueral de Almagro”. Homero Manzi es el poeta de Boedo y Pompeya (“y más allá la inundación”); Salvador Merlino dedicó sus versos a Villa Lugano y José Portogalo a Villa Luro: “Villa Luro, mi barrio, / era entonces vereda de potreros, / perfil del Maldonado, cuna de los gorriones/ y corazón del cielo en una ochava/ que alhajaba la luna/ y el humo cacha-ciento de un pucho pisoteado”. César Tiempo fue intérprete de la judería de Villa Crespo y Alberto Vacarezza el creador de unos versos evocadores del conventillo de la Paloma (que estaba en ese barrio, en Thames al 200) y sirven, a la vez, como receta para hacer un sainete: “Un patio de conventillo, / un italiano encargado, / un gallego retobado, / una percanta, un vivillo, / un chamuyo, una pasión, / choques, celos, discusión, / desafíos, puñalada, / espamento, disparada, / auxilio, cana, ¡Telón!”

Conrado Nalé Roxlo, vecino de Rivadavia y Florencio Balcarce, donde lo visité muchas veces (yo vivía a la vuelta, sobre el antiguo Parque Lezica) solía decir que Caballito era “el barrio de las musas”, pues allí residían, además de él, Rafael Alberto Arrieta, Fermín Estrella Gutierrez, César Tiempo, Aristóbulo Echegaray, Ángel Mazzei y el aprendiz de poeta que ahora les habla. Nalé y yo iniciamos una campaña para que se restituyera una estatua donada por la colectividad catalana – una mujer desnuda inclinada sobre una fuente – que el párroco de Caballito había conseguido que retiraran del parque. Nalé Roxlo, también humorista, narrador, periodista y autor teatral,

era el poeta más prestigioso del barrio, pero antes había vivido en otros lugares de la ciudad. Fue en Floresta donde escribió su célebre soneto “El grillo”. Una vez le pregunté qué lo había llevado a hacerse humorista, y me respondió: “Cuando era chico, vivía en la calle Warnes. Yo me sentaba en el zaguán de mi casa y veía pasar los cortejos fúnebres que se dirigían al cementerio de la Chacarita. ¡Cómo no iba a hacerme humorista? “Vivía en otro barrio cuando un día murió el almacenero de la esquina. La viuda le pidió que le escribiera un epitafio, pero que no se creyera que el almacén iba a cerrarse. Entonces Nalé redactó los siguientes versos: “Aquí yace Juan Quirós,/ el honrado almacenero/ del almacén de Salguero/ mil quinientos treinta y dos. / La muerte, con mano ruda, / se llevó a este hombre de bien, / pero ha quedado la viuda/ al frente del almacén””.

La cotidianeidad de los barrios, así como la identidad del habitante de esa geografía sentimental y sus particulares vivencias, fueron abundantemente registradas por nuestros poetas. Aquí he ofrecido un minúsculo testimonio. Antes el barrio era también una emoción, un estado de alma, y los poetas no podían dejar de aprehenderlo y recrearlo en sus versos. Si bien Buenos Aires ha ido modificando su fisonomía edilicia, despersonalizándose a despecho del progreso y la evolución de las costumbres, el barrio mantiene



*Capítulo 5*

# Globalización y política



## *Hacia una estética anarquista*

**Carlos Penelas**

*“La libertad, la moral y la dignidad humana del hombre consisten precisamente en esto, en que hace el bien no porque le es ordenado sino porque lo concibe, lo quiere y lo ama.”*

**Bakunin**

*“Nada está verdaderamente lejos”*

**Jules Supervielle**

Resulta muy difícil persuadir a la gente de la necesidad de la existencia de Dios. De la misma manera, que exista el gobierno. Ninguna de ellas es evidente por sí misma. Alguien que cree en el socialismo libertario tiene la obligación permanente de elaborar una nueva visión integral del mundo y una nueva manera de acercarse a cada vivencia. Creo que hoy como ayer el intelectual, el creador, debe construir límites contra la expansión del autoritarismo, contra el Leviatán. También es natural y notorio que el pensamiento libertario disienta, pues no está formado por jerarquías y ortodoxias, por castigos y recompensas. No tiene líderes ni funcionarios. Su principio fundamental es el rechazo de la autoridad, por tal motivo tiende al disenso permanente. Pero hay en él un sentimiento ético, una conducta, una solidaridad. Con esta mirada, intentaremos desarrollar nuestra propuesta.

Nikolai Berdiaev escribió: “Las utopías son hoy mucho más realizables

que en el pasado. Y nos encontramos enfrentados a un problema incomparablemente más angustioso: ¿cómo podemos impedir su consumación?”

Los anarquistas nunca le dieron importancia alguna a los retratos, a los mausoleos, a los homenajes. Ni a las biografías ni a los líderes. Todo lo miran desde otro ángulo. Y se equivocan poco. Sin patria, sin dioses, sin banderas. No son idólatras. Partidarios de la cremación o la dispersión de las cenizas (iconoclastas al fin) conllevan una tradición oral alejada de toda pompa. Fúnebre o de la otra. Hacedores del silencio y la memoria, evangélicos, rebeldes, solidarios.

Pertenecemos a una sociedad ferozmente competitiva e individualista, una sociedad que inventa hora a hora distinciones y borra viejas solidaridades. Una sociedad que habla de la patria, de la santísima trinidad, que atenta y misericordiosa vitorea a generales de la Nación, a obispos que bendicen picanas eléctricas, tachos submarinos, cárceles clandestinas, una sociedad con capellanes militares, médicos policiales, forenses paranoicos, señores de la vida y de la muerte, custodios de las instituciones de los hombres de bien, de burócratas y verdugos.

Umberto Eco define los procesos de mitificación como “productos de la simbolización inconsciente”. La mitificación de las imágenes, caracterizadas como sagradas no sólo fue un hecho inducido desde los cenáculos del poder religioso medieval. Freud ya había enseñado que es posible la existencia de una masa de dos: en el enamoramiento; un estado donde se mitifica la imagen del otro. La imagen idealizada fascina. Y toda idealización, afirma Freud, es un afán que falsea el juicio.

Vivimos una época cargada de neurosis, de alineación, de imbecilidad. Tal vez todas las fueron en mayor o menor medida. ¿Quién recuerda *El derecho a la pereza*, de Paul Laforgue, a Hypatia, a La Boétie y *El Discurso sobre la servidumbre*? Pues bien, hemos perdido la memoria. Todo se ha vuelto rápidamente falaz, engañoso, capcioso. Son los tiempos del “gran juego” según Kipling. La memoria es parte de la historia, “una adquisición para siempre” al decir de nuestro buen amigo Tucídides.

La sociedad del espectáculo es una sociedad sin política, en la que los individuos se han visto desposeídos brutalmente de sus posibilidades y de los riesgos de la acción. Sufren las fluctuaciones ingobernables de un sistema

absurdo y criminal. Los espectadores viven en la seguridad de una existencia tranquila, pacífica y administrada, o bien víctimas de la exclusión y de la precariedad, viven en la monotonía, el aburrimiento. El espectáculo es el nuevo opio del pueblo, nos dice, nos induce a pensar. Es la despolitización de la vida.

El espectáculo crea un presente perpetuo apoyado en el espejismo de la tecnología, en el que es posible la ocultación, el simulacro y la mentira. La ficción y la apariencia pasan por delante de la realidad.

No se puede hablar de arte en serio si no se conoce la literatura clásica. La globalización, entre otras cosas, destruyó una visión y una educación literaria que ahora es no sólo insuficiente sino ínfima. Vemos con estupor el éxito cinematográfico de “El señor de los anillos”, de Peter Jackson. Jóvenes y no tan jóvenes que desconocen a Eisestein, Welles, Truffaut o Visconti – y que en su mayoría jamás lo verán – admiran la técnica y un supuesto mundo mágico. Por supuesto, para ver “El señor de los anillos” no hace falta haber conocido la obra de los grandes maestros. Lo que estamos intentando decir es el peso de la industria cinematográfica que ahora descaradamente está insertada en la literatura. Profesores de literatura no leyeron a Bradbury o a Conrad. Por encima, muchos han leído a Cortázar sin saber ciertas fuentes o la obra de Ramón Sender. A Borges, desconociendo también a Marcel Snow. Y así podemos seguir hasta el cansancio. No estoy hablando del lector común, me estoy refiriendo a una supuesta crítica especializada, o a ciertos escritores “profesionales”. Ya lo hemos dicho en otras oportunidades, lo mismo ocurre con la música, la pintura y hasta el fútbol.

La literatura se ha vuelto aburrida y rutinaria. La estupidez, la falta de pudor y la vulgaridad estilística generan banalidad y tontería. Ni las editoriales ni los suplementos literarios ni los grandes premios tienen el menor respeto por el lector. Con una gran cuota de cinismo premian, editan y difunden obras definitivamente muertas. Allí se mezcla una izquierda decadente, el oportunismo, la impotencia de la narración y una suerte de mafia donde se une lo cursi con el negocio editorial. La novelística hodierna trae esta divulgación aburrida y balbuciente, llena de lugares comunes que sin duda perjudican la salud mental de cualquier lector.

En el mundo todo, absolutamente todo, está subvertido. El arte, en cada una de sus expresiones, no es ajeno. En el fondo también aquí se habla de

“competitividad”, “industria”, “mercado”, “empresas”, “sectores industriales estratégicos”, etc.

Se miente, se confunde. En un trabajo sobre lo moderno, lo posmoderno y lo contemporáneo dos historiadores del arte, el alemán Hans Belting y el francés Dauto, expusieron una aproximación a lo complejo del mundo artístico: “El arte ya no es más algo para ser considerado prioritariamente”, manifiesta Dauto. Y agrega: “El museo ya no es un *tesorium* de belleza ni un santuario de formas espirituales.” Señala: “No hay nada que marque una diferencia visible entre la *Brillo Box* de Andy Warhol y las cajas de Brillo en los supermercados.” Una historia filosófica ha terminado y no sabemos qué viene. Se rompieron límites en la filosofía del arte: **cualquier cosa puede ser arte, expuesta como tal**. Hablo de la pintura, la escritura, el teatro, la poesía o el cine. Se presionó contra los límites y estos cedieron. Todo parece ser válido. Siento que el arte ahora está al servicio de lo personal o de políticas económicas. Es el tiempo de la industria y el mercado.

Ejemplos: en 1953 Robert Rauschenberg compra un dibujo de Willem de Kooning que posteriormente borra y exhibe bajo el título *Erased De Kooning draw*. En 1961 Piero Manzoni para demostrar la frivolidad del mercado del arte fabricó 90 latas con 30 gramos de sus propios excrementos cada una. El año pasado, 2002, la Tate Gallery compró una de las latas a 35 mil euros. En 1969 en el llamado “accionismo vienés” el artista austriaco Rudolf Schwarzkogler se amputa centímetro a centímetro el pene mientras un fotógrafo registra su acción. Nace el *body-art*. En 1995 Damien Hirst obtiene el Premio Turner por su obra *Madre e hijo divididos*: un ternero y una vaca en formol.

En 2000 nace Alba, una conejita fluorescente creada por el brasileño Eduardo Kac. Ahora es el turno del *arte transgénico*. Alba nació gracias a la ayuda de científicos franceses, que modificaron rasgos genéticos de una conejita albina cruzándola con el gen fluorescente de una medusa del Pacífico. Casi dos millones de personas vieron en 2002 la muestra “Los mundos del cuerpo” del alemán Gunther Von Hagens, una suerte de teatro anatómico con cadáveres exhibidos como si fueran esculturas. Hay más ejemplos pero creo que estos son suficientes.

Es bien conocido que tanto el hombre de a pie como los artistas, los

políticos o los empresarios buscan el poder para hablar de bienestar; ya el príncipe Kropotkin señalaba que “la burocracia es de por sí el núcleo de una clase cuyos intereses son totalmente opuestos a los del pueblo, al que pretende servir”. Necesitan de la pobreza para hacer sus negocios. Carecen de columna vertebral. Para adaptarse a un mundo florido donde la gente cultiva con sensatez el buen gusto, la hipocresía y el cinismo. ¿Cuántas pequeñas canalladas, cuántos engaños imperceptibles forman parte del alma?

Políticos y funcionarios poseen una mediocridad bien educada y eficiente sobre la cual ningún poeta o creador tiene nada que decir. Son tan sublimemente almibarados que cualquier opinión sería poco afortunada. Tal la dimensión de sus espíritus lacerantemente vulgares.

Releamos a Zamyatin: “Lo que importa es una literatura genuina, que sólo puede existir, no escrita por plumíferos laboriosos y serviles, sino por locos, herejes y anacoretas, los soñadores y sediciosos, los escépticos.”

En la sociedad que vivimos, el monopolio de la violencia es legítimo. Pertenecer al aparato político cultural de un país implica un acuerdo acerca de lo que no debe ser leído ni pensado. Hay una necesidad de brindar unidad e identidad a las poblaciones a través de las imposiciones de modelos culturales. Así nace una nueva cosmogonía, una nueva religión. De esta manera, la rebeldía o la memoria histórica pasa a la clandestinidad. La sociedad audiovisual nos brinda la representación de la experiencia humana. La religiosidad – inherente a la participación emocional – consume objetos e imágenes. Se forma de esta manera un presente perpetuo, apoyado en el espejismo de la tecnología. El resultado es inmediato. La ocultación, el simulacro, la mentira. Es así como la ficción y la apariencia pasan por delante de la realidad. De ahí lo petrificante, el tránsito hipnótico, el desasosiego contemporáneo. Hay una fidelidad a la impostura, de allí que el ser humano se engañe a sí mismo sobre casi todo.

El paisaje se fragmenta cada vez que miramos con ojos críticos. Ibn al-Nafis, uno de los genios de la humanidad, fue el primero en descubrir la circulación pulmonar en el siglo XIII. Su trabajo recién se dio a conocer en 1924. Hay un manuscrito suyo en la biblioteca de El Escorial. El poder tiende a ocultar y a disfrazarlo todo. En la Argentina hay 22 millones de pobres, 10 millones de indigentes. En 1970 había sólo un 5% de pobres.

La inversión privada en ciencia y tecnología apenas representaría un 18% del total del país, mientras que en los países industrializados oscila entre el 50% y el 75% del esfuerzo nacional. La inmigración de nuestros científicos y tecnólogos alcanza hoy proporciones alarmantes.

En un artículo que escribí en febrero de 2002 releemos: “Vivimos un momento trágico que nos empuja a salidas desesperadas e irracionales. El engaño, el fraude, hacen que una población se sienta dolida y sin rumbo. Afortunadamente, regresaron los graffitis. El ingenio, el sentido libertario, y la lucha callejera golpean edificios, muros oficiales y símbolos del poder. Me despido transcribiendo algunos de ellos: “Votaste. Esperá dos años y volvés a participar”; “Ya dejamos el Chupete, ahora que nos quiten el corralito”; “Que venga lo que nunca ha sido”; “Si las elecciones sirvieran para algo ya las habrían prohibido”; y la que a mi criterio es el más importante: “Te mandan si obedecés”.”

De sobra sabemos qué significan los diplomáticos. En todo el mundo. Son raras las excepciones. Ellos hablan engolado, se sienten seguros, se miran la punta de los zapatos, se arreglan la corbata, respiran profundo. Son solemnes hasta el tedio. Sonríen, asientan, elevan las cejas, se comprometen con el abrazo. Son parte de la fotografía y creen estar próximos al bronce. De ellos se puede decir algo muy similar a lo que expresa este grafiti que leí hace unos días en la pared de un banco de la “city porteña”: “Los políticos se dividen en dos clases: los incapaces y los capaces de todo”.

Aristóteles percibió que lo común a lo humano era el deseo de conocer. Platón explica que el hombre comparte con el animal el *ver*, pero no el examen lúcido que aparenta ser su privilegio. Hay, por lo tanto, en la historia de la humanidad, una problemática que se formula en términos de Poder, que podríamos resumir en apropiación del saber y determinación del espectador.

Tal vez se encuentren explicaciones iluminadoras sobre esta decadencia. Hay expresiones para tener en cuenta sobre la crisis. Muchas de ellas parten de análisis que comprenden factores económicos, sociales e históricos que acaban por justificar los andamiajes. Hablan, en el fondo, de la inevitabilidad. El análisis se transforma en un determinismo.



Durante décadas hubo una clase política esclerosada donde el hombre era producto de la historia, es decir, este no producía historia. La fórmula es apta para justificar mecanismos intrínsecos, fórmulas para justificar miserias que la historia le hacía producir a una sociedad. Está claro que el hombre hace la historia aunque –como siempre– una cosa es la teoría y otra su aplicación.

Hay que agregar a las profundas dificultades teóricas (la clase política argentina carece de teoría, de una elaboración precisa, de formación) traumas epistemológicos, una propensión psicológica a no reconocer los errores contiene la malla que rodea la **autocrítica**. Los políticos que hablan de crisis en la dirección política –paradójicamente– tienden a situarse fuera de ella. Da la impresión que no los abarca, que la crisis es de los “otros”. El infierno es el otro, decía Sartre. Y se tiende a explicar la crisis como producto. Esta **crisis** es la prolongación perversa de una estructura social que conduce a la degradación humana de toda una sociedad, de toda una nación.

La sociedad argentina está tan fragmentada que no podemos hablar de una visión general sobre la llamada **clase política**, pero en el contexto actual esta crisis histórica predomina una visión muy similar en todos los estamentos. Profesionales, comerciantes, artistas, intelectuales, desocupados, marginados y un submundo que habita lamentablemente el país tienen la misma perspectiva. No señalo nada obvio. El periodismo, la clase media o los desclasados y humillados ven el envilecimiento en una suerte de autoritarismo burocrático. Ha afectado muy hondo.

Por eso al escuchar en las calles una y mil veces, al leer en las pancartas de las asambleas “que se vayan todos”, se está inconscientemente haciendo referencia a la mediocridad e incompetencia de esa clase política. Sumémosle las denuncias, los actos vacíos de contenido, la trivialidad, la “farandulización” de los últimos años y es fácil de ver la incongruencia. La crisis de la que hablamos –reitero– no es otra cosa que una larga e inacabable etapa de mediocridad. De protagonistas y testigos. Sólo que ahora una gran parte de la clase media parece no querer ser más testigo. En el fondo es un mecanismo exculpatorio, que si lo esbozamos en un plano teórico se llega a la evaporación, se hace abstracto. Para ser más claro: es necesario preguntarse qué fuimos, qué queríamos, a dónde pretendíamos llegar.

Hay una corrupción del pensamiento. Aquí deberíamos hablar de ética y sociedad e incluso de ética y cultura. Pero la palabra está vaciada de contenido, de ahí lo absurdo de los mensajes. Ya nada se escucha. Hace diez años, en las paredes de la ciudad se podía leer: “Vote a Nadie, Nadie cumple”. Esta síntesis es la que tienen ahora frente a sí políticos de dudosa trayectoria. Esto provoca una parálisis, y lo que es peor, fomenta al mismo tiempo una complacencia política. Por eso ahora comen todos en el mismo comedor. Temen la calle, temen la otra realidad. De allí a la euforia o la depresión. No hay controversia. Se levantan íconos que pocos entienden y que tampoco movilizan anímicamente. La clase media ya no sublima la adoración. Las clases bajas olvidaron filosóficamente la **praxis del coraje** o de la **pasión**.

Las sucesivas crisis originadas a partir de la década del '30 – para fijar una fecha emblemática – que sucedió a una ya esclerosada dirigencia, la asunción del peronismo, el golpe del '55, Frondizi, Illia, la guerrilla, la situación latinoamericana, el regreso de Perón, la dictadura militar y la vuelta a la democracia formal con Alfonsín hasta nuestros días. Todos estos años fueron distanciando a la “clase política” de la sociedad. La polarización se acentuó en el último lustro. Y en esa “clase política” el ciudadano común incluye a dirigentes sindicales, empresarios y burócratas de distintos pelajes. De allí los desplazamientos políticos de las capas sociales.

El ciclo de frustraciones de las últimas décadas ha sido terrible. Los guiños, la picaresca, los trucos, las trenzas ya están sobre el tapete. Los pequeros ya fueron descubiertos. Mi obligación estriba en controlar deseos involuntarios, es decir, ser objetivo. No hay liturgias, hay crítica. Debe haberla. La clase dirigente no tiene mirada retrospectiva porque tampoco tiene formación. Siempre ha temido cuestionarse, desdejarse, autocriticarse. Romper con el pasado para emprender nuevos rumbos. Los hitos, un camino de búsqueda – como figura de la fenomenología hegeliana –, la discusión como coherencia intelectual, no estuvo nunca en su mentalidad. Por eso la sociedad enjuicia desde la propia moral que se le impuso. Las estructuras teóricas mistificadas comienzan a despedazarse. Surgen componentes éticos en una sociedad que se siente harta y traicionada, pero que incluye en alguna medida un autocastigo.

El fenómeno de la conciencia mediatizada y manipulada se convirtió

en problema. La ficción, el simulacro de una realidad social llega a su fin. El individuo y la sociedad comienzan a sentir la magnitud de otra política, a sentir que pueden decidir su propio destino, que empiezan a tener conciencia de sí mismos.

Por eso, cuando dicen “que se vayan todos” está implícita la pornografía de ciertos circuitos, de ciertas redes, de una información vertiginosa y promiscua que forma parte de un mismo entretejido. La grosería, en este desdichado país, es tan cotidiana como la miseria.

Vivimos en una sociedad que se desintegra, con hipócritas e inescrupulosas vejaciones. Un desdichado territorio poblado de expedientes, de infamia, de desolación. Sospecho que en estos últimos tiempos algo comienza a fisurarse. La estructura social está llena de porosidades, de fachadas folclóricas, de próceres, de deslizamientos. La sociedad – quiero imaginar – se percata de humillaciones cotidianas, de jerarquías prostibularias. Ineficacias y miradas esconden la complicidad de un sistema ilegítimo.

“La palabra *corazón* es concebida como un órgano del recuerdo” dice Henri Meschonnic en *Célébration de la poésie*. “El derrumbe de los tabúes ha llevado a una búsqueda frenética de nuevas conmociones” escribía George Steiner. “La palabra es la expresión del alma” dirá, después de los clásicos, María Zambrano.

Todo hombre vinculado al arte – ni hablar del creador – se adelanta a comprender su época donde abunda la mediocridad, la ceguera ideológica, la burocracia, la falta de claridad mental, un espíritu anquilosado.

Hace dos años, me puso feliz que los anarquistas checos se propongan boicotear la reunión de la OTAN. Recordemos Génova, Davos, Seattle. Ya en 1900 la FORA hablaba en sus publicaciones que “la inmoralidad es inherente a todo gobierno y que por eso mismo hay que combatir contra ellos”. Imaginen ustedes un conglomerado de países y estrategias militares y religiosas destinadas a sostener el capitalismo.

Hay por un lado un gusto del público y por otro el de la crítica. A veces coinciden, por lo general no. Hay libros que se venden, y mucho. Y son un engendro. A veces no es así, las menos, seguro. Esas ventas increíbles no sólo no aseguran inmortalidad sino que tampoco aseguran talento. Para la

gran mayoría de los figurones – que buscan el calor oficial, los premios, los reconocimientos, la vanidad de la foto o del abrazo – la popularidad es una meretriz. Y en muchos casos terminan cenando con ella. Los académicos, salvo excepciones, llegan con problemas de próstata y ridiculizados. Los “modernos” o “contemporáneos” ponen una línea debajo de otra o al costado, sin puntuación, o con la última palabra en mayúscula y creen estar tocando la genialidad, el más allá, la originalidad. O los escultores que tiran planchas de acero por el piso con tres o cuatro tubos fluorescentes y luego hablan de la “cualidad del objeto”. Tom Stoppard lo expresa en una obra de teatro: “La imaginación sin destreza nos da el arte contemporáneo”. Qué nos queda de los templos de Agrigento y Seminonte. O Segesta. Así vamos por el mundo. De la perplejidad a la indignación. Rodeados de figurones donde todo es pintoresco y pocas cosas elegantes.

La mayor parte del tiempo los intelectuales son aduladores del poder. Entusiastas apologistas de su Estado. Si eres si su crítico o disidente la tendencia es que te traten con dureza. Incluso la imagen de cómo actúan los intelectuales tiende a ser halagadora y narcisista.

Los anarcos lucharon para cambiar una sociedad hipócrita, deshumanizada, donde a sus gobernantes no le importaba que la mayoría – léase proletariado – de su pueblo fuera excluida y sobreviviera en la miseria y el desamparo. Vivieron cotidianamente una democracia en donde se escondía el chantaje castrense u oligárquico, donde la impunidad estaba a la vista de todos. Una sociedad que enseñaba a mentir desde muy temprano. Por eso debemos hacer ahora algunas reflexiones, remarcar algunas referencias que nos unen con ese pasado, pues de nada vale tomar un hecho histórico, situaciones sociales, si no las comparamos, si no hacemos, aunque sea rápidamente, una lectura comparada.

El eje de la intelectualidad argentina pasa entonces por la santidad, la foto en los diarios, el ganado, el triunfo de la conquista del desierto. Sobre la línea de los fusilamientos, la andadura anecdótica, la zona de “los que piensan como uno.”

En este terreno los desplazamientos van desde la reverencia, la contemplación platónica hasta la posesión, la intimidad, los signos de aprobación. El santuario. Este es el viaje intelectual, el aliento de una historia literaria.

Con su mojonos liberales o populistas. Arrodiada siempre, atenta, servicial. Desde las dedicatorias – las huellas de la impunidad – pasando por las conferencias, el club, la curiosidad del viajero, la espiritualidad del gentleman. Desde el *paddock*, los fracs, las galeras y los uniformes. Lo excéntrico y la distinción. Nos tapamos la nariz: detrás de estas páginas que los alumnos repiten en las aulas hay un tufo de complaciente alcahueta.

Es importante señalar que el pensamiento de Proudhon tuvo más peso que el de Marx en la formación de la ideología revolucionaria rusa. Un ejemplo poco conocido es el hecho de que en Francia, la primera edición de *El Capital*, de 1895, no había terminado de venderse todavía en 1920.

“Transformar el mundo” dijo Marx. “Cambiar la vida” aseveró Rimbaud. “Dos consignas que son para nosotros una sola” nos recuerda André Breton. “Toda tendencia progresiva en arte es condenada por el fascismo como una degeneración” advierte Trotsky. “El poeta verdadero está con el pueblo que lucha contra la tiranía y la esclavitud, porque el espíritu del poeta repugna toda limitación para su vuelo y no puede soportar una cadena sin rebelarse. Es, desde que nace, un revolucionario.” La cita es de Valentín de Pedro, y la encontramos en un artículo de la publicación *CNT* (número 106, 19 de septiembre de 1938).

No podemos entender el hecho estético, el acto literario, sin la violencia, sin zonas de violencia. Todo es vertiginoso. Si el intelectual no analiza las relaciones, el tejido de poder, es absurdo definir las reglas del juego. Se nos quiere mostrar una vidriera mediatizada, un escenario aterciopelado. Pero si hacemos una verdadera lectura o una relectura, vemos los componentes de la brutalidad civilizada. Subyacente: injusticia social, hipocresía, prolijidad burocrática.

El *staff* se ha encargado de congelar una producción literal o cultural. Está hecho de escritores aseñorados y de señoras aseñoradas donde todo se cristaliza, genera cánones, camarillas. Se encargan de obliterar. Y a veces mezclan a Isabel la Católica con el Che. La mayoría de los intelectuales argentinos son oportunistas, dogmáticos, distraídos, lameculos.

Me interesan los artistas marginados del canon. No quiero sólo abrir una polémica, me interesa denunciar. Estoy harto de caballeros que hablan

prolijo desde la política, los centros culturales o las secretarías oficiales. Es una burla la fachada de estos señores. No podemos seguir hablando de las imperfecciones de la carne. Tenemos que hablar de la seducción y las porosidades en los caballeros de los suplementos literarios. Al margen del poder y de lo canónico replantear el conformismo, la homogeneidad, lo edulcorante. Repudiar los prostíbulos de lujo.

La globalización implica el comercio en un plano internacional. El libro pierde su condición sacralizada y se convierte en mercancía, en bien de consumo. Los creadores de literaturas regionales o nacionales no tienen oportunidad de acceso al mercado, además del costo de edición, las tecnologías, etc. hay una producción, una industria editorial que avasalla. No hablemos aun de las tecnologías electrónicas.

Los presupuestos para el desarrollo de la educación y la cultura son siempre exiguos. Los organismos gubernamentales son impotentes para operar. No hablemos del analfabetismo o la pobreza, de la inmoralidad, incultura o banalidad de la mayoría de los funcionarios.

La declinación literaria no es exclusiva de nosotros. Ocurre en Estados Unidos, en Europa y en el mundo todo. Los *reality shows* avanzan sobre la reflexión, el gusto, la belleza. *1984* de Orwell o el golem medieval.

Hace varias décadas un autor casi desconocido, Guy Debord, aludía a la sociedad del espectáculo signado por una dualidad: un acontecimiento que borra los límites entre el yo y el mundo, entre lo verdadero y lo falso, una “alineación recíproca” – son sus palabras – haciendo que la realidad surja en el espectáculo y que el espectáculo sea lo real. Decía Guy Debord: “En un mundo unificado, no es posible exiliarse.”

**Las multinacionales son el gobierno real.** Los gobiernos son instrumentos y son la policía de estos caballeros. Todo es producto de la imagen. Esto mismo que estoy leyendo quedará en la nada. Tal vez dentro de veinte años seguiremos hablando de lo mismo. Hay apatía moral, indolencia, una incompatibilidad total entre globalización económica y estética, industria cultural y cultura. La imbecilidad, el latrocinio, el engaño, la destrucción, crecen de una manera feroz. Son las bocanadas de una civilización, las voces que hablan de mitologías, de literaturas comparadas o de revolu-

ción social. Por eso la poesía, el arte clásico, los autores que nos plantean preguntas adecuadas deben ser retomados. Es una tarea ciclópea pero no hay otra. Desde los clásicos griegos hasta los grandes pensadores del siglo XIX. El hombre rebelde es el que me interesa. Ese me entusiasma, rompe esquemas, derriba dogmas.

La literatura está contaminada por la noción del entretenimiento y del espectáculo. El libro rápido, el libro-objeto, la publicidad sobrepasa el texto, las casas editoriales son transnacionales, el escritor produce textos que interesa al campo comercial, la producción literaria es un bien negociable, un bien material. El libro se convierte en libro-mercancía.

La clase dominante es poseedora de los medios de producción, los estratos económicos medios dicen qué es bueno y qué es desechable en la producción literaria.

Lo que se llama globalización es simplemente la metamorfosis por la que atraviesa el modo de producción capitalista. De qué otra manera explicamos lo que se ha dado en llamar “exclusión social”.

No podemos concebir, no podemos tener una consideración abstracta de la literatura, de la ciencia o de la tecnología. Se presentan como algo diferente de las fuerzas productivas.

El Poder se vale de mecanismos para lograr sus fines: la exclusión del deseo y la muerte del sujeto en la sociedad globalizada.

Debemos reflexionar sobre nuestras mitificaciones y nuestras desmitificaciones.

El mito del desarrollo es una construcción ideológica de los poderosos.

Globalización de la economía / libre comercio / gobierno mundial tras pilares de la sociedad de la información. Una anécdota: “Billy Holiday dijo que sabía cuando estaba libre de drogas porque ya no le gustaba ver televisión.”

Así como el alcohol funcionó como un estupefaciente, los grandes negocios pasan por el Estado y por las industrias del espectáculo: el cine, la televisión y las editoriales. Por supuesto la industria discográfica tiene un peso enorme.

El trabajo intelectual tiende a seguir en nuestra sociedad – no mencionemos la estalinista o franquista – la producción industrial conforma a la cual “la ganancia del empresario depende de la rapidez de ejecución y de la mala calidad del material utilizado”, al decir de Debord. Debemos agregar que con la sumisión forzada de la demanda y con la pérdida del gusto la concentración financiera ha marcado un claro monopolio en la masa de la clientela.

¿Para qué escribir bien algo que nadie va a leer? El sistema es perfecto: se desmorona por donde lo miremos.

En los últimos veinte años hay un alud de hechos donde todo debe ser replanteado. Tal vez, por primera vez en la historia, está en juego la continuidad de la especie, de todas las especies. Por lo dicho, en esta apretada



## *Globalización y Políticas culturales*

*Ivonne Bordelois*

Borges y Pizarnik, ambos poetas y poetas muy distinto si los hay, profesaban la doctrina – que tengo por cierta – de que el número de metáforas de que disponen las lenguas humanas es limitado. Decían también que un buen poeta se reconoce por la verdad o la falsedad de sus imágenes. Quiero proponer aquí que la metáfora de la globalidad es fundamentalmente falsa y el poeta que la propone, el liberalismo salvaje, un pésimo poeta y un poeta malvado.

Imagen infantil, inflada y tersa, proveniente del mundo de Walt Disney, los cotillones y Mc. Donald, un globo es un artefacto plástico, vacío, hinchado, resbaladizo, frágil. No está demás recordar que por alguna razón, en un antiguo dialecto porteño, llamábamos globos a las mentiras. Y el ingreso a la globalidad, panacea obligatoria e inevitable del mundo presente y futuro, requiere que nos integremos a lo global volviéndonos nosotros mismos mentirosos, es decir, plásticos, vacíos, hinchados, resbaladizos y frágiles.

Si la metáfora de la pelota – otra esfera hueca – no se aplica a nuestro planeta es porque la pelota evoca demasiado fehacientemente la voluntad de puntapié que puede impulsarla y la identidad del gestor del puntapié puede dar lugar, sin duda, a interpretaciones molestas. El globo tiene sobre la pelota la ventaja de representar la insoportable levedad del ser: sube y baja caprichosamente según las voluntades del mercado y un leve toque, acaso el simple apretar una tecla de computadora, puede ocasionar ascensos

y descensos vertiginosos, ruinosos efectos mariposa que van en un instante desde Shangai hasta el golfo de México, produciendo estrepitosas caídas de la Bolsa o suicidios simultáneos de banqueros a ambos lados del Pacífico. Tal la volubilidad del globo.

La amenaza del globo, sin embargo, consiste en que puede pincharse y estallar en cualquier momento. La provocación permanente que representa su tersura resplandeciente convoca a misiles, piquetes y aviones que perforan la aparente perfección y esplendor de lo global. Porque lo global se presenta en el inconsciente imaginario del planeta como una gran teta vacía y mentirosa que suscita el rencor, el resentimiento y finalmente el ataque eficaz del terrorismo salvaje.

Cuando se evoca al globo como volumen hueco se nos olvidan los volcanes y se nos olvida sobre todo que el interior de la tierra no es aire sino fuego, del mismo modo que el interior del cuerpo humano no es aire sino sangre. La verdad es que habitamos una tierra rugosa y cicatrizada, enfrentando enormes concentraciones de poder y de miseria, o para decirlo más claramente, más ciertamente, concentraciones de riqueza cuya intención fundamental es producir más y más pobreza alrededor. No existe en este mundo la perfección de la esfera, en la cual todos los puntos son equidistantes, sino que como grandes erupciones sobre la faz de la tierra aparecen grandes centros asimétricos vociferantes y desequilibrantes: New York, Tokio, Bagdad, Moscú, Beijin, Jerusalem, disputándose todos las portadas de los diarios, las pizarras de las Bolsas, la conducción de la historia.

Si la globalidad es falsa tersura y vacuidad, los contactos globales son asimismo resbaladizos, instantáneos, superficiales y en el fondo imposibles en la superficie de un globo. Su paradigma sería esa especie de chapaleo en la chatura en que suele consistir el chateo entre los adolescentes. Entre otras cosas, el chat oculta el temor al contacto físico y la fobia por la intimidad entre los chicos: aunque tanto hemos sobresaturado nuestros discursos con el tema de la omnipresencia del cuerpo, los poderes del miedo hablan más alto, en este caso, que los poderes del cuerpo.

También las promesas de interculturales de Internet son, en cierta medida, igualmente engañosas. Pongo por ejemplo un caso nuestro. Al promediar los años 20, Ricardo Güiraldes, movido por una rara generosidad, proverbial

en él, enviaba libros de sus amigos a París, a nombre de Valéry Larbaud, su amigo y maestro. Aunque hoy relativamente olvidado, Larbaud ocupaba un lugar no trivial en la generación de la *Nouvelle Revue Française*, que albergaba entre otros a escritores como Roger Martin du Gard, Mauriac, Claudel y Gide. Crítico de espíritu singularmente alerta y abierto a lo novedoso, Larbaud fue el primer traductor del *Ulises* de Joyce al francés. Como había nacido en el Caribe, conocía el español y se interesaba enormemente por la literatura de América Latina.

Cuando recibe *Fervor de Buenos Aires*, Larbaud escribe entusiásticamente a Güiraldes alabando la intención poética de Borges de abandonar los decorados modernistas de Rubén Darío para sumirse en la sencilla contemplación de la realidad urbana. Recordemos que en esa época Borges contaba sólo con 23 años. Y cuando un año más tarde le llega *Inquisiciones*, Larbaud no tarda en contestar, con la velocidad y la clarividencia de un águila: “Éste es el primer escritor de su generación. No sólo es un crítico: tiene una teoría literaria detrás de sus críticas.” Es verdad que el temprano genio de Borges merecía estos juicios, pero también es cierto que la pregunta que se impone en términos actuales es la siguiente: qué escritor francés o norteamericano o inglés de cierto rango estaría dispuesto hoy por hoy, en el mundo supuestamente hipercomunicante de la globalidad, a leer a un veinteañero porteño y estimularlo por escrito con un juicio tan positivo como acertado?

Otra aventura semejante. A principios de siglo, un profesor de música desconocido, llamado Romain Rolland, en un momento de desorientación, escribe desde París una larga carta al célebre León Tolstói, en Rusia, pidiendo señales para el camino. Rolland no se atreve a imaginar una contestación; y, tal como lo había pensado, pasan largos meses sin respuesta. Pero una noche, volviendo a su humilde vivienda, Romain Rolland ve sobre su mesa de trabajo, un voluminoso sobre, con sello de Moscú, esperándolo: una carta de treinta y ocho páginas de León Tolstói contestando las preguntas del desconocido. La carta comienza en francés: *Cher frère* – querido hermano. Esta carta, según lo relata Stephan Zweig, cambiará el destino de Romain Rolland para siempre, no tanto por su contenido, sino por lo que significaba el hecho de que uno de los hombres más célebres de su época distrajera dos días de su precioso tiempo para escribir a un joven desconocido. Para Rolland, ésta fue la señal indeleble de que la literatura no era sólo aventura

expresiva o innovación intelectual, sino puente de fraternidad y puerto de consuelo y compasión entre los hombres.

Los caminos de Internet llevan a la información pero muy raramente a valoraciones y disponibilidad de atención de esta calidad. Lo que se gana en difusión de conocimientos y en velocidad de comunicación se va perdiendo muchas veces en volumen y profundidad de diálogo, en compromiso personal, en espacio mutuo, en el jugarse en apreciaciones que muchas veces pueden ser cruciales para el desarrollo de una persona, de un talento, de una literatura. Un feroz individualismo fomentado por el liberalismo salvaje hace de Internet un campo propicio para citas muchas veces plagiarías o irresponsables, para robos y/o tergiversaciones de ideas, músicas e imágenes, para extensas e irreversibles confusiones en cuanto al origen de ciertas teorías o tendencias relevantes para la época. La enmarañada y extensísima red de textos virtuales conspira muchas veces contra el espacio cara a cara del diálogo socrático que ha fundado nuestra cultura. Vanamente buscaríamos un nuevo Valéry Larbaud para un nuevo Borges, un nuevo Tolstoi para Romain Rolland en estos tiempos. Esa actitud y esa mirada tan amistosamente universales, tan universalmente amistosas, tan profundas y fecundas, parecen haberse perdido irremediabilmente en aras de comunicaciones virtuales tan rápidas como fugaces y frustrantes.

Otro defecto no menor tiene la globalidad, y es que su obesa vacuidad, permanentemente denunciada, nos impide y ahorra, convenientemente, el contemplar de frente la escuálida inconsistencia de nuestra propia vida cultural. Mientras vociferamos contra los trastornos e invasiones que recibimos de nuestros depredadores vecinos del Norte, olvidamos las empresas de desmantelamiento cultural que hemos tenido a bien implementar, con autonomía total, en nuestro propio ámbito. El estancamiento del Fondo de las Artes, la cesación de Premios Municipales y Nacionales desde hace años, la carencia de apoyos y subsidios a bibliotecas de todo tipo, el atasco de la Ley del Libro, el manejo mafioso de la Biblioteca Nacional, el estado catastrófico de la educación a muchos niveles, la incesante permanencia de ñoquis en las reparticiones oficiales llamadas de cultura, la políticas obtusas de la Secretaría de Cultura de la Nación, son ejemplos patentes de la vergonzosa negligencia con que se trata a la cultura y a la inteligencia en este país, y no es condenando a la globalidad, por cierto, que remediaremos esta situación.

Acaso debiéramos cambiar el signo de la globalidad por el de la analogía, en el sentido en que la define Octavio Paz: una operación por medio de la cual, gracias al juego de las semejanzas, aceptamos las diferencias. La analogía, ciencia de las correspondencias, no las suprime: las redime, implicando, no la unidad del mundo, sino su pluralidad.

En ese sentido, añadiría yo, la analogía es una forma de la tolerancia y de la paz. La literatura a la que aspiramos no ambiciona moverse desde una ubicua y aplastante totalidad ni ejercer supremacías planetarias, como la que despliegan los programas de ciertas editoriales nórdicas particularmente invasoras. Antes bien, procura establecer ejes singulares de diálogo que conecten y contrasten los supuestos márgenes con los supuestos centros de





---

<sup>1</sup> Siendo asesor cultural del Senador Julio San Millán, elaboré un proyecto de comunicación, aprobado por la Cámara Alta, proponiendo al PEN su mediación ante los presidentes latinoamericanos, para la creación del Mercado Común de la Cultura de América Latina.











## *Globalización y Política Cultural*

*Mempo Giardinelli*

Todos los cambios planetarios producidos desde la caída del Muro de Berlín, y que se dan en llamar Globalización, han significado para nosotros sólo crueldad y dolor. De ahí que ese vocablo paradigmático de las dos últimas décadas, para los que vivimos y escribimos en el Cono Sur no tiene otro rostro concreto que el de la durísima realidad que nos circunda.

Después de más de 50 años (1930-1983) de militarismo, populismo, débiles intentos democráticos, intolerancia y oscurantismo, este país riquísimo emergió moralmente tan desgastado que – como se vio en estas dos últimas décadas – estaban dadas las condiciones ideales para que se instalara el discurso neoliberal supuestamente modernizante y liberador que sin embargo, en los hechos, sólo nos condujo al desastre.

No fuimos mayoría los que entrevimos ese desastre. Personalmente, yo no voté ni avalé ninguna de las propuestas que se hicieron a partir, digamos, de 1986-87, cuando las Leyes de Obediencia Debida y Punto Final desmerecieron los avances que habían representado el informe Nunca Más y los Juicios a las Juntas Militares de 1985. Fuimos muchísimos argentinos los que no participamos de ninguna de las propuestas que ofrecieron los dos partidos tradicionales que gobernaron la Argentina. Ha de ser por eso que siento tan profunda desazón cuando veo cómo una gran parte de la inteligencia argentina, y de sus protagonistas culturales, se acomodan con cada gestión y reacomodan sus discursos como lo hace la mayoría de los

economistas, y por eso nadie les cree.

Este país, que no tenía analfabetos, hoy tiene por lo menos un cuarto de su población que lee y escribe de modo primitivo y apenas funcional. Su sistema de salud pública fue destruido a la par de la educación pública y de la previsión social. Esas tres grandes responsabilidades de todo Estado, aquí fueron desmanteladas y traspasadas, en todo o en parte, a manos privadas, y sólo ahora parece – y subrayo que parece – que se vuelve al camino que nunca debió perderse. Pero también hay que recordar que la maciza mayoría de quienes están gobernando hoy son los mismos que apoyaron, votaron y avalaron todos los extravíos anteriores, lo cual obliga a morigerar todo entusiasmo.

Y es que ese discurso neoliberal, que en la Argentina y en los hechos fue sinónimo de Globalización, logró quebrar las bases constitutivas de esta nación mediante un sistema comunicacional superconcentrado y con un discurso ideológico que en nombre de la libertad atropelló todas las libertades y la inteligencia.

La manipulación, basada en el engaño de que la Argentina era un país “diferente” del resto de América Latina y llamado a ser del “Primer Mundo”, permitió que el gobierno de Carlos Saúl Menem (1989-1999), sin dudas el más corrupto de toda nuestra historia, nos dejara en la ruina en sólo diez años.

Aunque todos aquí lo sabemos, no me parece ocioso enumerar muy rápidamente todo lo que perdimos los argentinos en la década de 1990, gracias al discurso globalizador que Menem, Cavallo y sus patrones aplicaron a rajatabla, y que por lo menos la mitad de los argentinos avalaron alegre e irresponsablemente: perdimos la educación, la salud, la previsión social, la industria básica, la banca nacional, los ferrocarriles, el petróleo, el manejo nacional de granos y de carnes, la industria petroquímica, la minería, la riqueza marina, las tierras fiscales, la electricidad, el gas, las aguas corrientes y los servicios sanitarios, los teléfonos y las telecomunicaciones, el correo postal, las flotas marítima y fluvial, la red caminera, las líneas aéreas, los puertos y aeropuertos, la investigación científica y técnica... Esto no es retórica sino ejemplificación concreta: el patrimonio colectivo nacional fue completamente saqueado. Hoy los argentinos no somos dueños de nada de

lo que, en cualquier país, constituye el bien público.

El desastre de la Argentina pareció increíble, pero ya no es tan difícil de explicar: fuimos víctimas de los modos más perversos de la economía mundial, pero también hubo entre nosotros colaboradores eficientísimos para el vaciamiento, y hubo un pueblo engañado y manipulado que aceptó todo sin debate, y se tragó el discurso de la Globalización que todavía pretende que el mundo marcha hacia una interacción que se dice que es “inevitable”. Pretende que son “viejos” o “arcaicos” los conceptos de Nación y Soberanía; y dice que la Tecnología nos llevará –“inevitablemente” – a un nuevo mundo sin fronteras en el que la riqueza se derramará sobre todos los mortales, siempre y cuando los mortales tengan paciencia y sepan esperar cómo se reorganiza el planeta.

Es todo mentira, por supuesto, pero ése es el viejo truco que utilizaron todos los imperios: desde Roma y Bizancio, Inglaterra, España, la Unión Soviética y los Estados Unidos, cada discurso imperial pretendió disolver fronteras y soberanías nacionales e imponer lengua, moneda y estilo, o sea forzaron el modelo imperial como único para todos sus sometidos.

Desde luego que la dinámica de la Humanidad, que es impredecible, los enfrentó siempre y así seguirá siendo. Pero en cada turno, y en cada sociedad, los costos son tremendos. Como nos sucede en la Argentina, donde el fenómeno no puede ser enfrentado solamente desde reformas políticas, económicas o sociales. La lucha contra las manifestaciones más perversas de la Globalización exige, y con urgencia, profundos cambios culturales concretos.

Y esos cambios no se refieren solamente a las actitudes personales (que bueno sería, pero no hay que hacerse demasiadas ilusiones a la vista de la frivolidad imperante) sino a las estrategias nacionales que habría que discutir para ser autónomos en un mundo de todos modos globalizado. Y eso obliga a debatir Políticas de Estado de Cultura, algo que nuestro país jamás hizo ni tuvo, ni tiene ahora.

Por ejemplo, parece haber hoy coincidencia en que la Argentina no tiene otro destino que la integración regional sudamericana. Idea compartible, desde luego, pero la formulación requiere aclarar que esa integración regio-

nal debe lograrse solamente a partir de la consolidación de las identidades nacionales. Yo vivo en el corazón geográfico del Mercosur, donde sabemos que no hay Mercosur posible si todo se concentra en la pura consideración económica de la cuestión; sabemos que el Mercosur es sobre todo una construcción cultural que debe hacerse reconociendo los cambios sociales; y que el Mercosur pierde sentido si se lo reduce, como hasta ahora, al debate técnico entre Buenos Aires y Brasilia para ver cómo armonizan tal o cual arancel impuesto por lobbies empresarios. El verdadero Mercosur surgirá solamente de las identidades regionales fortalecidas.

De manera que, en mi opinión, ésta es la gran tarea: definir y establecer políticas de estado en varios campos que hacen a la Cultura Nacional y a la identidad de los argentinos, y todo lo cual debe hacerse a la par de una verdadera y profunda Reforma Política.

En varios textos he sostenido que no tenemos destino si no ponemos en marcha una serie de políticas que hoy no tenemos y que son urgentes. Ya se están dando pasos importantísimos en materia de Política Educativa y sobre todo en materia de Política de Lectura, pero estamos muy retrasados en otras dos políticas básicas de las que carecemos: una Política Cultural; y una Política Comunicacional.

Respecto de la primera, urge iniciar la discusión siempre postergada acerca de la Cultura Nacional. Acaso sea hora de que todos los poderes de la Nación, y todos los actores, entiendan a la Cultura como razón de Estado, lo que marcaría el camino hacia un cambio en los paradigmas culturales establecidos. Porque así como no hay Educación ni Salud públicas sin un Estado Responsable que las organice, oriente y dirija, así sucede con la Cultura entendida en el más amplio sentido antropológico. Y decir esto no es una antigüedad. Ya sabemos cómo mintieron – y siguen mintiendo – los supuestos modernizadores que nos quieren hacer creer que la función del Estado es reemplazable, cuando en todo el llamado Primer Mundo no sólo no se reemplaza al Estado sino que se lo fortalece.

A mí me parece que la sociedad argentina está madura para este debate, que impone reconocer la carencia de una Política de Estado en materia de Cultura. Y esta afirmación no debe ser leída más que como la constatación de la ausencia de un acuerdo general sobre qué entendemos por cultura y



qué cultura queremos para la Argentina, debatido y consensuado por los actores de la vida artística y cultural de todo el país, y capaz de gestar un programa de acción cultural para todo el territorio nacional y no sólo para la Capital Federal.

Tal cosa no existe en la Argentina, ni existió jamás. Lo que siempre hubo fue una enorme variedad de buenas intenciones – todas con nombre y apellido, y algunas menos improvisadas que otras – las cuales pudieron aplicarse, o no, durante algunas gestiones. De ahí el carácter errático e indefinible de la así llamada Cultura Argentina, que deriva de la idea de que son los funcionarios de turno los que la interpretan y desarrollan, y ello dependiendo de su cuota de poder y, sobre todo, presupuesto.

Pero la cultura de una nación es mucho más que eso, y sobre todo en un país territorialmente tan grande como la Argentina. Por eso quienes más padecen la falta de una Política de Estado de Cultura coherente y permanente son los habitantes de todas las provincias argentinas, que en general sienten – como no podría ser de otra manera – que la Secretaría de Cultura siempre está lejos y sólo se ocupa de lo que pasa en Buenos Aires puesto que suele estar a cargo de intelectuales porteños.

Nunca se llevó a cabo este debate para definir qué política cultural queremos, lo que debemos discutir en forma horizontal, democrática y abierta, con participación de los actores culturales de todo el país y garantizando la participación de todas las organizaciones, fundaciones, instituciones, colectivos, grupos e individuos que desarrollen acciones culturales y estén dispuestos a consensuar ideas.

Y el otro gran déficit estratégico que tenemos que resolver con urgencia y sabiduría deviene de la carencia de una Política de Estado Comunicacional. Para lograr la cual hace falta un cambio revolucionario de los paradigmas, entre los cuales el primero y principal consistiría en que todos los actores culturales empecemos a promover – de una buena vez – ver menos televisión. Porque no se puede instruir, educar, fomentar la lectura o la valoración estética cuando la inmensa mayoría de la población – incluidos los educadores – vive prisionera de la tele.

Si los paradigmas argentinos siguen siendo señoras paquetas que al-

muerzan ante un país con hambre, futbolistas mundialmente famosos que no pueden articular bien sus propios pensamientos, chicas y muchachos esculturales pero con cabezas presuntamente vacías, y gritones que por las noches confunden humor con vulgaridad, no hay política cultural que valga.

Pero cambiar el paradigma va mucho más allá de apagar la tele. Es urgente empezar a discutir el rol que viene cumpliendo la televisión en la Argentina. Urge exigir que el Estado imponga límites y reglas a la dictadura mediática, de una buena vez, pero esas reglas deben elaborarse mediante un gran consenso colectivo. Hay que apuntar a la terminación de los Multimedia, que son una figura nociva y embrutecedora. Ni en Europa ni en los Estados Unidos existen semejantes concentraciones. Sólo como ejemplo: la cadena CNN no puede ser propietaria de diarios, radios ni revistas; y ninguno de los grandes diarios norteamericanos o europeos son propietarios de cadenas de radio o televisión. Debe impulsarse, por lo tanto, el cambio legislativo mediático que este país necesita con urgencia para terminar con la tiranía de los multimedia. Y de la elaboración de esas nuevas reglas y legislación deben participar además del Estado y las empresas, todas las asociaciones profesionales, las ONGs y los actores periodísticos y culturales.

Si se ponen en marcha estos debates, que serán revolucionarios, contribuiremos a cambiar de raíz la espantosa situación sociopolítica y socio-cultural en que se encuentran la niñez y la juventud en la Argentina. Las nuevas estrategias culturales, debatidas y consensuadas, deben ser no sólo contenedoras de todas las expresiones sino orientadoras de un pueblo que necesita ser conciente de lo que piensa, lo que dice y lo que hace, y desde allí sentirse orgulloso de su producción artística e intelectual.

*Capítulo 6*

Identidad, editoriales y



## *Identidad, editoriales y globalización*

***Daniel Divinsky***

El título asignado a esta mesa, arbitrario como todos los títulos – y eso bien lo sabemos los editores –, daría lugar a imaginar que se trata de un juego del tipo “piedra, papel o tijera”, a menos que se opte por abordarlo en binomios separados.

Insistir en qué está pasando con las editoriales en el mundo globalizado sonará algo redundante. Desde hace dos décadas se viene desarrollando un proceso de absorción por compra de las editoriales independientes, tanto en España cuanto en Latinoamérica (porque debe incluirse también Brasil) por grandes grupos transnacionales, a menudo con sede principal de sus negocios en la propia España, pero a veces con centrales imposibles de situar geográficamente, en tanto están en varios países simultáneamente.

Los motivos por los que se fue produciendo esa centralización en la propiedad son muy variados: los antiguos propietarios se vieron presionados por estrecheces financieras, tentados por ofertas imposibles de rechazar o por la dudosa virtualidad de la sinergia como generadora de negocios cada vez más grandes. La posibilidad de ofrecer desmesurados anticipos por los derechos sobre títulos de previsible enorme venta, cuando se los adquiere para toda la lengua española, o aun más, para diversos idiomas, garantizaría que la tajada más grande del negocio editorial quedaría siempre en las mismas manos.

Estos enormes conglomerados editoriales serían, según un ejecutivo alemán del ramo, como grandes pelotas dentro de una caja, entre las cuales quedarían espacios pequeños que serían ocupados por editoriales de menores dimensiones: éstas podrían prosperar en tanto no crecieran, en cuyo caso serían fagocitadas.

Esta hipótesis globalizadora quedó parcialmente desmentida por lo variopinto de la producción intelectual escrita y de los intereses de los lectores. Que inmensos éxitos editoriales hayan sido publicados por editoriales relativamente chicas y no multinacionales (para dar sólo dos ejemplos, la serie de Harry Potter por Bloomsbury en Inglaterra originalmente y en castellano por Salamandra, casa española “mediana” de propiedad de un argentino, que luego subcedió algunos derechos; y el incombustible Código Da Vinci por Urano en Barcelona) demuestran que en este ramo no se cumplen a rajatabla los presupuestos de la concentración.

Que grande no es sinónimo de exitoso económicamente quedó probado en muchos casos: el paradigmático es el del grupo francés Vivendi, que compró editoriales en su país, en los Estados Unidos, en Inglaterra y en España (el Grupo Anaya, incluida Alianza sin ir más lejos y sus vinculadas en la Argentina) y llegó a una situación de quiebra en la que tuvo que desprenderse de toda su rama editorial.

Al mismo tiempo – y aquí vamos aproximándonos al tercer término del título de esta mesa –, editoriales independientes tienen, por sus propias dimensiones, la posibilidad de publicar obras ligadas a la coyuntura o el interés inmediato de los países en los que funcionan, tanto por información, cuanto por celeridad en la toma de decisiones. Obviamente se tratará de producciones nacionales, en las cuales, parece obvio señalarlo, se definirán, cotejarán y discutirán temas ligados a la identidad que se trata de resguardar. Y aunque esto no surja de la temática de esas obras, surgirá del idioma que se utilice, que se preservará no sólo en los libros de autores de cada país, sino en las traducciones al castellano de libros escritos en otras lenguas.

Para muchos de nosotros, crecidos con libros infantiles españoles, en los que el cambio chico era “calderilla”, hacerse la rabona o la rata era “hacer novillos”, dar una paliza era “propinar un rapapolvo” y entre las moneditas había “perras gordas” y “perras flacas”, el hecho de que los libros infantiles se publiquen en la Argentina en “argentino”, que así se escriba y publique

el teatro o se traduzca, constituye una verdadera defensa de la identidad que puede ejercer el editor local. Recuerdo como ejemplos “Los prójimos” de Carlos Gorostiza, una de las primeras piezas teatrales que vi hablada “como en la calle” o la traducción por Piri Lugones de las Cartas de Dylan Thomas, publicadas por mi Editorial.

Y una mención aparte merece la decisión editorial. Si bien a veces la actividad editorial es una actividad *involuntariamente* sin fines de lucro, en el caso en el que la decisión de publicar un libro que presumiblemente ha de venderse muy poco recae en el editor, que sufrirá en su presupuesto personal ese fracaso, esa decisión puede estar motivada por lo ideológico, por el gusto, y hasta por el capricho: eso es imposible que suceda en un grupo transnacional.

Como bien dijo Jorge Herralde, el mítico editor propietario del sello español Anagrama, la misión del editor es descubrir en el lector una necesidad que éste no sabía que tenía. Maravillosa precisión en la caracterización del “anti-marketing”: no se investiga el mercado para saber qué le apetece, se lo intuye y propone más allá de sus deseos conscientes.

Es obvio que para que eso sea posible, es indispensable algún apoyo del Estado, que aliente la experimentación y la innovación. La mejor forma de canalizarlo es a través de un generoso presupuesto para la compra de libros por las bibliotecas ( a través de la CONABIP a nivel nacional, o de las Direcciones del Libro de la Ciudad de Buenos Aires y de las provincias): así esos libros “sin mercado” predeterminado, estarán a disposición de quienes quieran leerlos.

Pero también hace falta el apoyo de los autores. Estamos rodeados de escritores argentinos “progresistas”, defensores en teoría de las empresas nacionales y de la identidad que, en ejercicio de lo que piensan es una mejor defensa de su economía, publican sus obras más vendibles en las sedes locales de los grandes grupos, cuando no directamente en España.

Nadie en su sano juicio les pediría que sacrificaran los ingresos que derivan de su actividad profesional – escribir – cediendo sus obras a editoriales muy chicas, o presumiblemente poco sólidas financieramente como para pagarles puntualmente sus derechos. Pero es dable exigirles cierta coherencia: existen en el país editoriales independientes serias y solventes, cumplidoras de sus compromisos, con las que podrían contratar sin desmedro

de sus ventas y sus ingresos. No incurriré en la impudicia de dar nombres de autores y sellos pero no será difícil imaginarlos.

En resumen, y para unir en una frase las tres palabritas que nos convocan hoy, la subsistencia de editoriales nacionales, apoyadas por el Estado y por



## *Identidades globalizadas*

### **Un conflicto que afecta al mercado editorial**

*Manuel Pampin*

¿Defender las identidades o globalizarnos? La pregunta planteada hace un tiempo por Néstor García Canclini<sup>1</sup> nos sirve como disparador de ideas para pensar la vinculación entre identidad y globalización en el ámbito editorial latinoamericano.

En un principio podemos pensar que a partir de una definición básica de los términos “identidad” y “globalización” puede plantearse su diferencia. Resulta casi imposible mantener la identidad y entrar en el proceso globalizador. Son términos que se eliminan recíprocamente. La cuestión radica para nosotros en encontrar la función que tienen los pequeños editores para trabajar en el marco de la globalización y descubrir cuáles son los objetivos que se intentan cumplir.

Las pequeñas editoriales argentinas, en la mayoría de los casos, fueron creadas por individuos o grupos familiares que sentían una sincera vocación por la defensa del patrimonio cultural nacional. Estas han logrado funcionar de manera independiente, fundamentalmente porque se han especializado

---

<sup>1</sup> Néstor García Canclini, “Políticas culturales: de las identidades nacionales al espacio latinoamericano”, en Néstor García Canclini y Carlos Moneta (compiladores), *Las industrias culturales en la integración latinoamericana*, Buenos Aires, EUDEBA, 1999.

en la publicación de temáticas particulares que funcionan como “nichos” dentro del mundo editorial. La publicación de colecciones o géneros específicos no ha reportado nunca grandes beneficios y es por esa razón que todavía no ha sido absorbida por los grandes monopolios. Se trata de valores diferenciales como es el caso de la difusión del humor y las historietas en *De la Flor*, de la poesía en *Botella al mar* o *Último Reino*, de la literatura infantil y juvenil en *Colihue*, del tango y el lunfardo en *Corregidor*, por mencionar solamente algunos ejemplos.

La función que estos editores se adjudican se vincula estrechamente con la preservación y difusión de una identidad basada en elementos nacionales y, en un ámbito un poco más extendido, latinoamericanos. El pequeño editor pretende rescatar un pasado que considera propio y que de algún modo fue olvidado. Pretende hacer presente culturas en muchos casos minoritarias, marginales, pero que, sin embargo, definen nuestras identidades. Publica autores que el tiempo y los lectores han olvidado o simplemente desdeñaron, que no son de venta masiva pero que, sin embargo, hablan de las raíces, de lo que es nuestro y no se puede olvidar al momento de escribir la historia literaria y cultural argentina.

Estas editoriales se caracterizan, además, por el lanzamiento de autores desconocidos en el mundo literario que quizás nunca salten a la fama, y entonces el riesgo que corre el editor para su publicación termina en un fracaso, o que, de otro modo, sus obras se vuelvan reconocidas y exitosas, y así el autor será absorbido seguramente por los grandes monopolios internacionales que invertirán el dinero que el pequeño editor no tiene para sostener al nuevo “gran” autor. La mayoría de los autores que hoy gozan de un gran prestigio internacional fueron publicados por primera vez por pequeños editores. Muchos de ellos hoy han debido cerrar sus puertas o se sostienen pendientes de un milagro que nunca termina de ocurrir. Luchan por mantener viva una identidad que también intenta no fragmentarse, deshacerse, desaparecer.

Prácticamente en ningún caso un gran editor se arriesgará a editar a un ilustre y desconocido literato porque no va a producir réditos inmediatos. En este punto, lo importante no es la calidad sino la venta. Y la economía mundial contribuye a solventar los grandes negocios, apunta a que cada vez haya más monopolios y menos editoriales independientes que interfieran

en sus grandes capitales. Mientras tanto, los pequeños editores superan día a día las dificultades económicas y financieras que tienen que ver también con la falta de una política cultural implementada desde el Estado y con el propósito de preservar las producciones culturales y la industria nacional.

Las políticas culturales implementadas por los pequeños editores se encuentran enfrentadas a la de los grandes monopolios internacionales, que absorben a sus pequeños competidores con el propósito de eliminarlos, en muchos casos junto a los grandes medios de comunicación con los que desarrollan proyectos editoriales. La situación se agrava cuando nos damos cuenta que los grandes grupos monopolizan las compras de los organismos encargados de difundir el libro. Sería muy importante que los pequeños editores nacionales tengan la prioridad para colocar sus productos en las instituciones oficiales.

Por otro lado, aunque reconocemos la necesidad y la velocidad de la comunicación que puede obtenerse de la globalización consideramos que también produce homogeneidad cultural, es decir, sin bases diferenciales. La multiculturalidad propia de cada nación se pierde en el trayecto de estos procesos ya que si bien cuando se menciona la globalización se identifica en un primer momento la dimensión económica, ésta afecta también otros ámbitos, como el que nos interesa particularmente, que es el cultural.

Ya mencionamos la función que debe tomar el editor para contribuir a la conservación de la identidad, pero no puede actuar aislado. Debe existir una política cultural implementada desde el Estado nacional que lo apoye, que fomente sus trabajos, que le otorgue créditos para concretar sus proyectos, que no trabe el accionar con trámites burocráticos que obstaculizan la administración normal y que le permita competir en el ámbito internacional para exportar sus productos; además, que obtenga las mismas condiciones y posibilidades para concurrir a las ferias internacionales que tienen los editores extranjeros, y todo ello mediante un plan organizado que integre al editor argentino en el contexto mundial. En muchos países existen leyes que apoyan la actividad editorial nacional y protegen a sus editores de la invasión extranjera. Todavía se puede lograr que nuestra cultura funcione como embajadora cultural en el exterior y que se afiance en el ámbito nacional, pero faltan proyectos que reconozcan los grandes esfuerzos de los pequeños editores.

Además del respaldo del Estado para el desarrollo de la tarea editorial es necesario construir una nueva relación con los medios de comunicación, particularmente con los suplementos culturales de los periódicos. La poca difusión (que en algunos casos llega a la ausencia total) que tiene el libro argentino en los medios especializados es alarmante. A ello se suma la falta de recursos económicos con los que cuenta el pequeño editor y que le impide hacer publicidad para dar a conocer sus publicaciones, de otro modo, tiene que esperar la generosidad de los pocos difusores “honestos” que todavía quedan.

Necesitamos construir entre todos una política cultural comprometida con la identidad. Nuestro propósito como editores, lo reiteramos, es, básicamente, crear un catálogo que abarque los más amplios aspectos de la cultura nacional y latinoamericana para dar a conocer nuevos escritores, rescatar aquellos que fueron olvidados y conservar a los clásicos. Formar, en la medida de lo posible, un público lector que pueda pensar por sí mismo y elegir, cada vez que exista la oportunidad, alguno de los libros publicados

## *Editoriales, globalización e identidad*

**Oscar González**

Agradecemos a la Comisión de Cultura y Comunicaciones de la Legislatura del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires, el habernos invitado a participar en este Congreso. Creemos que todo espacio que se pueda abrir para debatir temas que hacen al desarrollo de nuestro país es bienvenido y nos sumamos con el fin de ofrecer testimonio desde el lugar que ocupamos en el sector editorial.

### **Editoriales**

En 1872, Juan Bautista Alberdi escribió: “*La literatura es una especie de industria fabril, en cuanto sus producciones son obra del arte de escribir, de comunicar, de pensar.*”

*Un libro es una manufactura no sólo como impresión y encuadernación, sino como producción de la inteligencia, como pensamiento, como redacción, como invención, como ciencia, como saber, como estilo*”.<sup>(1)</sup>

A este texto fundacional que echa las bases para la comprensión de la incipiente industria cultural, le faltó agregar a los autores, editores, imprenteros y encuadernadores mencionados, a los que trabajan en los insumos que requiere la producción del libro y a los librereros y bibliotecarios, engranajes

---

(1) **Alberdi, Juan B.**, *Escritos póstumos*, Buenos Aires, 1898, t. VIII, pag. 246. Este texto fue escrito por Alberdi en 1872.

fundamentales para cerrar el círculo entre el autor y el lector. Por consiguiente miles de familias están involucradas en esta industria.

Pero si bien el libro es una manufactura, tiene marcadas diferencias con otras. El editor es un productor con los mismos derechos y obligaciones empresarias que uno de productos alimenticios, por ejemplo, la diferencia está en que el libro contiene ideología y un frasco de mayonesa, no. A lo largo de la civilización, muchos editores sufrieron cárceles, exilios o muerte, de la que están exentos los fabricantes de mayonesa (salvo por la evasión de impuestos, o mal estado de sus productos, aunque sus penas son muchísimo menores.)

Hace algunas semanas en una jornada organizada por los Graduados en Técnicos en Edición de la UBA, bajo el título “La Edición en la Argentina: una forma de resistencia cultural”, decíamos que en vez de hablar de un espacio de resistencia, preferíamos hablar de recuperar posiciones perdidas. De pasar a la ofensiva, puesto que la Argentina ocupó a lo largo de casi un siglo un lugar relevante en la producción editorial de Hispanomérica. Inserción nacida con la Generación del 80, que produjo autores tan importantes como prolíficos y el aluvión inmigratorio que trajo inmigrantes vinculados con la industria gráfica. Empresarios franceses y alemanes como Peuser y Kraft y obreros que fundaron los primeros sindicatos gráficos del país, dieron origen a la que sería pujante industria gráfica argentina. Esta recuperación, tendría como objetivo compartir el liderazgo que teníamos con España y México, a los que desde algunos años se sumó Colombia.

## **Globalización**

Hablar de globalización, a nuestro entender, es referirse a un partido entre globalizadores y globalizados, en el que nos toca jugar con los últimos. Asimismo para abordar el tema que nos ocupa es necesario hacerlo desde lo cultural y lo industrial.

El libro como objeto cultural, comparte con el cine, la música y otras artes, las mismas dificultades; y con la industria, comparte las que viene padeciendo la industria argentina desde hace casi tres décadas.

Al igual que otros sectores productivos del país, el sector editorial argentino viene sufriendo las consecuencias del modelo implementado en 1976. La diferencia esta en que en otros sectores industriales se desarticuló la producción, aunque se siguieron usando camisas de Tai Wan, en cambio

en el sector editorial además de desarticularse la producción, también se redujo el consumo (aumento de la importación, baja de PBI, menos venta de libros argentinos), con el consiguiente empobrecimiento educativo y cultural. A ello hay que agregar el hecho de que algunas importantes y tradicionales editoriales nacionales fueron transnacionalizadas con lo que ello significa desde lo económico y lo cultural.

Por lo tanto, creemos no se puede separar la reactivación editorial de la reactivación del país en su conjunto. Tras la crisis de diciembre del 2001, surgen claros indicios de recuperación en la actividad, aunque claros no quiere decir que no sean duros y dolorosos. Aparecen sellos editoriales nuevos, algunos en forma cooperativa, y las estadísticas del ISBN muestran un sorprendente crecimiento del 74% de títulos publicados en el período 2002–2004.

## **Identidad**

Otro aspecto para tener en cuenta, es que se abre un espacio editorial que estaba relegado: el de la traducción. La Argentina tiene una prestigiosa tradición en la traducción que viene del siglo XIX. Recordemos que la primera edición de “El Capital” de Carlos Marx, en castellano fue realizada por Juan B. Justo, que el formidable editor español Antonio Zamora difundió en los años 30, traducciones de clásicos en los quioscos por monedas y que luego en los 40 y 50, otro recordado español, Gonzalo Losada, dio a conocer a los principales autores del siglo XX en su memorable Colección Contemporánea.

En la década del 90 el mercado fue saturado por ediciones extranjeras de los clásicos utilizados principalmente en la educación. Se sabe que las traducciones se modifican de acuerdo con la lengua del país y la generación a la que pertenece el autor. No es igual una traducción de Goethe hecha por un español a principios del siglo XIX que una realizada por un argentino en el XXI. Además, hacer la traducción aquí, significa no sólo plantarse ante los conocimientos universales con identidad propia, también elegir como nos relacionamos con el mundo. Ésta también es una forma de reactivar el sector editorial.

Para finalizar, queremos transmitir nuestra confianza en el vigor del libro argentino para mantener y acrecentar su vigencia. La activa política que desde el retorno de la democracia realiza la Comisión Nacional de Bibliotecas

Populares (CONABIP), fundada por Sarmiento en 1871, algunas redes de bibliotecas provinciales que funcionan adecuadamente, las librerías que se van reponiendo estoicamente a la crisis, la transmisión de conocimientos editoriales y gráficos en institutos de enseñanzas superiores, la Fundación El Libro compuesta por las 6 instituciones vinculadas con el libro que existen en el país, organizadora de la Feria de Buenos Aires, considerada la 4<sup>a</sup> en importancia internacional y a la que asisten anualmente un millón de personas, y la Feria del Libro Infantil una de las 3 que existen el mundo, que tuvo su última edición 450.000 visitantes.

Un párrafo aparte merece la enérgica acción de la Cámara Argentina del Libro. Fundada en 1938 en pleno apogeo del desarrollo industrial, a partir del 2000 viene impulsando una serie de actividades y medidas para apoyar la producción, la difusión, el conocimiento estadístico, la distribución, la mejora en la profesionalización de la venta minorista, la presencia en ferias internacionales, la exportación, la promoción del libro y la lectura, que evidencian la decisión de los editores de revertir el panorama desfavo-



*Capítulo 7*

Poesía, identidad y glo-



## *Camellos vistos con acento argentino*

*Daniel Freidemberg*

### **Primer apunte. Poesía.**

Al lado de términos tan fuertes como “identidad” y “globalización”, tan aptos para los juegos de intereses y tan vinculados al destino concreto de las comunidades, qué puede esperarse de la poesía, cómo la podemos pensar. El lugar que ahí le veo es el de un azoramiento, un “quién sabe”. Y al mismo tiempo una atención ansiosa: “identidad” y “globalización” son cuestiones que le afectan, como todas las cuestiones humanas, al menos potencialmente, y ninguna cuestión humana creo que haya en la que al menos potencialmente la poesía no esté interesada, y hasta que no aspire a dominar, o, mejor dicho, a incorporar, explotar, aprovechar para sus propios fines.

“No tengo nada que decir” sería lo primero que tiene que decir la poesía puesta en esa tríada, pero es un “no tener que decir” engañoso, es un decir de otro modo, con los modos de la poesía. Es más bien un negarse a entrar en el juego discursivo en el que uno entra cuando habla de globalización o de identidad. Y no porque la poesía esté por encima, ni porque esté por afuera, sino tiene un campo de trabajo propio, un modo de trabajar propio, una responsabilidad propia, que de algún modo también es política: “dar un sentido más puro a las palabras de la tribu”, decía Mallarmé, aunque yo no me quedaría con el adjetivo “puro”, diría algo así como “otro sentido”, o un sentido más íntegro, o menos determinado, de modo de que emerja lo que con el lenguaje de las transacciones cotidianas no puede emerger y se

conecte lo que el lenguaje de las transacciones cotidianas impide conectarse: Leónidas Lamborghini haciendo decir a su *Eva Perón en la hoguera* lo que *La razón de mi vida* calla, hasta con las mismas palabras.

Ese “no tengo nada que decir” de la poesía es más bien una afirmación de sus propios modos de decir, que no encajan en lo que habitualmente se entiende por “decir”, porque no tienen que ver con la comunicación sino con la transmisión y la elaboración. Eso que anuncia el “aquí me pongo a cantar”: un hacerse cargo, una puesta en juego, un jugar y jugarse, y no parece casual que Hernández llame inmediatamente a los santos para que lo ayuden, “pues la lengua se me añuda/ y se me turba la vista”. Ya se lo dijo muchas veces: la poesía, más que decir, hace. ¿Que hace ante la identidad y la globalización?

Cada poeta lo sabrá, o cada lector. En todo caso, cuando digo “poesía” no estoy pensando en la Biblioteca de Babel de los poemas realmente existentes sino en algo que hay en ellos, o que uno encuentra en ellos, y que hace que digamos que son poesía. Un principio, una fuerza, un vientecillo: algo que no solamente existe en los poemas, que a cada rato se enciende cuando nos detenemos a jugar con las palabras o a dejar que ellas jueguen con nosotros, nos habiten, nos animen, esa especie de extrañeza experimentada ante algún modo en que se presentan las palabras durante la conversación, o leyendo el diario o un cartel, o escuchando una aburrida ponencia en un congreso de literatura. La palabra experimentada como palabra, respetada como palabra entera en todas sus dimensiones, dueña de sí, no libre de significado pero ya no colgada de algún significado ni aferrada a alguno, y sí en cambio libre de la función de letra de cambio, de moneda de curso. La palabra con espesor y consistencia propia, o, si lo queremos ver desde otro ángulo, un modo de pararse ante las palabras, de dejarlas ser, de escucharlas en todos los sentidos para que, en ese juego, entren en juego con nosotros.

Quiero puntualizarlo porque, cuando digo que nada tiene que decir de la identidad o de la globalización la poesía, bien me pueden nombrar algún poema que algo diga de la identidad (“Y bueno, soy argentino”, escribe César Fernández Moreno), o de la globalización (puede haber algún caso). Pero la poesía como tal, eso que convocamos para que anime nuestros textos cuando escribimos poemas, hace otra cosa que decir cuando se le presentan esos problemas: los trabaja, y ahí recorro a la idea psicoanalítica de “trabajo”

o “elaboración”: a ver qué nos pasa con eso, a dónde nos puede llevar. Y ahora sí voy a hablar de la identidad y la globalización.

## **Segundo apunte. Identidad.**

Alguien lo dijo en esta misma sala ayer: los que tienen una identidad fuerte no se preguntan por ella, y probablemente un modo de ir viendo qué es eso de la identidad de los argentinos es encontrarla en la propia pregunta por la identidad. Pregunta movilizadora e inquietante, y a la que creo que debemos estar muy agradecidos, porque algo tendrá que ver con la productividad de nuestra escritura: ninguna palabra está del todo soldada, fijada, para nosotros, siempre hasta cierto punto no sabemos qué hacer con ella, y en esa vacilación lo que irrumpe bien puede llamarse poesía.

La identidad, también se lo dijo muchas veces, encierra, ya desde su nombre, un peligro, que en el caso de la poesía puede ser letal: lo idéntico, lo fijo, lo que no admite corrimiento ni distancia, lo que tiene límites precisos, como un campo bien alambrado para que ninguna vaca se fugue ni entre algún bicho extraño. La identidad como una marca (hablando de ganado), o bien como algo a lo que uno se aferra o guarda celosamente: una propiedad, en el sentido más capitalista del término. Y ya sabemos que el propietario suele terminar apropiado por sus propiedades, sirviéndolas: así también ciertos conocidos modos de entender la argentinidad, no en función de los argentinos. La poesía, en esos casos, suele reducirse a su mínima expresión, apenas si tal vez asoma de refilón en algún verso laudatorio o exaltador, útil para las demandas puntuales de una causa. La identidad del que no tiene ninguna duda acerca de quién es. Es decir, del que no quiere tenerlas, o no soporta tenerlas, al fin y al cabo la duda es la jactancia de los intelectuales.

Aún, sin embargo, para aquellos para quienes la duda nos resulta imprescindible, y nos resulta imprescindible la vacilación, no es prescindible la pregunta “quién soy”, “de dónde vengo”, eso lo saben los hijos de desaparecidos devueltos a sus familias. En algún punto hay que estar parado, de algún lado hay que venir: hay un espacio, un tiempo y una suerte de genealogía que uno no puede, así sea precariamente, no hacer suyo, si es que de verdad quiere tener alguna palabra. Personalmente, tengo una definición de identidad: tener identidad es darse el derecho a la palabra. Por eso tiene

que ver con la poesía.

Y aquí, en el momento en que entra en juego el derecho a la palabra, es donde se me aparece, inevitable, Borges, y su inevitable “El escritor argentino y la tradición”, con su Corán y sus camellos. No he sido capaz de evitarlo: el Corán “fue escrito por Mahoma, y Mahoma, como árabe, no tenía por qué saber que los camellos eran especialmente árabes; eran para él parte de la realidad, no tenía por qué distinguirlos”, a diferencia de falsarios y turistas que lo primero que harían para simular arabismo “es prodigar caravanas de camellos”. A lo que sigue, entre otras consideraciones, una afirmación: “creo que nuestra tradición es toda la cultura occidental, y creo también que tenemos derecho a esta tradición, mayor que el que pueden tener los habitantes de una u otra nación occidental”. ¿Y por qué occidental?, diría yo, por qué no la cultura entera, sobre todo cuando el que acaba de pronunciarse acaba también de dar un ejemplo oriental, bien que citando a un inglés, y se ha interesado en difundir entre nosotros una versión propia del budismo. ¿Qué oculta esa delimitación: “occidental”? Y hasta dónde sigue sirviéndonos la tan recurrida propuesta: “o ser argentino es una fatalidad y en ese caso lo seremos de cualquier modo, o ser argentino es una mera afectación, una máscara.” ¿Son las dos únicas opciones: fatalidad o afectación?

Siendo, como creo que es, básicamente acertada la propuesta de Borges, me suena tranquilizadora. Sobre todo la más que seductora declaración final: “Creo que si nos abandonamos a ese sueño voluntario que se llama la creación artística, seremos argentinos y seremos, también, buenos o tolerables escritores.” Abandonarnos a ese sueño voluntario, sí, por supuesto, lo que me pregunto es hasta qué punto es sólo a nuestra voluntad a lo que respondemos cuando estamos muy seguros de responder sólo a nuestra voluntad. Durante años, me parece, la fórmula borgiana nos sirvió para eso: deshacernos del problema, ya Borges lo había resuelto, y podíamos escribir novelas chinas o inventar una pampa con samuráis y ornitorrincos, como dando cuenta de hasta qué punto el alumno fue aplicado en el cumplimiento de las instrucciones del maestro. El problema, me parece, es que Borges, y más aun los que nada tuvieron ya que preguntarse sobre la cuestión a partir de la fórmula de Borges, da por supuesto que el escritor es un ser libre, pleno dueño de sí, como si los escritores no vivieran condicionados, presionados, programados, como cualquiera de sus vecinos, y el propio Borges, si escarbamos un poco en sus escritos, lo deja a uno a menudo pensando hasta qué punto eso que

escribió lo hizo únicamente abandonándose a algún sueño voluntario o si no se habrá abandonado también al sueño de algún otro. ¿O por qué será que tiene que explicar que a esos versos él no los reconoce del todo como propios en el prólogo a su libro de milongas? ¿Hay algo más borgiano que esos espléndidos octosílabos zumbones, escépticos y púdicamente sentenciosos? ¿Quién es el que está aclarando que las milongas no son suyas? ¿Borges o el otro Borges?

Es cierto, el escritor, y el poeta en tanto escritor, es tal cuando es libre, en la medida en que no se atiene a instrucciones en el momento de escribir, aun cuando se atenga o simule atenerse en muchos casos. Pero hay algo que Borges no ve, y no por su ceguera sino porque no le conviene a su programa: no hay sujeción mayor que la del que se cree libre, no hay libertad más concreta y efectiva que la del que se sabe condicionado, sujeto, inserto en un orden y habitado por él. Lo que importa es lo que hacemos con lo que hicieron de nosotros, creo que decía —estoy citando de memoria— Jean Paul Sartre. O Gelman: “esta salud de sabernos muy enfermos”. O Lamborghini: “asimilar la distorsión y devolverla multiplicada”. Eso es, eso ha sido siempre, a mi entender, la identidad: una estrategia, un trabajo, una reformulación desde uno, que es a su vez muchos y ante todo una voz de cierto momento y lugar. No se trata de temas, aunque tampoco dejan de importar los temas (¿o no sabemos que lo que no se nombra y no se describe no existe? ¿o que sería, si no existiera su literatura escrita y cantada, Buenos Aires?), sino maneras de pensar y sentir.

Los árabes no necesitan probar su arabidad escribiendo sobre camellos, es cierto, pero, puestos a escribir sobre un camello, dudo que lo haga igual un beduino del Yemen que un corrector de pruebas de Floresta. ¿O alguien que no fuera argentino iba a poder escribir las milongas de Borges? ¿Quién que no tuviera una alta cuota de porteñidad fatigada iba a poder manejar así el sobreentendido, el hacer como que las cosas importantes no importan? No a todos las mismas palabras nos dicen lo mismo ni a todos nos afectan todas las cosas por igual, y tampoco todos tenemos la misma autoridad para hablar de lo mismo, a cada quien lo suyo, de ahí que suelen resultarnos tan ofensivas las películas norteamericanas sobre dictaduras latinoamericanas, aun las bien intencionadas. En cierto punto, nadie se va a ocupar de nuestras cuestiones si no lo hacemos nosotros, o nadie como nosotros. Y cuando digo nuestras cuestiones digo todas nuestras cuestiones, lo íntimo y lo soñado,

lo metafísico y lo social, y sobre todo el uso de la lengua: “que cada letra de cada palabra –escribió Alejandra Pizarnik– haya sido sacrificada en las ceremonias del vivir.” Desde eso que no sabemos que somos y con nuestras palabras, así sea reanimando las del Siglo de Oro español o escribiendo en inglés, como más de un poeta argentino actual (“asimilar la distorsión y devolverla multiplicada”), hacernos cargo de nuestra propia voz, hablar por uno mismo. De lo que sea, incluso de camellos. Camellos vistos con acento porteño o cordobés.

### **Tercer apunte. Globalización.**

Hay, efectivamente, un creciente e incontenible proceso de interconexión planetaria, que para mal y para bien nos afecta y ante el cual lo mejor que podemos hacer no es mirar a otro lado. Yo prefiero llamarlo “mundialización”: a “globalización” le encuentro demasiada carga ideológica justificatoria, y en todo caso la entiendo como una trasnacionalización, pero no cualquiera: tiene un estilo, y el estilo de esa trasnacionalización, que es también una trasnacionalización de estilos, tiene unas señas de identidad muy notorias, ya que hablamos de identidad: *the american way of life*. Si de mundialización estamos hablando, no veo mejor modo de pensarla que como intercambio de identidades múltiples, un impresionante juego de encuentros, mezclas, reelaboraciones, contactos: eso que dicen que es la globalización cuando en realidad es otra cosa. Esta última naturaliza, cuando la otra extraña. Extrañar, como durante el encuentro con la poesía, o naturalizar, como el efecto de la publicidad o de las joditas de Tinelli. Esa es para mí la diferencia: extrañamiento o naturalización. Si “mundialización” fuera un estar atento a lo otro, un saber dar al otro lo que realmente uno tiene, “mundialización” es impensable sin “identidad”: “lo propio, lo de todos”, decía Alberto Girri. Esa mundialización, por lo que alcanzo a ver, es más un sueño que una realidad, o mejor, se da como realidades momentáneas,



*Poemas*

Poemas

*Qué es esa cosa  
que llaman amor*  
(*Cole Porter*)

*Rodolfo Modern*

De comienzo mueve el sol y otras estrellas,  
elige y sigue un camino,  
como la hormiga,  
Bebe del mismo cáliz que tú,  
Respira tu aire,  
En los hombros, en la garganta,  
Sientes posarte en la cálida mano de un dios,  
Sube al Everest, para estar más cerca,  
y se abrasa en tu mismo fuego,  
pone a su mesa al mendigo,  
creó “La muerte y la doncella”,  
y los poemas de Juan de Yepes,  
cruzó los blancos muros de tu intimidad,  
no agravia, licua la monocorde voluntad del Yo,  
lleva tu carga, ofrenda su vida, si la quieres.

# *Investigaciones con el ángel*

***Rodolfo Modern***

Mi estudio está, naturalmente, forrado de  
Libros. Y el escritorio es una selva de papeles  
Dispersos. Así transcurre mi vida. Ordenaba  
Unas frases en alemán (Idioma cuyos verbos van al  
final).

Y me sentí atascado, como cuando se rompe una rueda  
y la meta queda siempre más lejos.

Miré el cielo raso color marfil,

Del que cuelga una lámpara no muy potente,

Y la respuesta no llegaba. Salí a respirar

-esa primavera fue una estación muy suave-,

y al regreso el significado de la frase

era un fulgor que atravesó mi frente.

Luego escribí hasta la noche.

La crítica fue unánime y generosa.

Pero yo sé quien me ayudó. Es Él:

Dejó de nuevo una pluma en el tintero.

# *A la hora del té*

*Mario Sampaolesi*

a Emma Moretti  
a los cartoneros

## *Fragmentos*

.....  
.....

Afuera la multitud ruge y la violencia instala su mecanismo: umbrías voces acosan desde las calles, desde las veredas rotas, desde las bolsas negras de basura, desde las vidrieras de los negocios, convertidas ahora en refugios para mendigos.

*(El hombre yace en un rincón, roto, mugriento; orina contra la botella de Coca Cola diet vacía.*

*La luz de neón del cartel publicitario incrusta reflejos violetas sobre la escena; chispas líquidas esparcen su fulgor sobre el asfalto estremecido de Buenos Aires.)*

El hombre se rasca, eructa, ríe.

Los argentinos pasamos a su lado.

No miramos. No tocamos.

Eludimos el obstáculo mientras nos aturde el rugir del tránsito, el bullicio de la ciudad, el lamento de las conversaciones.

.....

.....  
Células infectadas por el goce, construcciones, refugios de animales, de hombres desesperados, perseguidos, víctimas de una sociedad feroz; alimentos para colmillos babeantes; carnes desgarradas, devoradas bajo una lluvia sobre la estepa; tripas luminosas, olientes, picoteadas por aves carniceras; el holocausto de la vida y de la muerte: gestos, gritos, aullidos de un mundo en estado de fragmentación.

¿Qué quedará de nuestra necesidad de ternura?  
¿Cómo sobreviviremos a la brutalidad de tanta acumulación que convierte a nuestros sueños en los granos de una arena, en los reverses de un espejo, de una textura, de un agua?

.....  
.....

# *Guerra global*

***Rubén Derlis***

*Ya no olvidar que las ideas  
también son armas.*

***Subcomandante Marcos***

Sobrada razón tiene usted Subcomandante  
al decir que la globalización es la cuarta guerra mun-  
dial.

La más cruel y cobarde de todas las habidas  
porque dispara sobre los indefensos  
con las balas calientes del hambre inmitigable,  
con las balas ágrafas de la ignorancia como destino,  
con las balas frías de la desesperación terminal.

¿Y es tan poderoso este enemigo

que se enrosca en las sombras del mundo financiero  
a empollar su maldad en las madrigueras de los mono-  
polios,

*a criar su nefasta descendencia en las guaridas multi-  
nacionales?*

Es enorme su fuerza, su dictado es omnímodo;  
todo lo puede, lo digita, le pertenece  
sin haber derramado jamás un límpida lágrima.

Allí donde alguien grite le pondrá su mordaza.

Al que pretenda decir no le silenciará la palabra.

Los que desconozcan sus designios serán menos que  
nada.

Para el que se rebele tendrá lista su mortaja.

A aquellos que osen decir patria los asfixiará entre sus  
garras.

¿Cómo puede este antediluviano de la era cibernética  
hacer y deshacer el mundo como si se tratara de su  
casa?

Porque ha perfeccionado los mecanismos del títere,  
manipula a la perfección los hilos,  
y es sumamente experto en poner y sacar.

Entrona presidentes a su antojo

—desde el Salón Oval hasta el sillón de Rivadavia—  
y los arrodilla cuando les vienen ganas.

Los gobiernos de las autoproclamadas “democracias”

hacen con aplicación los deberes que los imperiales les reclaman.

No sólo el Tercer Mundo perdió a sus gobernantes, también en Washington el Capitolio es una cáscara: en Wall Street funciona la verdadera Casa Blanca.

Y hay más: los que sacan partido de la situación y aplauden a rabiar cuando el jefe de la claqué lo manda,  
los neoliberales autoungidos como salvadores de la patria,  
los artistas enrolados en el escapismo de estériles vanguardias,  
los poetas oscuramente subjetivos amontonadores de palabras,  
y una legión de intelectuales acrílicos, a la espera ¿de qué?  
para después analizar “fríamente”, incapaces de cambiar nada.

¿Es el fin de la Historia esta historia?  
¿O este momento marginal al sentido del hombre, su realidad, su meta,  
colapsará con brusquedad de un día para otro ?  
No. Porque nada concluye sin agotar su ciclo:  
los volcanes silencian su estrépito,  
enfrían la furia de la lava luego de la erupción.  
Los ríos aquietan sus aguas cuando el mar los devora.  
Unos y otros pelean antes de sucumbir.



Y aquí entramos nosotros  
para ahogar las pestilencias del azufre,  
para reunirnos e imitar al océano.  
“Debemos encontrar el talento necesario  
para cambiar el mundo,  
transformarlo,  
y crear un mundo nuevo”,  
cito palabras del Subcomandante Marcos,  
combatiente insobornable de la guerra global.

(2001)

## *Intransigencia*

***Rubén Derlis***

No transijo:  
permanezco en lo mío  
– que es un fragmento del nosotros –  
con los algunos que quedamos,  
con igual convicción y el mismo ímpetu;  
puedo cambiar de táctica,  
tirar a la basura panfletos de queridos amores,  
inservibles esquemas,  
poner a punto las viejas consignas,  
reordenar las tácticas,  
pero jamás cambiar de camiseta.  
De pie en medio de la historia  
– renovado volcán de vendavales y tormentas –,  
azotado por ráfagas de mezquindad y odio,  
libre de la mentira de un dios y otras falacias,  
sin olvidar la dignidad que me enseñaron,

y más que nada  
vestido con la desnudez de América  
antes que desnudo con el ropaje del Imperio.  
Aun con tierra en la boca, frío y solo,  
pero entero,  
fiel a mis principios.

(1993)

## *Cajita Feliz*

***Rubén Derlis***

Si maltrata su estómago con basura MacDonald's  
puede deberse a una causa congénita:  
usted sufre de atrofia gustativa,  
ya que le da lo mismo un bife de chorizo  
o masticar madera balsa embreada.  
Puede ocurrir también que el apuro  
lo zampe por costumbre al antro comedero  
mareado por los brillantes cartelitos  
y ese payaso imbécil que cautivó a sus hijos;  
de ser así la cosa ya es más grave:  
debe usted replantearse quién es y dónde vive

pues la propaganda le bloqueó el instinto nacional.

Le digo esto porque lo veo entrar a diario  
arrastrando a sus chicos, felices e inconscientes  
de inmolarsse al Moloch de las *multis*;  
en tanto usted sonríe *made in usa*,  
neutro y como sin ganas,  
ingenuamente norteamericanizado,  
boludamente cómplice de Mastercad y Visa,  
definitivamente cadáver para este país y su bandera.

Mientras revienta sus arterias  
con grasa de hamburguesas,  
hincha su panza de gases Coca Cola,  
lo hartan de carbohidratos de blandas papas fritas,  
un ejército de adolescentes para todo servicio  
corre de un lado a otro *full-time* y con un franco  
por un mísero sueldo;  
pero además es descartable,  
como la “Cajita Feliz” que acaba de comprar  
con un idiota muñequito Disney.

No olvide, al retirarse, alimentar con las sobras  
al payaso glotón multicolor.  
(De esta manera usted será –a título gratuito–  
un ingenuo colaborador).

MacDonald's agradece su visita  
y lo espera nuevamente  
para seguir profundizando la yanquización.

(2000)

## *Legado*

***Rubén Derlis***

Voltear un árbol no significa haber talado el bosque,  
quemar la copa no es matar la raíz;  
el viejo tronco cae a tierra con su historia  
pero los retoños han hecho suya la esperanza.

Las utopías reverdecen con nuevas fuerzas,  
señalan con sus ramas jóvenes de futuro  
a los traidores de la humanidad  
que pretenden extender por decreto  
el certificado de defunción de las ideologías.

\*

Hay demasiada poesía inofensiva,  
un exceso de palabra cáscara,  
de versitos chatarra.  
Falacias en líneas desparejas,  
claves del círculo cerrado,  
delectación de grupos áureos.

En tanto los que pudrieron el siglo ya muerto  
se aprestan a infectar el que comienza.

Por cada hombre que grita cien cayeron.  
El cambio que no fue merece un nuevo intento.

La voz del poeta debe empujar con todos,  
vibrar enraizada en su tiempo.

Despierte la poesía como espada,  
piedra filosa,  
dientes en el alma.

## Poemas

*Liliana Lukin*

*De "Cartas", Ediciones de la Flor, Bs. As., 1992*

### **carta V**

mi querida: aquí dando vueltas por la casa  
( yo que no hago tortas)  
como los colores de un trompo  
suelta y en estado de fricción

toda abstracción tiene un precio a pagar  
y ahora los domingos pasa esa mujer con niños  
que se dedica a mi basura  
(ahora bien: cuando el precio visita tus residuos  
y ya has salido con la materia envuelta  
a cancelar cuotas en tu puerta de entrada  
¿qué hacer?)

ah querida aquí dando vueltas a la idea yo  
(que no hago bordados) como un ábaco: numerosa

y golpeando mis cuentas entre sí

absorbida en la nada que precede a la nada  
el tiempo se me va sobre el cuerpiito de los hijos

ni escritura ni escritura: hueca y numerosa  
prolifero en la carne mientras  
sufro imperceptiblemente  
en estos pasillos esta calle esta ciudad

la abstracción es una deuda infinita  
contra un paisaje de bolsas revueltas  
y ellos hacen puentes cruzando mi vereda  
como de lo extranjero a lo extranjero

ah querida mía en la idea de la casa estoy  
dada vueltas doméstica cansada  
y ahora los domingos pasa esa mujer.

*De "Construcción comparativa", Alción Editora, Bs.  
As., 2003.*

## **IX**

Como un grito  
que se expande en el tiempo  
y continúa  
lejos del motivo  
así ella era un sonido  
independiente  
del impulso inicial  
una fuerza que giraba  
en el oído

después de haber  
caído ya el sonido

como un grito  
desgarrada y haciendo  
su herida en el vacío

así ella labraba  
en el finito  
contorno de los días  
su diapasón de oro  
y de granito: una boca  
ardiendo.

Como un grito  
llamando aguda  
a iguales furias su voz  
en la noche cortaba  
la niebla  
y en el día abría  
párpados que aún pueblan  
la soledad  
de gritar.

Así  
ella seguía siendo  
más allá del cuerpo  
despacito  
volviendo al centro  
del dolor  
para cerrar el sentido  
al fin abierto

y avanzaba  
en el aire del mundo  
su delito

de levantar la voz

como un  
grito.

## *Dame Sitwell*

**Hugo Padeletti**

*¿Otra vez 'la última Edad,  
anunciada en los versos de la  
Sibila'? (Virgilio, Egloga IV)  
H.P.*

Había una mujer  
que tenía el rugido  
del león, la dulzura  
de la miel  
y el rojo corazón de la granada.

Ella

cantaba:

— 'Yo,

que he sido una mujer de oro  
pero que ahora he envejecido  
y veo el fuego enfriarse,  
observo los campos oscuros  
por un renacimiento  
de la fe y el milagro'.

Su canción, agraz en primavera,



maduró con la edad  
‘como el sonido del tiempo en las venas’:  
‘la joroba en el enano’,  
la montaña sobre el llano’,  
‘todos los fuegos del corazón,  
la aflicción del errante planeta’.

‘Vendedores y compradores pregonaban:  
—No pronuncien el nombre de la luz,  
ahora su nombre es locura.’  
Pero ella, con la loca  
cordura que el mercado no convoca,  
pretendió ‘devolver la vista al ciego’.

Vio la luz del sol en la oscuridad  
y oyó la voz tonante del silencio;  
vio, en la sombra del hombre,  
el hambre de verdad del corazón;  
vio a Venus ‘desdentada y vieja,  
usar la ropa sucia del tiempo’.

La bondad no es capucha  
que impida ver,  
ni los años joroba  
sobre la espalda vieja, recordó;  
ni el mal un trapo sucio  
que limpiamente pueda eliminarse,  
ni la sabiduría cagzarse y guardarse  
en la prótesis áurea del corazón.

En ella la rosa advirtió: —‘¡Yo soy la voz del fuego  
que arrasa con el frío del corazón del hombre!’;  
sólo es bra-

sa  
la inminente granada de la muerte  
con su rojo-alveolada,  
con su rojo-cebada,  
su nunca escamoteada  
voracidad.

Entonces, lazarillo  
no desado,  
la rosa simplemente nos dejó.  
(Que sus 'huesos  
de ámbar' inseminen  
la lápida del tiempo, la doliente  
caravana.)

'Y una generación disminuida, esbelta  
como el esqueleto,  
agazapada como el tigre  
con la presteza y la astuta sagacidad del simio'  
ya no sabe si el eco  
que se oyó  
'era la luz difunta que llamaba'  
o la carga que Atlas rechazaba.

No admiten  
el remoto epitafio  
de la rosa:

'Plantío del no-tiempo en Jericó'

Oráculo

'El esqueleto al menos sonrío  
ya que no tiene un mañana,  
pero los corazones de los jóvenes  
son ahora el oscuro  
tesoro de la muerte',

porque su herencia ha sido negociada.

## *18 de Julio (\*)*

*Daniel Chirón*

¿Qué sucede esta noche entre todas las noches?  
Todas las noches comemos en forma abundante  
y cantamos y reímos con el vino  
pero esta noche sólo hay pan ázimo y vinagre  
pués estamos tristes pensando en el destierro.

¿Qué sucede esta noche que no entonamos cánticos?  
Todas las noches alabamos a Dios  
con nuestros mejores acentos  
pero esta noche el silencio reina  
porque nuestra hambre es débil  
y extenso el desierto.

¿Qué sucede esta noche que las sombras ganan  
nuestras casas?  
Todas las noches las luces brillan para iluminar la mesa  
pero esta noche sólo hay un candelabro  
para que recordemos la oscuridad.

¿Qué sucede esta noche que nuestras manos  
y lenguas tiemblan?  
Todas las noches rezamos por el día que vendrá  
y bailamos al pie de nuestros lechos  
porque la sangre inocente no deja huellas  
pero esta noche permanecemos quietos

mientras las aguas se desbocan  
y las oraciones son para los muertos  
que aún nos acompañan.  
¿Qué sucede esta noche que apretamos los labios  
y cerramos los ojos?  
Todas las noches las palabras  
nos protegen de la piedra  
pero esta noche las voces están mudas  
y reímos en trágico gozo  
pues un solitario muro delata nuestra intemperie.  
¿Qué sucede esta noche que todos ocultan su mirada?  
Todas las noches distinguimos camaradas  
y detenemos con la elocuencia  
la caída de los cuerpos  
pero esta noche la ausencia  
hiere nuestras carnes viejas  
y la soledad del nombre  
hace que escuchemos lo que antes veíamos.  
¿Qué sucede esta noche que la alegría plegó sus alas  
y el silencio distrae nuestros pensamientos?  
Todas las noches,  
aunque la muerte nos pise los talones,  
anunciamos a la luna y adoramos al león  
pero esta noche nadie llamó a nuestra puerta  
y ya es demasiado tarde para que alguien venga  
y nos guíe a través de las estrellas.  
¿Qué sucede esta noche entre todas las noches?  
Todas las noches un espíritu recorre  
el día de nuestras bodas, imagina el primer beso,  
el súbito esplendor, la loca belleza  
pero esta noche un viento helado tañe los rostros  
y el alma es polvo y cieno bajo las garras de la memoria  
perdida.  
Esta noche somos perros que han extraviado a su amo.  
En esta noche no hay nadie en el sepulcro.

(\*) En esta fecha se produjo el brutal atentado a la A.M.I.A

# *Miguel Angel* *esculpe el “David”*

*Daniel Chirón*

Estas manos que te esculpen  
presumiblemente mías  
entretejen resplandores y reflejos  
que nos son comunes.  
Aquí,  
en mi taller  
estás en plena juventud.  
Los músculos fuertes y tensos,  
la mirada segura del blanco de su destino.  
En tus manos rigurosas  
la honda y su piedra, con la que derribarás  
a tu mortal enemigo, Goliat,  
quien desde su altura, ni siquiera te sueña.  
Mas tú, valiente David  
sabes que una ausencia magistral te protege.  
Al igual que yo  
sientes al campo de batalla como el lugar  
donde se consumará tu obra.  
Pero cuando venzas, David, y ocupes tu trono  
recuerda

que en el poder no reside la belleza.

# *Detrás del mostrador*

*Leonardo Martínez*

Hay madres que hurgan desperdicios  
niños durmiendo a la intemperie  
viejos de cabellos húmedos  
peinados con agua de alcantarillas  
y gente que anda matando  
en las madrugadas  
cuando la luz es blanca y bermellón.

Nos navega un maleficio  
un trabajo para el mal  
su aparición  
es un caldo de hechizos

Y te empeñas  
tratas de ser buen empleado  
con inocentes escapadas y trampas  
ciudadoso siempre  
pero siempre detenido ante el umbral  
nunca pases esa puerta  
no vayas más allá  
quédate donde estás

es lo mejor dicen las lenguas criadas para el miedo  
nacidas cuando desgarrábamos la presa  
y comíamos a nuestros hijos  
a nuestros hermanos más débiles  
y sólo queríamos vivir  
    queríamos vivir  
    queríamos vivir  
como ahora  
que comemos carne desvalida  
y nos alimentamos de su mansedumbre feroz

No medejen solo por favor  
es la nada es mi muerte  
un velorio formal un pobre nicho  
y a los cinco años la fosa común  
el crematorio  
mis hijos si los tuve  
mis padres si viven todavía  
dejarán caer una gota de llanto

Te deslizas detrás del mostrador  
la cabeza entre nubes  
te miro y me veo en vos  
    en tus años de belleza imprecisa  
dedicado a poner parches  
a consolidar una escalera imposible

el salto

el salto

el salto desde las hordas caníbales  
al hoy sin noches ni mañanas  
el mal es objetivo dicen  
se lo puede medir pesar  
el bien es inconmensurable íntimo secreto  
el salto

el salto

el salto de vos y del otro  
el salto desde donde vos yo y el otro  
el salto

el salto

en un recodo del camino  
como espasmo de una vieja punción  
el susurro del bosque  
echada sobre la tierra  
la felicidad tiene cara de vaca  
mientras  
la hermosa vida

sangra

gotea

se multiplica apresurada  
duele a ciegas.



## *Poema 14*

Mono que hablas, tabú del vacío, bailas y bailas furioso en la selva, indiferente a las estaciones, las fases de la luna y el trueno, bailas con tus frutos en alto, lejos del caserío, ahora que coronan con flores la cabeza del jabalí asesino en la plaza festiva de pelos, uñas, orina, excremento y cabalga sobre todos la tardía lluvia del agua malsana.

## *Poema 16*

El tigre mira alrededor desde su arbitrio absoluto: no hay más olor humano en el mundo. Jaulas de palabras preciosas, algún paraíso arcaico y el parricidio del bárbaro.

## *Poema*

Otros huesos, no los tuyos, iluminan la oscuridad. No será la tierra, que ahora devuelve los engaños; tampoco la desatenta muerte privada. Ella sola purgará la especie. Será la feroz alegría.

***Oswaldo Ballina***

*Conclusiones y cierre  
oficial del Congreso*

## *Horacio Salas*

Sin pretender pisarle el poncho, ni transitar un territorio que es propiedad inalienable de Mariano Grondona, me parece oportuno recordar que en latín clásico, el del imperio, no aparece la palabra identidad, de la que recién hay rastros en el latín tardío, a mediados del 1400: como *identitas*, *identitatis*, proveniente del vocablo *idem*: “lo que es igual, lo que se repite”. Los romanos no dudaban quienes eran, no necesitaron la palabra identidad. No haber encontrado el término en el viejo diccionario latino que utilicé en mis años del secundario, me produjo curiosidad, que me llevó al de la Real Academia, en su última edición. Me encontré con que sólo en la segunda acepción define: “conjunto de rasgos propios de un individuo o de una colectividad que los caracterizan frente a los demás”. Entonces, nada más que por divertirme (porque como dice María Elena Walsh, “¡Qué aburrida sería la vida sin diccionarios!”) abrí la edición de 1950, que fue, con pequeños ajustes, la que utilizó don Julio Casares para estructurar su “Diccionario Ideológico de la Lengua Española”, volumen imprescindible y ya desvencijado que siempre ha tenido un lugar especial en mi biblioteca. No encontré nada nuevo.

Ustedes se preguntarán si me he vuelto lingüista de café, o si trato de mostrar una erudición de la obviamente carezco. Por supuesto que no. Simplemente que este desinterés por la identidad, del que podríamos abundar en ejemplos, acaso nos está señalando otra cosa: Los españoles, como la totalidad de los europeos, e incluso los norteamericanos, los canadienses y más cerca los mexicanos o los brasileños, no están tan preocupados por la identidad como los argentinos. Simplemente son. No dudan, ni ponen en

tela de juicio sus signos identitarios.

Carlos Fuentes ha señalado más de una vez que la literatura argentina es la más rica de Latinoamérica. Sin embargo, nosotros dudamos de nuestra propia existencia. No a partir de la globalización, aunque quizá ésta, sumada a la crisis, haya acentuado nuestras inseguridades, nuestro temor a la disolución nacional, que vimos tan cercana en el año 2002.

Pero la historia viene de lejos: en 1910, el año del Centenario de la Revolución de Mayo, llegaron a la Argentina un grupo numeroso de prestigiosos intelectuales europeos que venían a juzgar por sí mismos si este remoto territorio despoblado y en el confín del mundo, había logrado convertirse en un país moderno, donde el analfabetismo había comenzado a descender notablemente, donde su capital podía ser considerada la Basilea de Sudamérica (al decir de Darío) y donde la oligarquía, esa misma que enviaba a sus hijos a tirar manteca al techo en los cabaret franceses, había edificado una ciudad con barrios repletos de palacios y con una avenida calcada de la Gran Vía de Madrid.

Se fueron conformes, entusiastas, y de vuelta produjeron más de una docena de volúmenes con sus optimistas impresiones sobre el país, sobre los argentinos y, muy especialmente, sobre la belleza de las argentinas. Sin embargo, de manera unánime, les llamó la atención que la pregunta obligada fuera: “¿Cómo nos ven en Europa?”, frase que cualquiera que haya viajado al extranjero habrá escuchado más de una vez al volver.

La preocupación por la mirada del otro ha sido una constante del pensamiento argentino, y como se puede demostrar fácilmente, hoy se ha transformado un lugar común en el decadente periodismo de nuestros días.

No nuestra mirada hacia el exterior. La opinión del otro, porque el otro, el distinto, siempre y cuando provenga de los países desarrollados, aparece recubierto de un halo de superioridad. En el siglo diecinueve, para los escritores argentinos, resultaba obligatorio haber pisado las losas de Notre-Dame, que semejaba el viaje a la Meca que impone el Corán a los creyentes. El deslumbramiento, seguramente lógico porque París era el centro más evidente de la cultura decimonónica, no mermó hasta más allá de la mitad del siglo veinte; a izquierda y derecha era necesario realizar el viaje iniciático: los ejemplos serían múltiples, pero creo que resulta suficiente con tres nombres: Leopoldo Marechal, Raúl González Tuñón y Julio Cortázar. Marechal comenzó a escribir *Adán Buenosayres* en París; el mejor poema de Raúl González Tuñón se titula *Escrito en una mesa en Montparnasse*, y Julio Cortázar realizó casi toda su obra en París, y alguna vez conjeturó

*Ser argentino es estar lejos.*

Seguramente se trata de una exageración, pero a lo mejor Alfredo Le Pera no se equivocaba, cuando decía *si estás lejos mejor hay que amarte*.

¿Será cierto que, como se dice afirmó André Malraux, ocurre que Buenos Aires fue la capital de un imperio que nunca existió? ¿Somos los nostálgicos de ese imperio que quisimos ser y no fuimos? ¿Será esa la causa de nuestra permanente melancolía y de la tendencia a creer que todo tiempo pasado fue mejor? ¿Será que estamos enojados con nuestros abuelos y nuestros padres que no lograron la transformación de ese país que en 1910 se consideraba pura esperanza y porvenir luminoso, como decían los discursos de entonces? ¿O será que tantos cachetazos con la realidad han acentuado en nosotros y en las nuevas generaciones el descreimiento y el escepticismo? Sin embargo, ese escepticismo que traduce un difundido poeta popular como Enrique Santos Discépolo en su tango *Quevachaché*, cuando dice: “*¿Pero no ves gilito embanderado/ que la razón la tiene el de más guita?/ ¿Que la honradez la venden al contado/ y a la moral la dan por moneditas?/ ¿Qué no hay ninguna verdad que se resista/ frente a dos mangos moneda nacional?*” lleva fecha de 1926, cuando éramos – en lo económico- la sexta potencia del mundo. Y por entonces no había crisis.

Nuestros grandes ensayistas han sido hipercríticos, desde Sarmiento hasta Raúl Scalabrini Ortiz y Ezequiel Martínez Estrada, o aquel Borges que en 1931, en su ensayo “Nuestras imposibilidades” es lapidario con sus compatriotas: sostiene que un rasgo unánime es “la fruición incontenible por los fracasos”. Y agrega que cuando hay lucha “jamás interesa la felicidad del ganador, sino la buena humillación del vencido”; “penuria imaginativa y rencor definen nuestra parte de muerte”, dice. Y concluye: “Hace muchas generaciones que soy argentino; formulo sin alegría estas quejas”.

Y uno, en medio de estas notas tomadas al azar, se sigue preguntando los motivos de una problemática que va más allá de las épocas, de los gobiernos y de las ideologías. Los argentinos estamos disconformes con nuestro destino. Alguna vez Héctor Murena aseguró que haber nacido en América traía aparejado un segundo pecado original. Acaso sea cierto, al menos haber nacido en esta parte de la América colonizada, dependiente y periférica. Los escritores carecemos de soluciones, a lo sumo, de vez en cuando nos rozan, fantasmales, algunas intuiciones. Lo que más nos atrae es interrogarnos y tratar de reflejar aristas de la realidad, muchas veces a destiempo, lo que nos lleva a la paradoja de intuir sobre el pasado. Pero también así se construye, se edifica, una literatura.

Desde hace más de cuarenta años escucho o participo en mesas redondas, encuentros y congresos, donde la pregunta se reitera: ¿Existe una literatura argentina?, que ya había respondido el laborioso Ricardo Rojas de manera afirmativa a comienzos del siglo pasado. Sin embargo, más allá de ciertos temores aldeanos a quedar fuera de lugar, o parecer un patriotero, que a veces parecen dominarnos, me arriesgaré una vez más a sostener, que no sólo hubo, hay y habrá, a juzgar por las obras que me llegan de los más jóvenes, una vigorosa literatura argentina, sino que hay una identidad argentina, que se reconoce en el mundo, como dijo Ricardo Güiraldes, “hasta en la manera de sacarse los zapatos”.

Una identidad de la que no podemos dudar, pero es bueno que en tiempos en que los centros de poder multiplican sus mensajes, afirmemos nuestras peculiaridades, que van más allá de lo folklórico o el color local. Es cierto que los imaginarios no son estáticos y sufren una constante transformación, pero con lo que ya tenemos de sedimento, bueno y malo, podremos construir sobre esa base sin temor a perdernos en el ciberespacio. Los dos días de

*Dr. Santiago de Estrada,*

*Vicepresidente de la Legislatura de la Ciudad*

No voy a competir con Horacio Salas que es mucho más erudito de lo que reconoce, y todos lo sabemos y que además nos ha dado una espléndida clase sobre nuestros problemas de identidad y nuestra crisis de valores. Yo le había pedido a mi amigo Norberto La Porta que ha sido el factotum de esto, el que tuvo la idea, el que lo organizó, el que puso en marcha, junto con Horacio Salas, que hablara él, me dijo que no, que no quería hacerlo, correspondía que fuera yo, pero voy a empezar entonces mis breves palabras citándolo a él, citando lo que dice la invitación que dirigió a todos ustedes, para poner en marcha este evento, donde dicen: - La Ciudad de Buenos Aires cuenta con excelentes encuentros de cines, teatros, tangos o arte joven, que permiten no solo asistir a muestras de excelencia sino también a debates profundos y a fecundos intercambios de experiencias. Pero salvo algunas meritorias excepciones la literatura y sus hacedores, no encuentran un espacio que les permita expresar al resto de la sociedad los problemas del sector y también su visión de la realidad Nacional, esto es exacto y forma parte de la crisis de valores que mencionaba Horacio Salas.

Si pensamos un poco vemos que cuando hablamos de Cultura, sobre todo nosotros los políticos que siempre estamos a la caza de votos, cuando se habla de Cultura en este mundo se habla de la Cultura espectáculo, se habla de la Cultura masiva se piensa en hombres que tienen llegada a través de distintas expresiones de Arte, pero que propiamente no deberíamos llamarlos hombres de la Cultura. Los hombres de la Cultura, yo creo que

están aquí, son las personas como ustedes, que han escrito, que han estudiado, que han pensado, que han publicado y creo que esa es la autentica Cultura pero no es la que se tiene en cuenta habitualmente. Esto forma parte también de otras crisis de valores que tenemos en el país empezando por la educación. Cuando hablamos de la Educación habitualmente proponemos, tratamos decimos, que la educación debe extenderse a todo el mundo que nadie debe quedar afuera, lo cual es cierto, pero nos referimos muy poco a la calidad de la educación, a lo que se enseña, a cómo se enseña y a lo que aprende quien se educa. Un chico puede aprender a manejar una computadora en cualquier momento de su vida, pero no puede aprender a leer o acostumbrarse a leer si eso no se le inculca desde muy chico y creo que hoy en nuestro sistema educativo estamos más en lo primero que en lo segundo y si a eso agregamos la gran co-educadora que hay en nuestro país, que es la pantalla televisiva, que en realidad no enseña ni una cosa ni la otra creo que el resultado que tenemos con consecuencia alguna de las cuales ha señalado Horacio Salas, tiene un origen muy claro. Por eso cuando Norberto La Porta propuso hacer este encuentro, me pareció realmente algo notable algo que tenía que ser apoyado.

En esta casa hay permanentemente expresiones de todo tipo: Culturales, recreativas, congresos, conferencias. Pero un congreso como este, una reunión de gente que esta realmente en el ámbito de la Cultura es algo que debemos destacar y que nos llena de regocijo y que además espero que sea el comienzo de otras acciones dirigidas en el mismo sentido y en tal sentido por una parte lo comprometo a Norberto La Porta que es el presidente de nuestra Comisión de Cultura y por otra parte también comprometo el apoyo de la casa.

Finalmente solo me queda agradecerles la presencia, el trabajo, el esfuerzo y comprometer lo que les decía antes, tratar de seguir adelante en